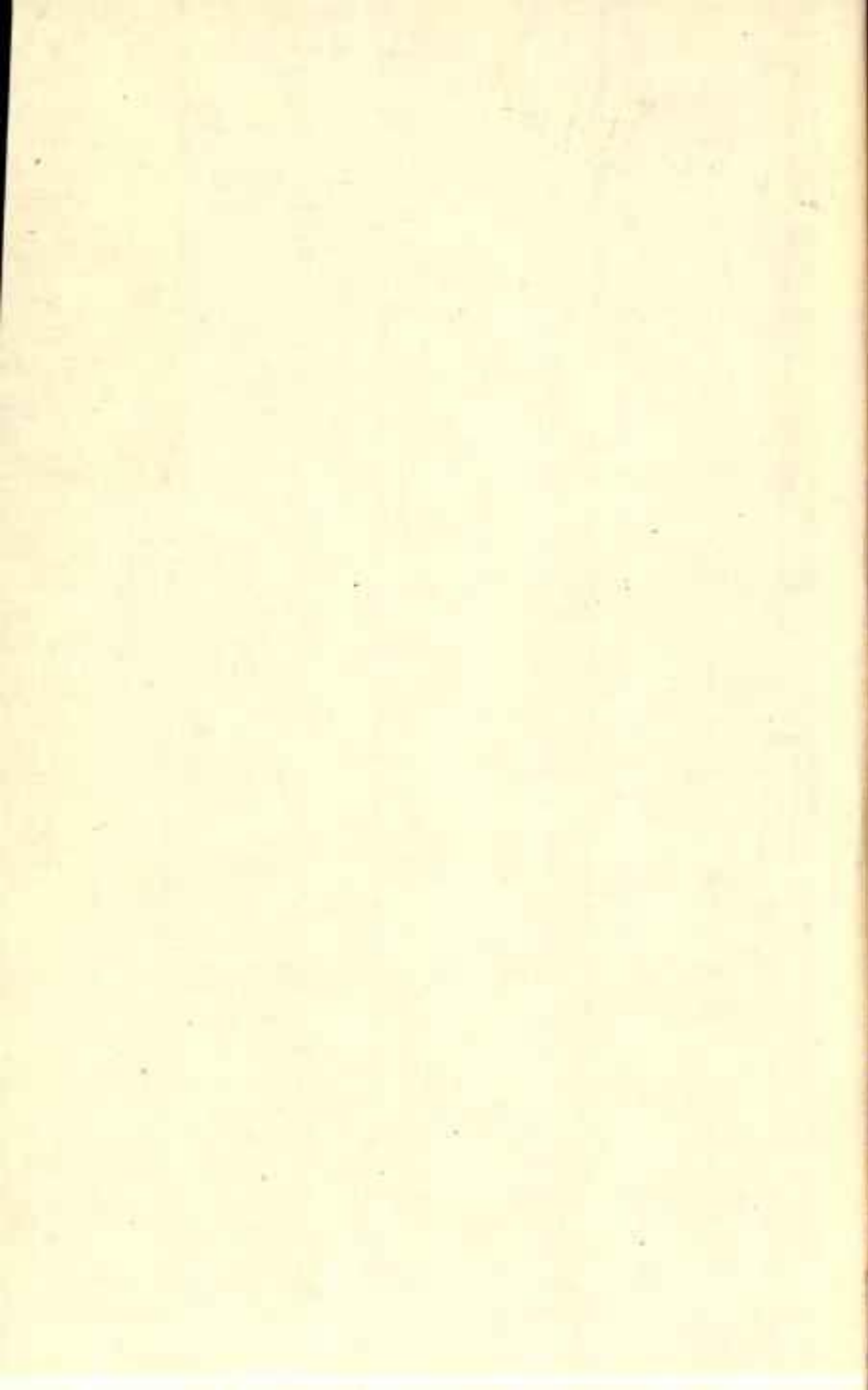




ISAAC MUÑOZ

MORENA Y TRÁGICA

NOVELA



MADRID
IMPRENTA DE BALGAÑÓN Y MORENO
CALLE DE PELAYO, NÚM. 36.

1908

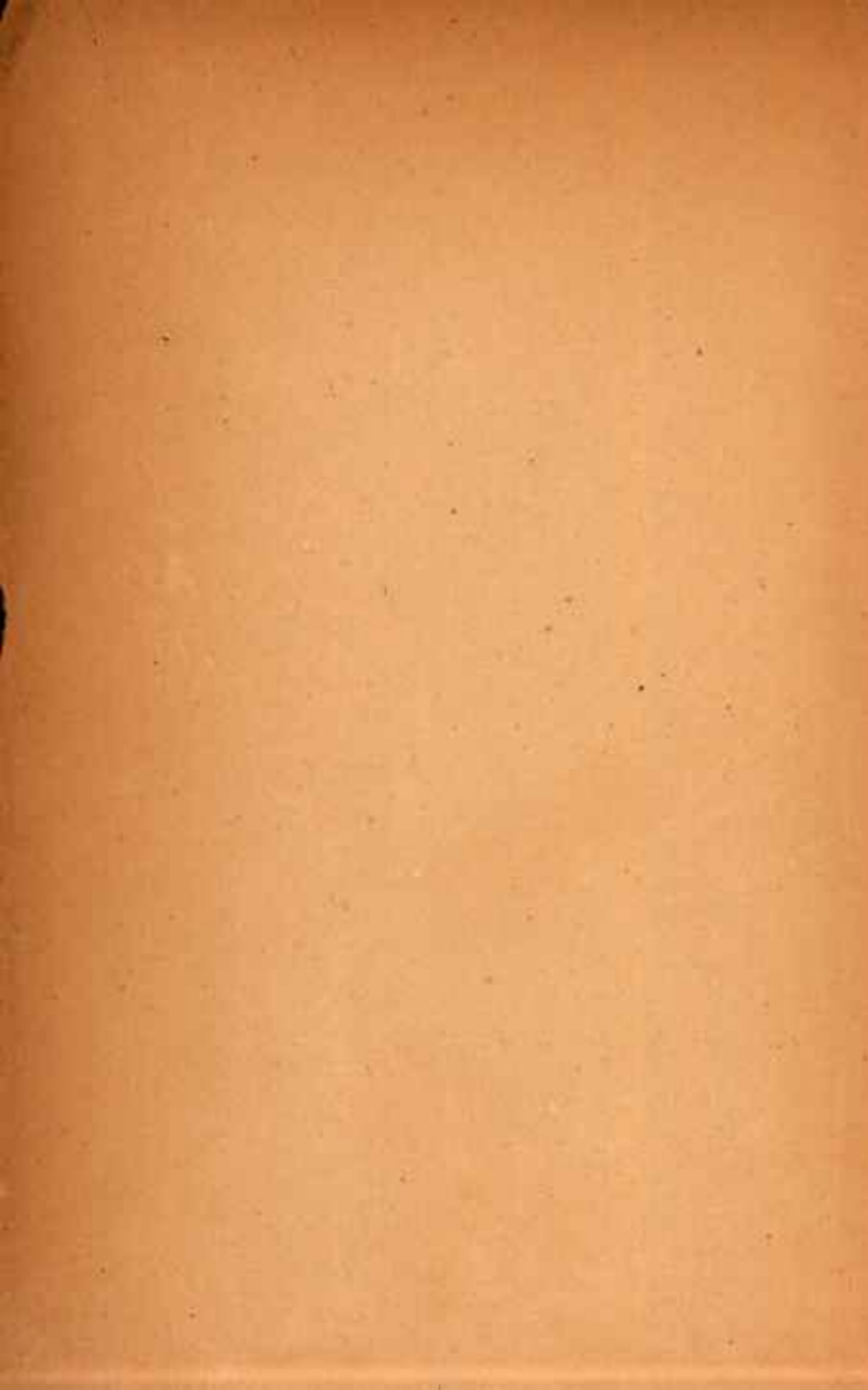


CONPRA

DB

1

535





ISAAC MUÑOZ

MORENA Y TRÁGICA

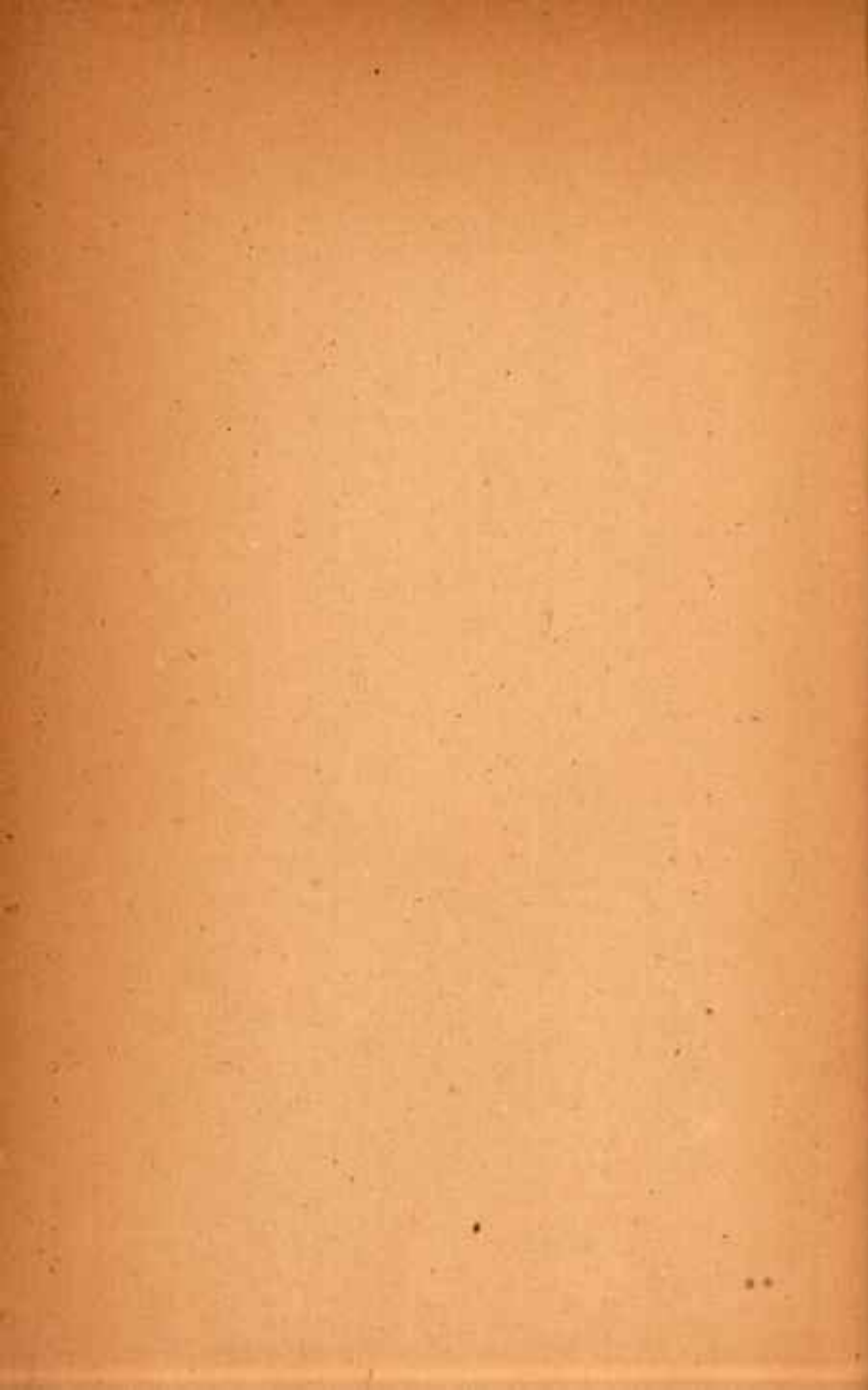
NOVELA

MADRID

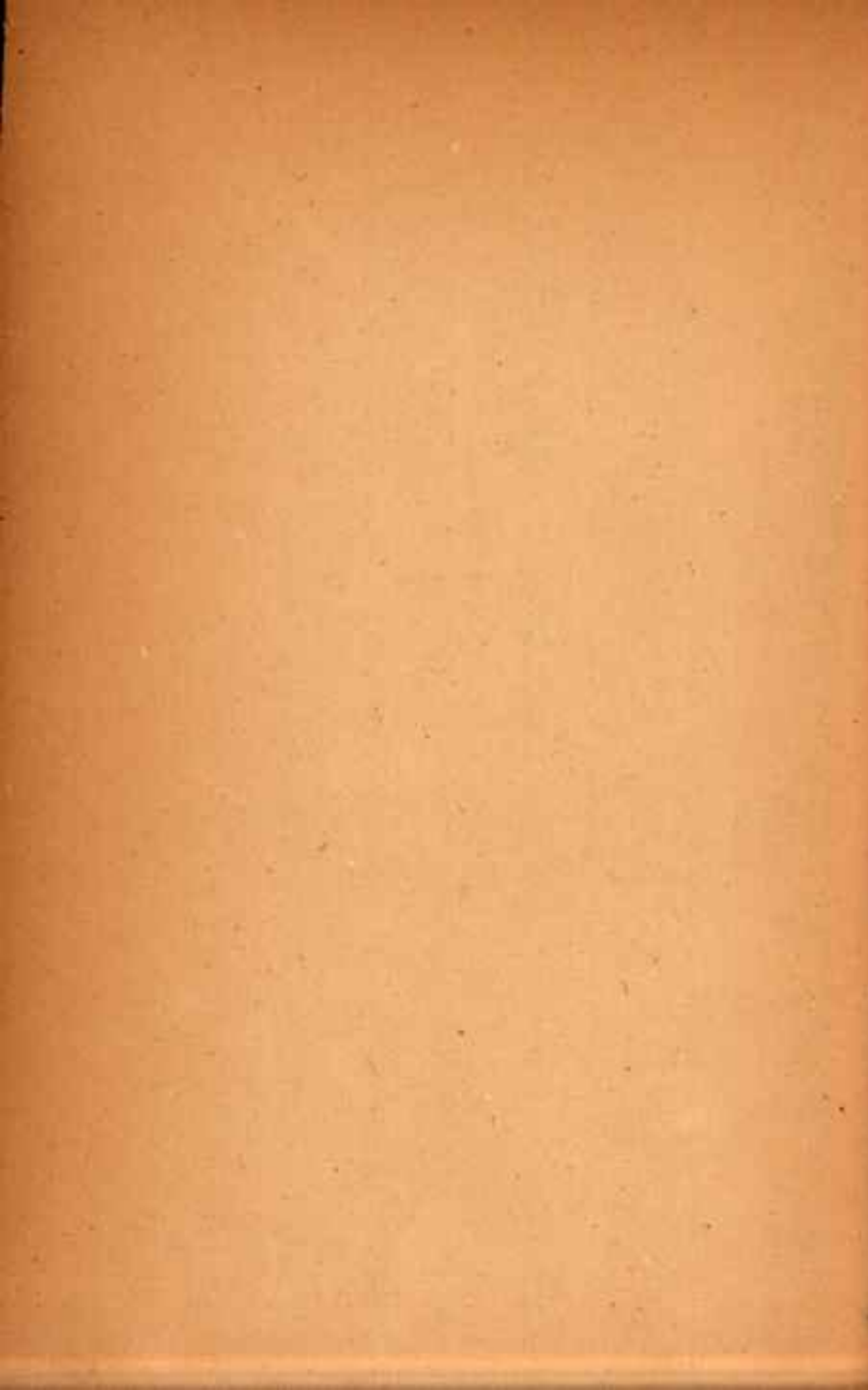
IMPRENTA DE BALGAÑÓN Y MORENO

CALLE DE PELAYO, NÚM. 36.

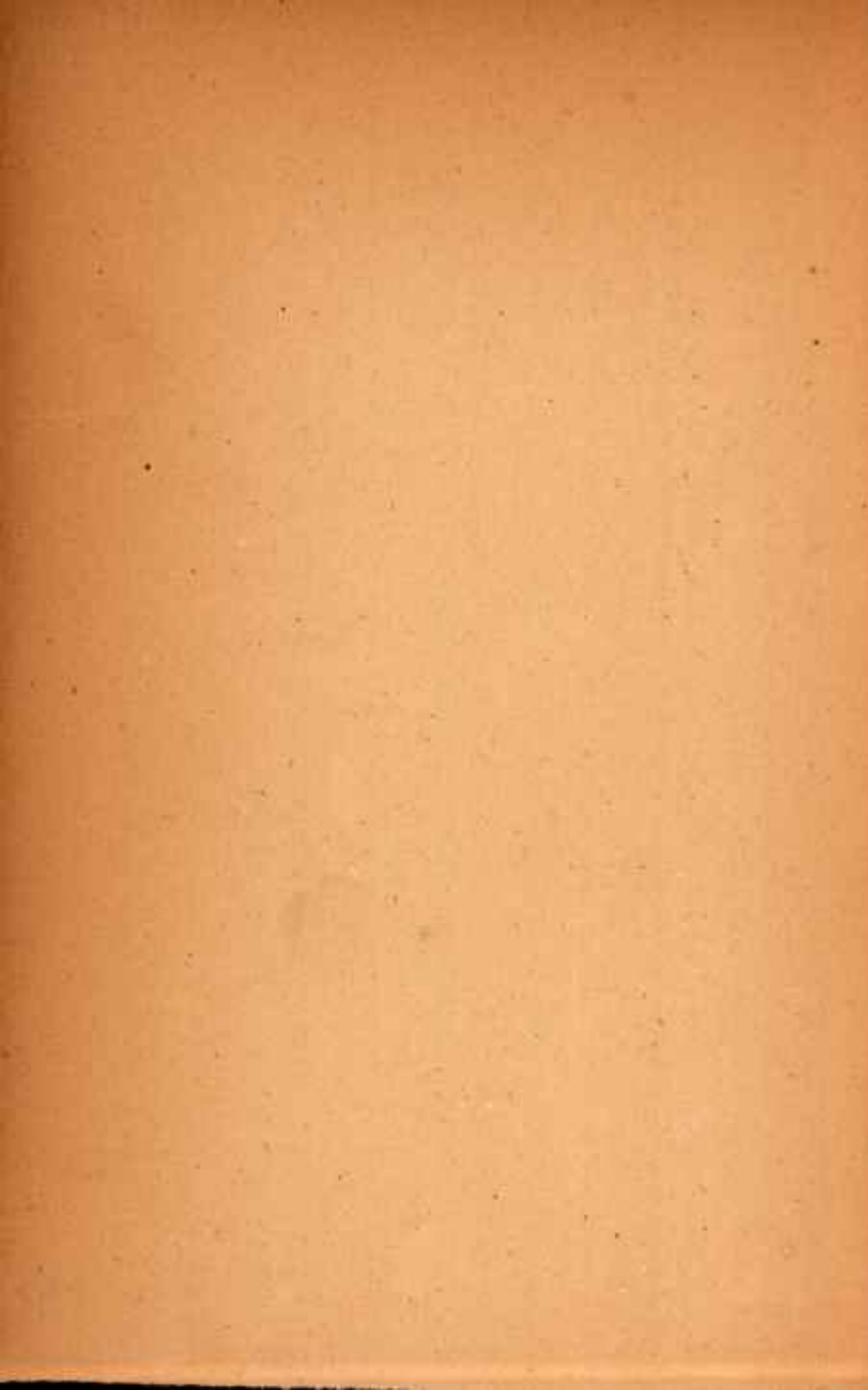
—
1908



ES PROPIEDAD



MORENA Y TRÁGICA



OBRAS DEL AUTOR

Vida (agotada).

Voluptuosidad 3 pesetas.

Libro de las Victorias..... » »

Morena y Trágica » »

EN PRENSA

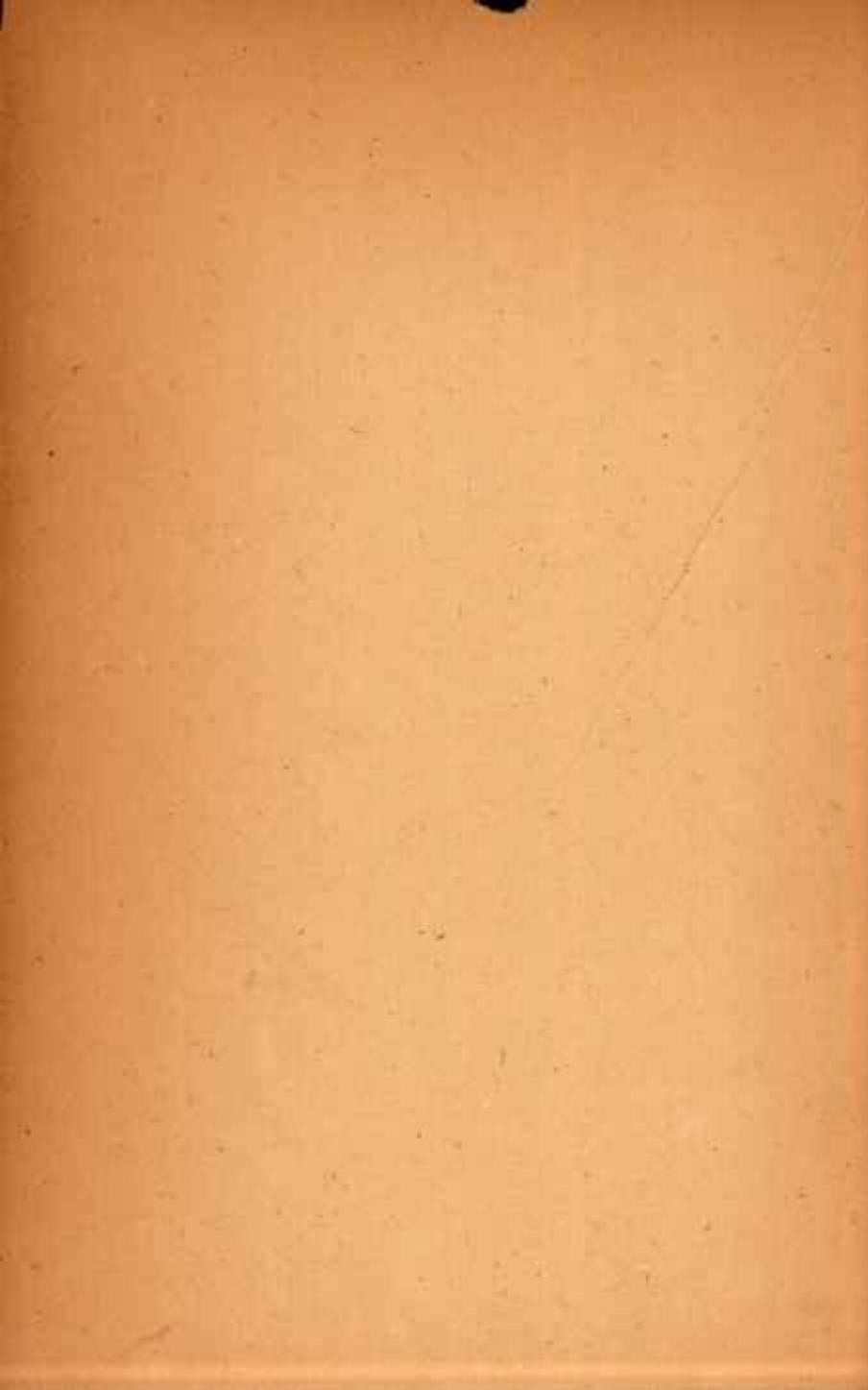
Alma Infanzona 3 pesetas.

La fiesta de la sangre..... » »

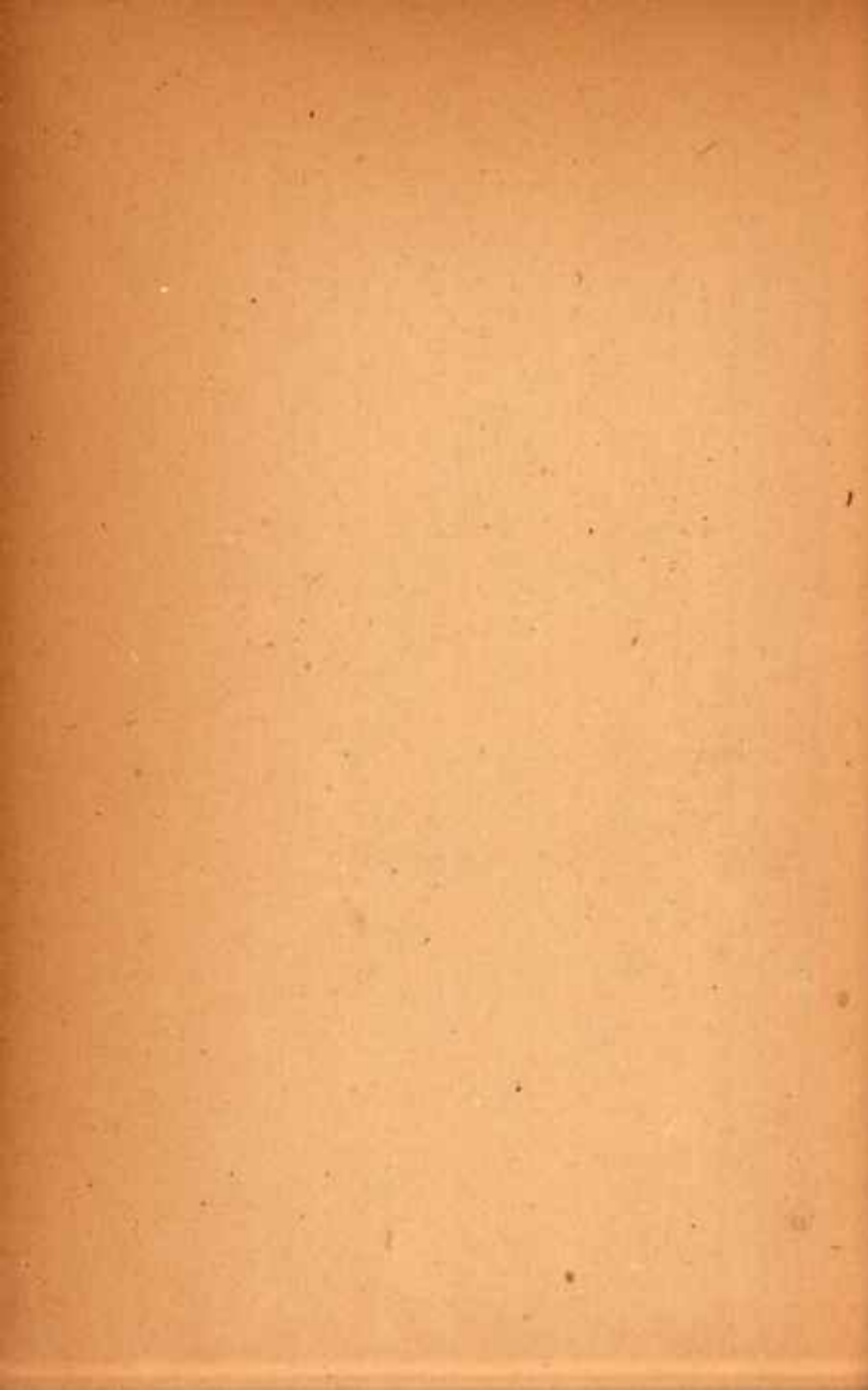
EN PREPARACIÓN

Los Árabes y el Oriente.

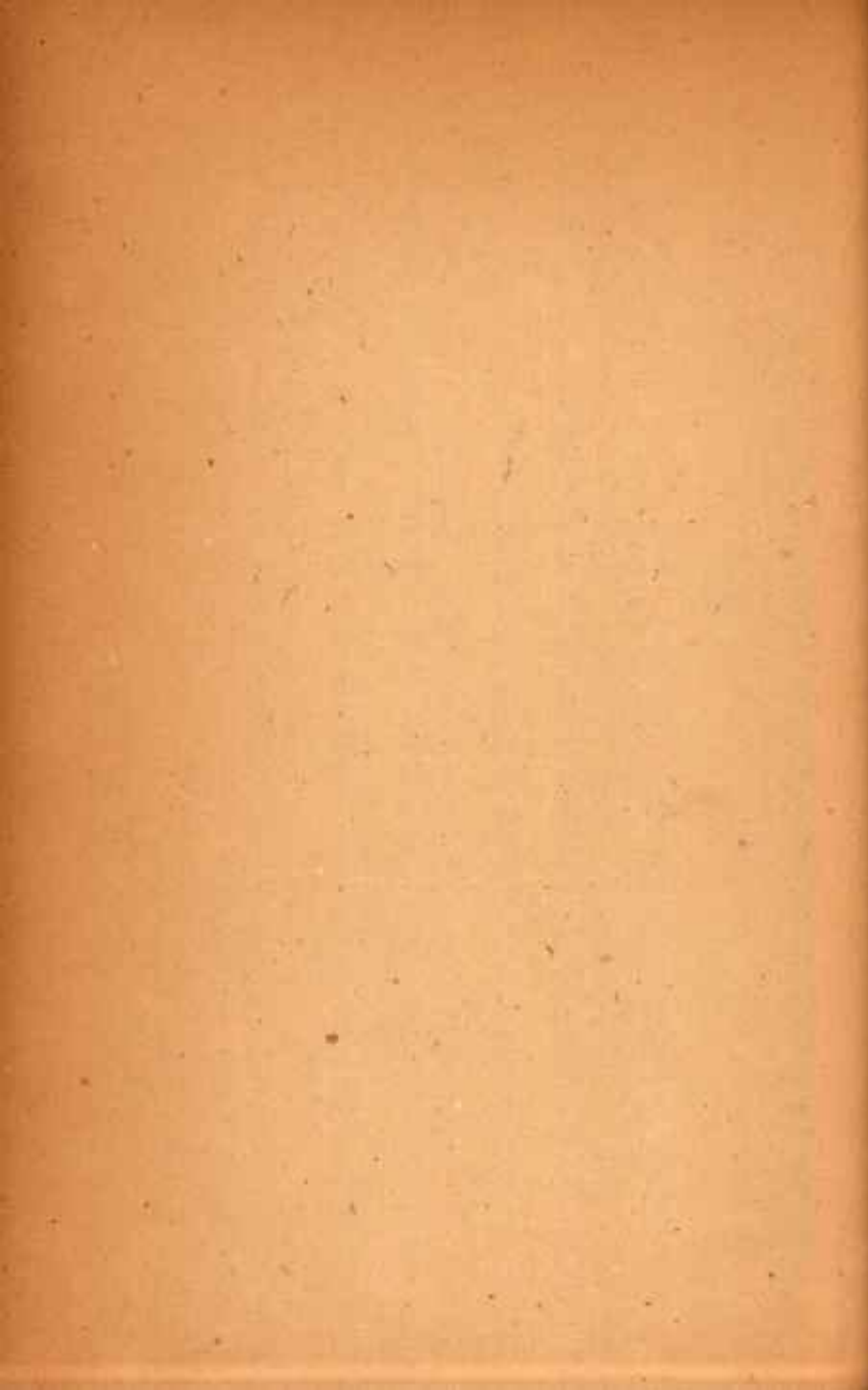
Libro del César.



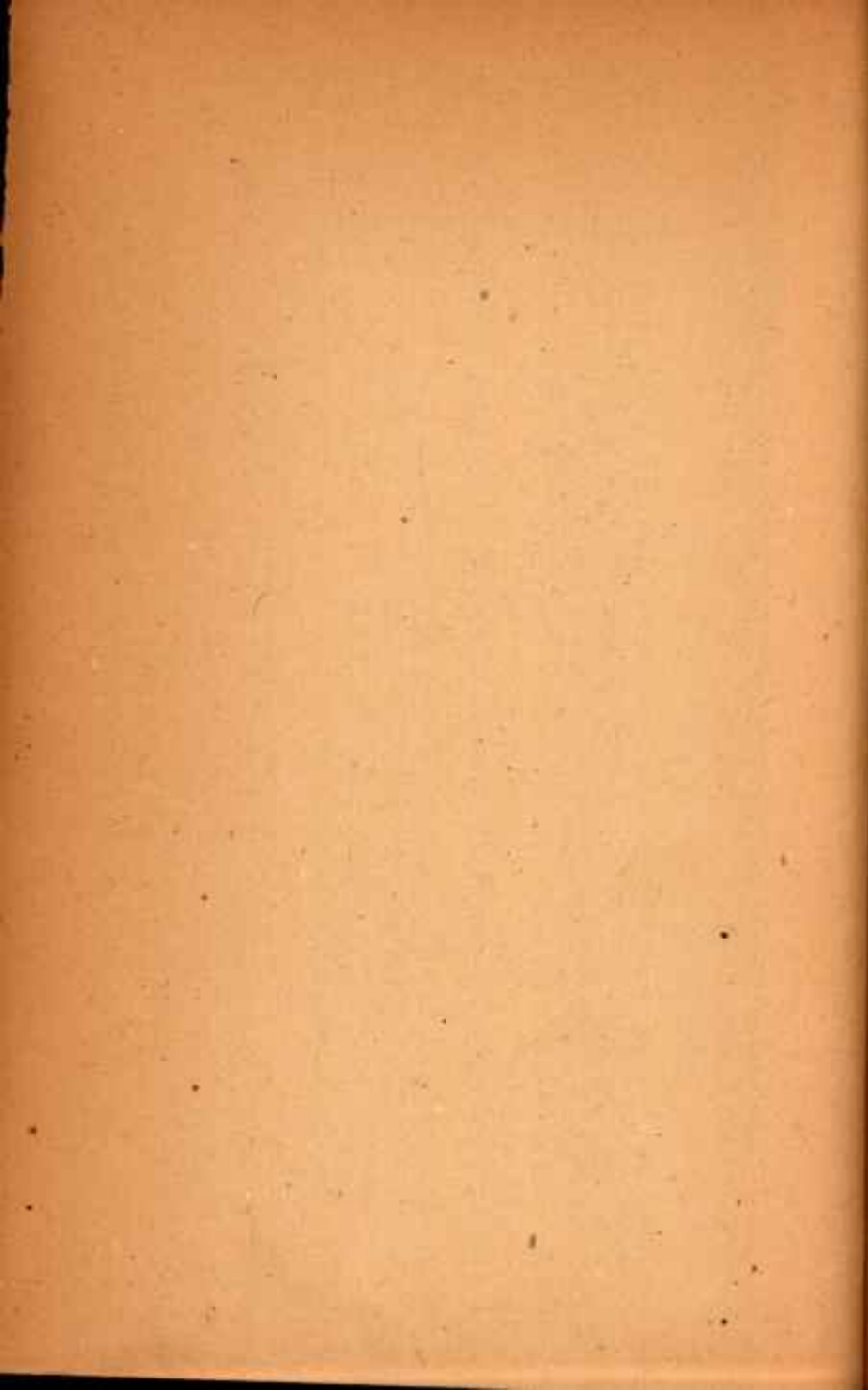
DEDICATORIA



*Dedico estas páginas violentas y supersticio-
sas, al más ilustre de los escritores de España,
á D. Ramón del Valle-Inclán.*

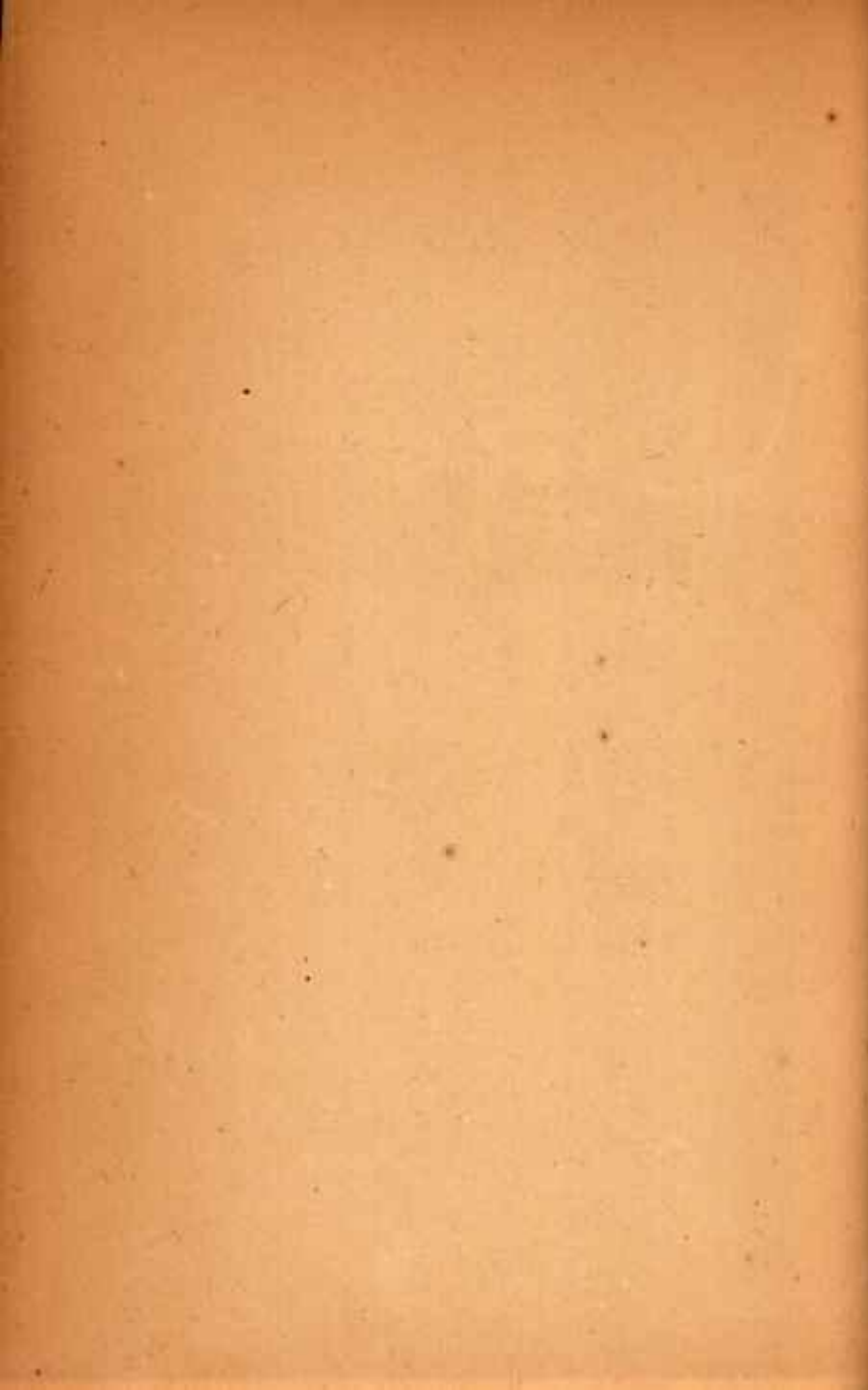


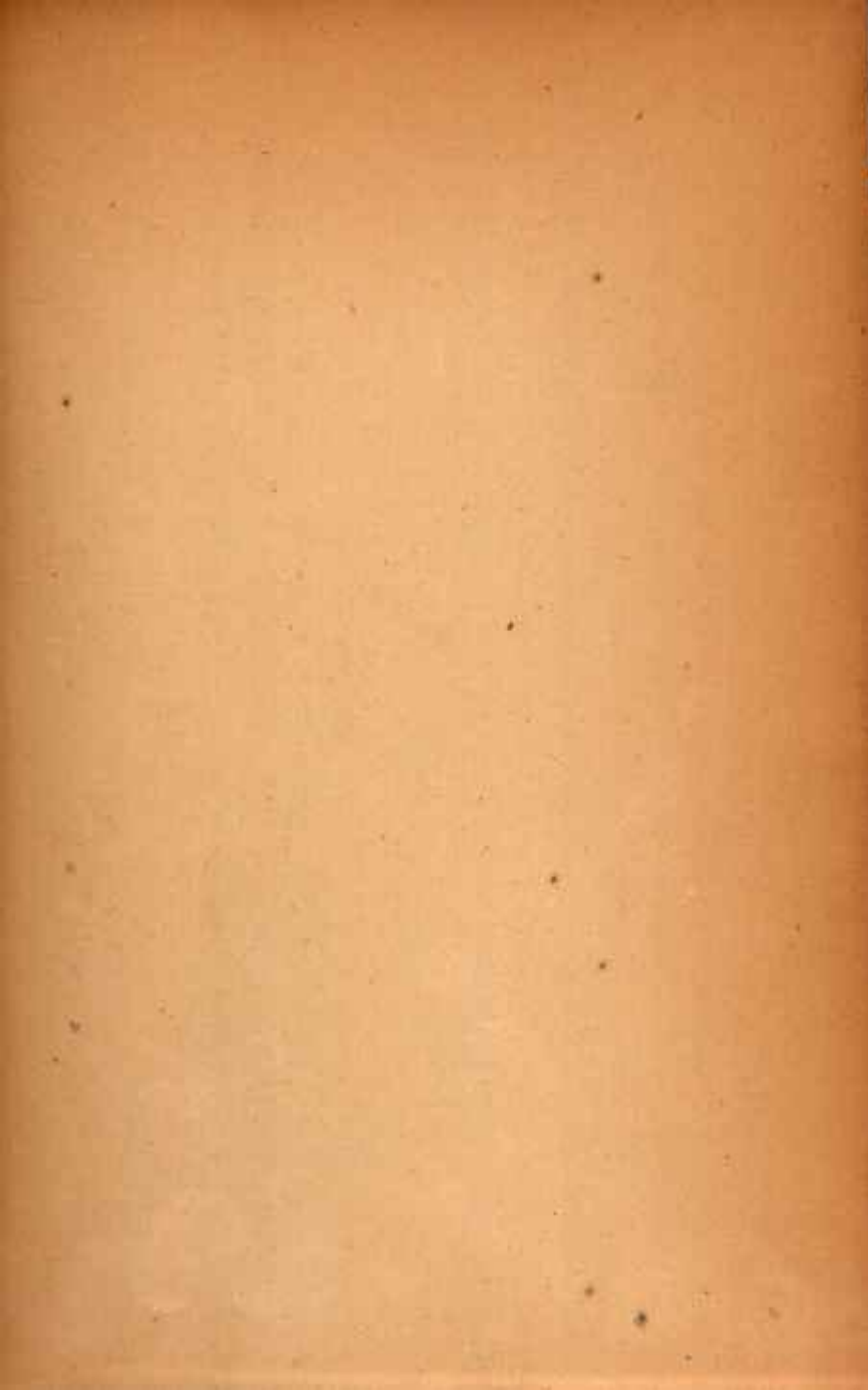
CAPÍTULO I

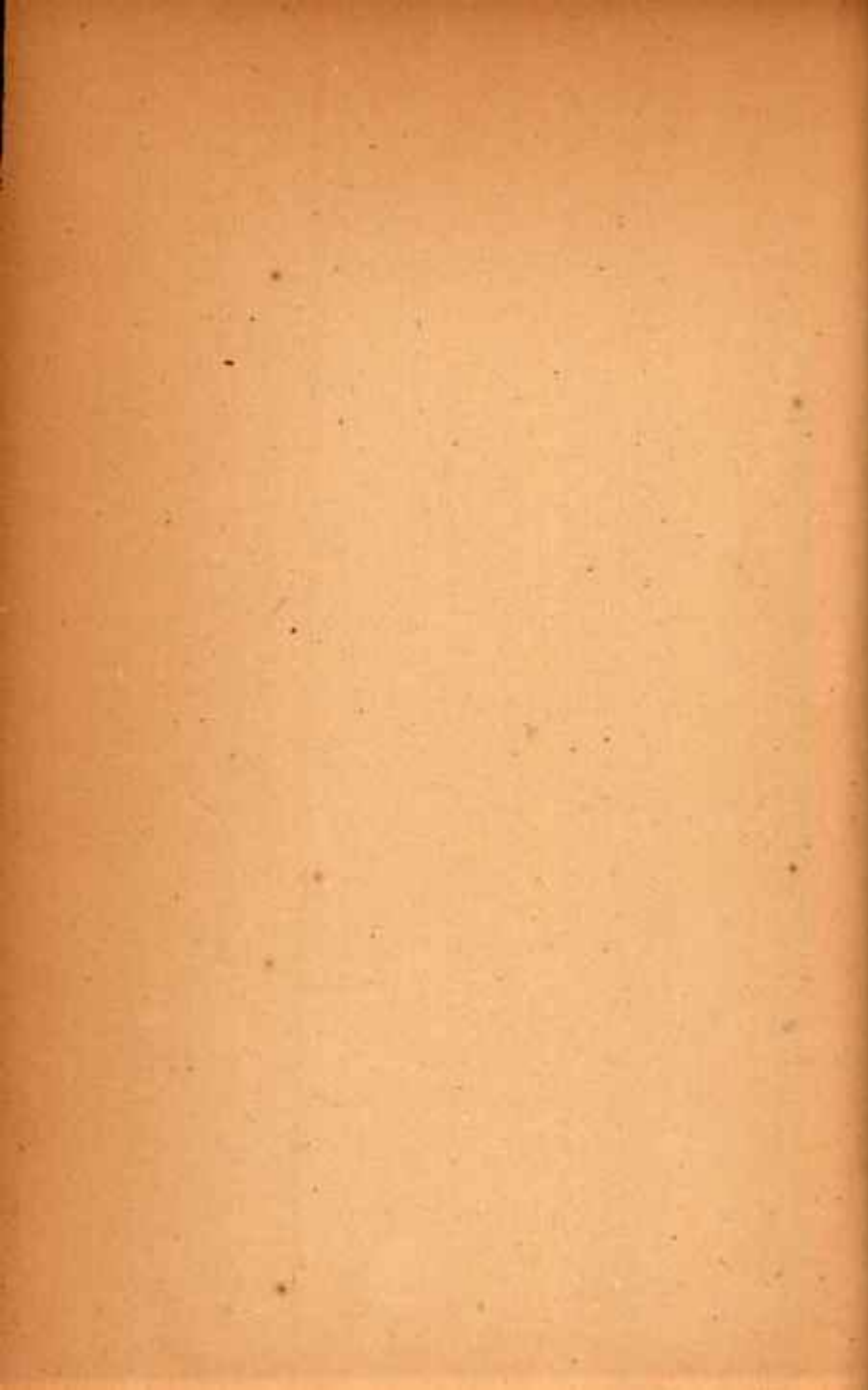


Comprende Feti Alcala y otros

MARTIRIO









—¡Martirio...

La vieja gitana Soledad gritaba con una voz centenaria, y el eco se hundía en las profundidades troglodíticas de la cueva, con un lejano són obscuro.

Cansada de gritar, la vieja quedó inmóvil al sol.

Rígida en los umbrales de la caverna, augur y milenaria, era como el espectro vivo de un Destino cerrado.

Al sol, una luz absoluta, nutrida y pura, vestía su figura del oro fastuoso y eterno de las momias faraónicas, y como una túnica de sombra flotaba tras ella el negror húmedo, palpitante y atractivo de la cueva.

La gitana Soledad era tan antigua como aquellos mitos indios que hablan de dioses multiformes, de bosques maravillosos cuyo aliento hace arder la sangre de los tigres y de los hombres, de fuegos sagrados que iluminan la tierra, de músicas embrionarias en las que se percibe lento, el rumor infinito de los mundos en formación.

Ardía en sus pupilas sin edad la llama maga del Oriente, y diríase que sobre el enigma moreno y mudo de su rostro, dejaban su sombra las alas de un pájaro quimérico de alucinación, de fatalidad, de noche y de silencio cabalístico.

M O R E N A Y T R Á G I C A

La gitana vestía esos ropajes delirantes, que en el aire luminoso, perfumado de sol, son la más viva emoción del color.

Sobre la tierra, pasaba la música clara y buena de las primeras plantas que nacían con un verdor inocente y fresco.

Y el cielo era como en aquellos días en que las gentes del Iram se desbordaron por los continentes, y ascendieron ágiles y dominadoras á las más altas cumbres de la tierra.

La vieja Soledad salió de la caverna con grave paso sacerdotal, y con sus ojos adivinadores, buscó en el camino blanco de polvo y crepitante de sol.

Á los pocos instantes, surgió en el camino una ágil figura de mujer, que avanzaba esbelta, con noble andar de samaritana, de doncella bíblica virgen y hermosa.

—Malo mengue te coman, mardesía. ¿En qué zítio del infierno já etao tanto tiempo, mala jembra?

Martirio miró hondamente á la vieja con aquellas pupilas trágicas que eran dos maldiciones satánicas, y penetró en la cueva, silenciosa, como una sombra condenada que camina irremediabilmente á su destino.

—Azí, zentraña, zin jablá palabra.

Y con un relámpago feroz en las pupilas, lívida de crueldad la faz de oro muerto, Soledad entró en la caverna murmurando opacamente.

—Que lo demonio me yeven por los pelo zi no te zaco la palabra con toa la zangre de tu cuerpo, hija del ajorca.

Abandoné rápidamente mi balcón, y bajé al camino luciente y cruzado de barras como un blasón de oro.

M O R E N A Y T R Á G I C A

Me detuve en los umbrales |de la caverna, tenebrosa como la boca de un abismo, oscura y en silencio de entraña de la tierra, detenida en un primitivo misterio religioso y geológico.

—¿Quién anda ahí? preguntó desde el interior, una voz cortante y aguda como el són de una hoja de puñal.

—Yo soy, y avancé por aquellas negras estancias, en las que el cobre colgado en las paredes, brillaba con fulgores sangrientos.

En la última habitación, llena de todo el olor áspero y profundo de la montaña, estaban las gitanas Soledad y Martirio.

Un candil trágico iluminaba con reflejos de infierno las cabezas demoniacas de las gitanas.

Martirio estaba sentada en el suelo, rígida,

inmóvil, extraña, como un ídolo olvidado de las primeras edades del mundo.

Bajo la tempestad de sus cabellos azules, corría un hilo de sangre con una melodía mítica, con una simplicidad misteriosa de sacrificio bárbaro.

Y sus pupilas funerales, de maldición, de tormento, de crimen, de inconsciencia, miraban lo invisible en una abstracción sobrehumana, ascendida entre llamas desde la más fabulosa esencia de su raza.

La vieja Soledad se retorció como la lengua de un poseído, como una espiral de fuego, como una serpiente herida, enferma de veneno.

Temblorosas las manos como las garras de una fiera delirante, fosfóricos los dientes entre los labios lívidos, la vieja gitana se adelantó hacia la puerta.

M O R E N A Y T R Á G I C A

—¿Qué quiere tú aquí?

No respondí, y me acerqué á Martirio, que permaneció quieta como un ídolo de bronce petrificado en su sueño de metal.

—¿Qué quiere?

Y la gitana se estremecía, se curvaba como un blandón agitado por el viento.

—Vete, renegao, vete ó te jinco toa laz uña en tu carne de perro judío; vete.

Un gato, que era como la encarnación del diablo, saltó sobre una silla y me miró con sus verdes ojos iluminados y agoreros.

La vieja clavó en mí sus ojos redondos como dos círculos nigrománticos, y levantando su brazo, profética y brujesca, me dijo:

—Oye, judío, por mi muerto, te lo juro, ante de que Martirio te quiera, por eta cruse que la mato.

Y fanática, feroz, sacerdotal, mordió más que besó la horrible cruz huesosa de sus dedos.

Como una serpiente, la vieja gitana desapareció dejando la huella acre de su aliento venenoso.

Las pupilas de Martirio continuaban muertas en su sueño de siglos. Eran las pupilas de Siva, de Isis, los trágicos cálices en que el Oriente ofrenda su alma al dios cruel que sonríe entre los tigres.

La sangre que nacía de su frente, se había detenido, y semejava en la cara un tatuaje bárbaro.

La luz espectral del candil envolvía su figura en un halo lejano que tenía inquietantes temblores de inexistencia.

Todo en ella parecía consagrado y sellado. En aquella matriz de la montaña, sola ante

M O R E N A Y T R Á G I C A

su Destino, ella era la criatura eterna que revive desde edades sin nombre, y que contiene brasas divinas en el arcano de su substancia.

En el silencio perfecto, que tenía un calor de entraña viva, se oía el caer de nuestra sangre y el estridor angustioso de nuestra ansiedad.

—Martirio...

Como una inclinación de alas negras, así bajó sus párpados y me miró hermética.

—¿Por qué ha venido?

—No me lo preguntes jamás, Martirio. Vengo y vendré siempre. Te seguiré hasta la otra vida y el angel Azrael nos arrastrará juntos á la , condenación.

—E imposible. No te aserque nunca á mi vera. Yo estoy mardesía, y yevo la mardisión á lo que me quieren.

—¿Y qué me importa, vida de mi vida? Tam-

bién estoy yo maldito de Dios y de los hombres. Yo soy el que lleva en la frente la marca de fuego; el que no tiene patria, el que morirá algún día, acosado como una fiera, en un desierto desconocido sin pan y sin agua.

—Yo zoy la gitana, hija del ajorca, y zoy la que jase mar de ojo y la que ze bebe la zangre caliente de lo churumbele. Yo maté á la mala jembra de mi madre dándole á bebe la zangre de un muerto, y quito la felisiá con miz ojo de enterraora. Tú no pué quererme.

—Martirio, yo te quiero más que á mi vida.

—Quererme á mí é queré á la muerte.

—Quiero á la muerte si eres tú.

El gato negro saltó como un relámpago sobre el hombro de Martirio, y le clavó sus uñas eléctricas, de una ferocidad voluptuosa y femenina.

Y á un tiempo mismo me miraron fatales

M O R E N A Y T R Á G I C A

las pupilas del gato y las pupilas de Martirio.

Nuestras almas tuvieron un murmullo claro en aquel silencio hecho de angustia y de tierra viva.

Yo sentía en mi pecho como una herida de anchos labios ulcerados, por los que pasaran una barra quemante de hierro al rojo.

Martirio tornaba á la visión hechizada, en que sus pupilas se hacían vítreas y sin lumbre como muertos esmaltes centenarios.

El silencio tenía quimeras monstruosas, y los reflejos del candil, misteriosos tentáculos alucinantes y voraces.

Del cuerpo llameante de Martirio se desprendía un perfume de agonía, de terror, de calentura, de pasión, de magnetismo, algo que participaba del olor de las viejas sepulturas, y del aroma lujurioso y pesado de las madrigueras de

los tigres. Toda ella fosforecía como un fuego fátuo, como una planta de luz en la noche.

Agitábanse sus cabellos, impregnados de tempestad y de noche, en una danza de serpientes endiabladas.

Y su faz aparecía deslustrada, lejana, inexistente, como tras un cristal la cara de una muerta.

Como el latir de un reloj de pavor y de eternidad, el gato musitaba incesantes é incomprendidos cabalismos.

De pronto, como una desenterrada, surgió en la puerta la vieja gitana Soledad.

—¿Entavía etá aquí, judío de lo infierno? ¿qué jase?

Antes de abandonar la cueva, dije lentamente:

—Adiós, Martirio.

M O R E N A Y T R Á G I C A

—Adió.

Ella quedó inmóvil en su sueño inconsciente y mago, tan viejo como el mundo.

Funeral y terrible como una vieja diablesa, quedó Soledad mascullando maldiciones y conjuros.

En el camino, ya caduco de luz, aún pasaban con estremecimientos vivos los últimos ardores del sol.

Mi espíritu, como una serpiente que se desenrosca, erguía su cabeza coronada de tinieblas, para amar el triunfo de aquella luz final.

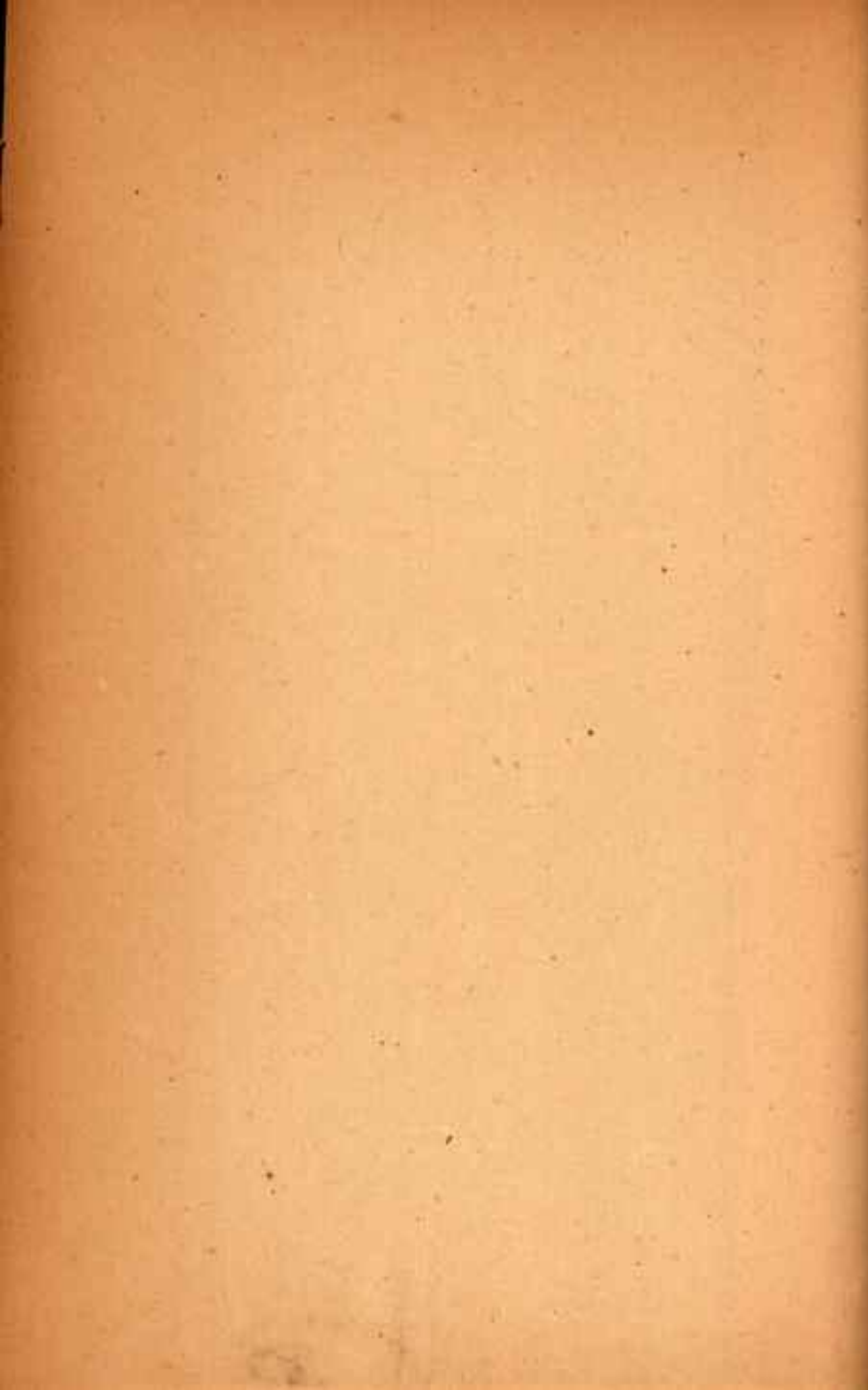
Por mi cuerpo había pasado como un ácido, y ascendía á mi boca un sabor sangriento y pulposo, como si mordiera mis propias entrañas.

Los árboles crispados, semejaban viejas manos torturadas que me hicieran la cruz.

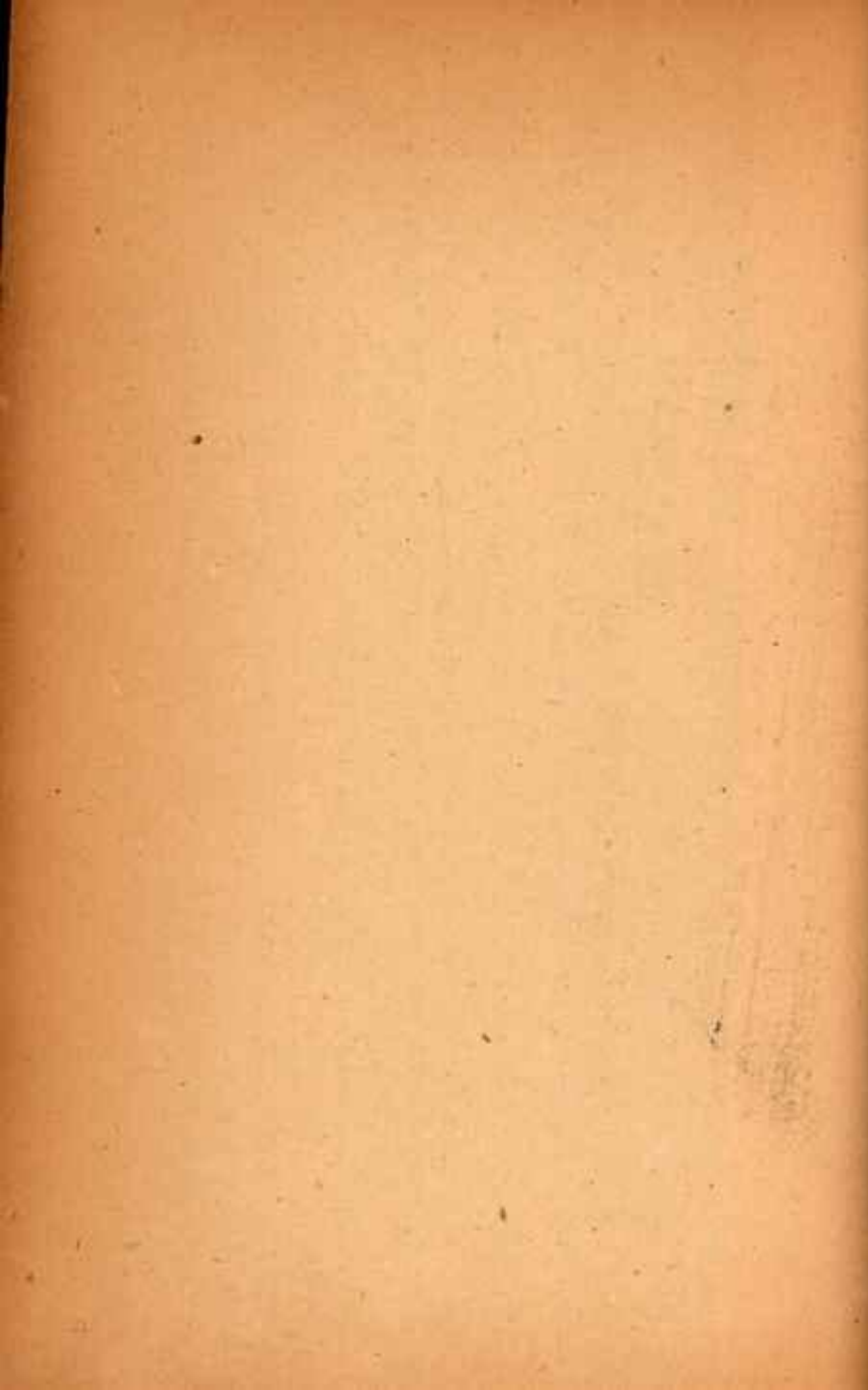
I S A A C M U Ñ O Z

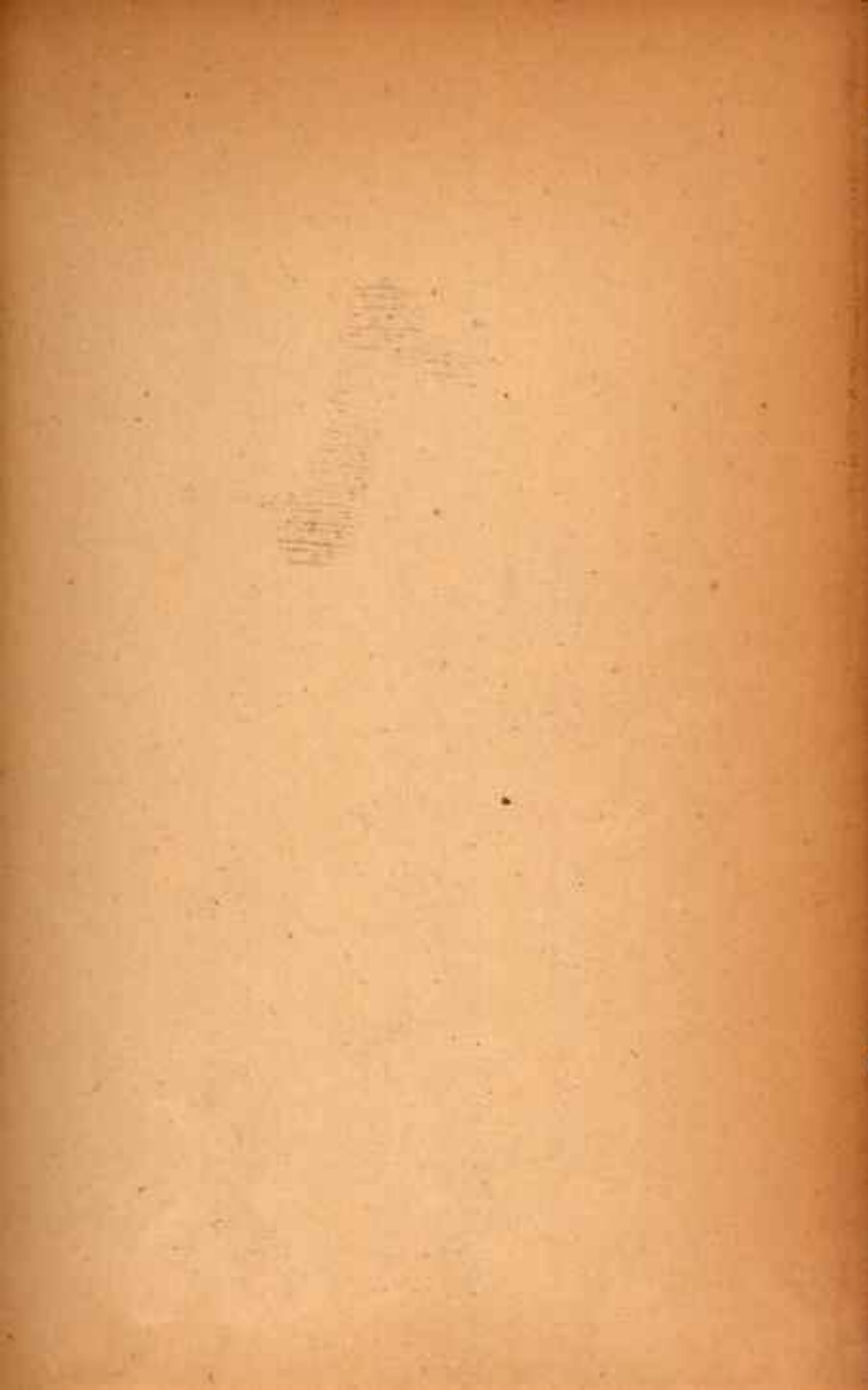
Y el cielo se enrojecía como un vasto mar,
por el que corriera la sangre de un dios.

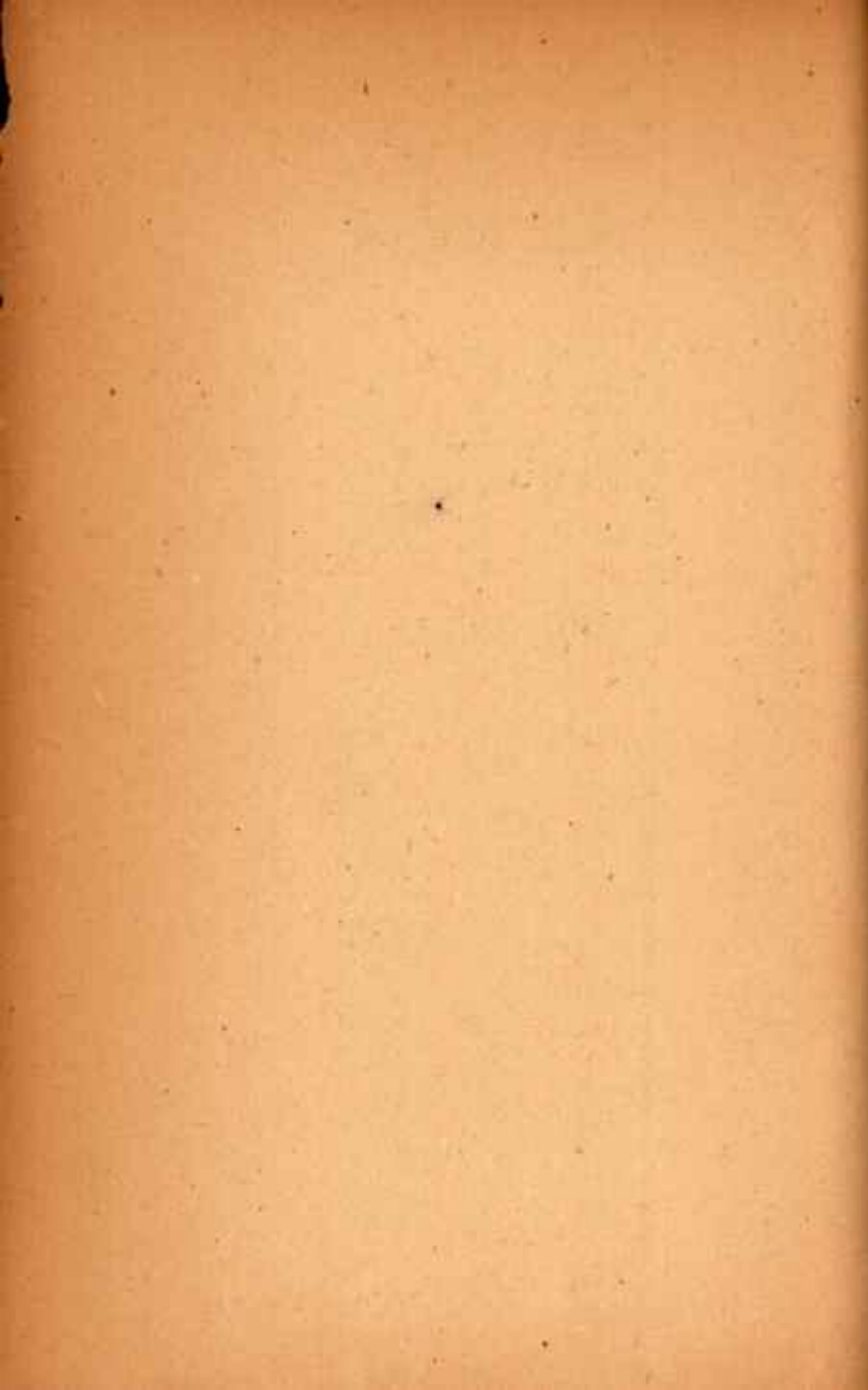
CAPÍTULO II



EL CAMINO DE LOS MUERTOS









Aquella noche, una noche de nardos y de luna, encontré á Martirio en el Camino de los Muertos, inmóvil, vestida de soledad y de sombra.

Las torres árabes, tocadas de noche, dejaban fluir como pertumes de su alma, largas sombras azules, en las que temblaba el fausto muerto de los oros y de los vivos rojos sangrientos.

La cara de Martirio se perdía en la gama inmaterial de la noche.

Sólo sus pupilas ardían con un fulgor más trágico, como si un ángel maldito las encendiera en las brasas de Satanás.

En la noche, Martirio vivía con la vida inquietante y misteriosa de una lámpara, cuya llama parpadea con entrevisiones de infinito.

Siempre era el enigma vivo, la palabra nunca dicha.

Sus ojos, que jamás se cerraban, eran libros de Hermes, eran las alucinaciones de otra vida cruzada de fuegos y quimérica de monstruosas divinidades.

Era la sombra viva de la noche, aquella tras la cual quedaba el reflejo de la luna, como el manto lívido de una divinidad espectral.

Felinamente me acerqué á ella.

Me miró profunda, hasta estremecer mis en-

M O R E N A Y T R Á G I C A

trañas, siempre crepitantes, y ni una onda pasó por su rígida faz inmaterial.

—Vete de mi vera.

—Nada en este mundo podría separarme de tí. ¿Por qué me echas?

—Tu no zabe que mi cuerpo dá la muerte, y que mi zojo zecan la zangre?

—¿Y qué me importa, Martirio? Tú sola eres mi vida.

—Calla.

Por el Camino de los Muertos avanzaba un entierro.

Caminaban lenta y silenciosamente, y sólo se oía el incesante, áspero y seco rastrear de los pasos, y el crujir de la cera en los cirios cadavéricos.

Cuarenta llamas en dos filas, avanzaban como una procesión de almas en pena.

Eran llamas amarillas, cárdenas en sus bases, y con temblorosas venas de sangre.

Ardían altas é iguales en la pausa del aire, é iluminaban los rostros como vistos á través de una fiebre de extenuación y de horror.

El entierro parecía venir desde otra vida, y todo el cortejo estaba envuelto en un halo espectral de inexistencia.

Cuatro hombres, en cuyos rostros fríos se presentía la vacuidad helada de la calavera, llevaban el cadáver en un ataúd de un negro miserable.

Eran iguales los cuatro rostros jóvenes y lívidos, y los cuatro parecían desvanecerse en la noche en un humo opaco de tortura.

La luz de la luna seguía al ataúd como una amada misteriosa.

Y la noche era como una inmensa tumba

M O R E N A Y T R Á G I C A

abierta, alumbrada por una lámpara lejana y eterna.

Un significado agorero y oculto tenían todas las cosas, y de todas las formas se desprendía aquella esencia ignota que es el génesis de lo impalpable, el hieroglífico alado, el aliento de la sombra.

La noche recogía la muerte con una unción extática.

Y las luces que se alejaban eran como pupilas de condenación.

Había huellas de espíritus en la obscuridad fluida y palpitante.

Y los cuervos del terror pasaban agitandò sus alas sobre los cabellos heridos y vibrantes como nervios.

Y en la grave pausa de la noche se oía el latir del corazón, con un ritmo de mundo que va á nacer.

El martirio de las llamas funerales, había dejado en la paz sin fin de la noche una crispación de delirio.

Y el ataúd desaparecía acuchillando el aire como una larga sombra más.

Luego el silencio nos cubrió como una cúpula, y todo fué grave, desconocido y rígido, en el absoluto hermetismo universal.

La muerte dejó su perfume divino, atrayente como una amada de boca fosfórica...

La interrogación perenne quedó en el aire, cabalística en su expresión inmutable.

De los ajimeces árabes, parecía nacer una aurora fantástica, hecha de gloria, de luz de luna, y de muerto fausto nazarita.

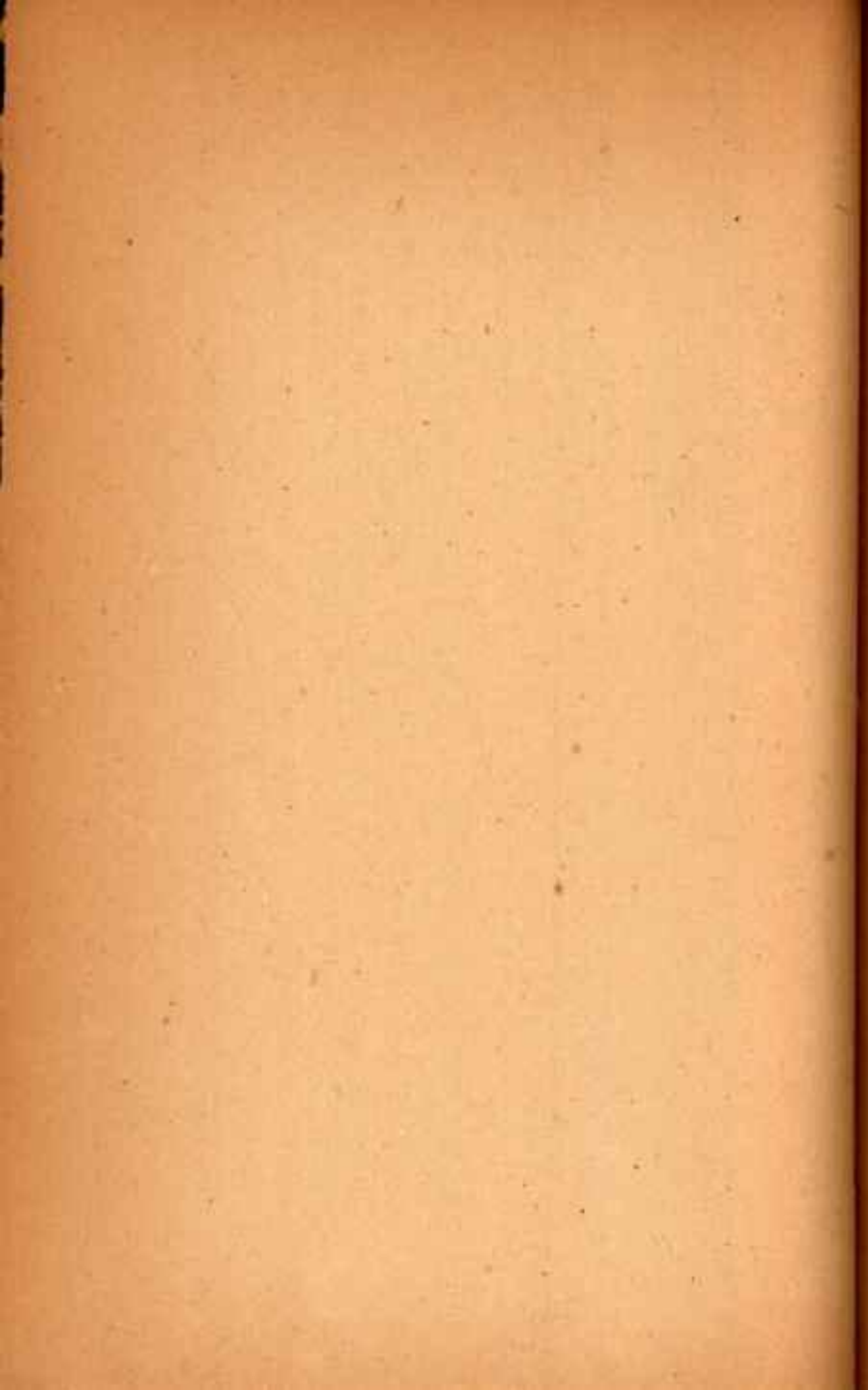
Cruzó una estrella dejando en el azul un leve polvo de oro.

M O R E N A Y T R Á G I C A

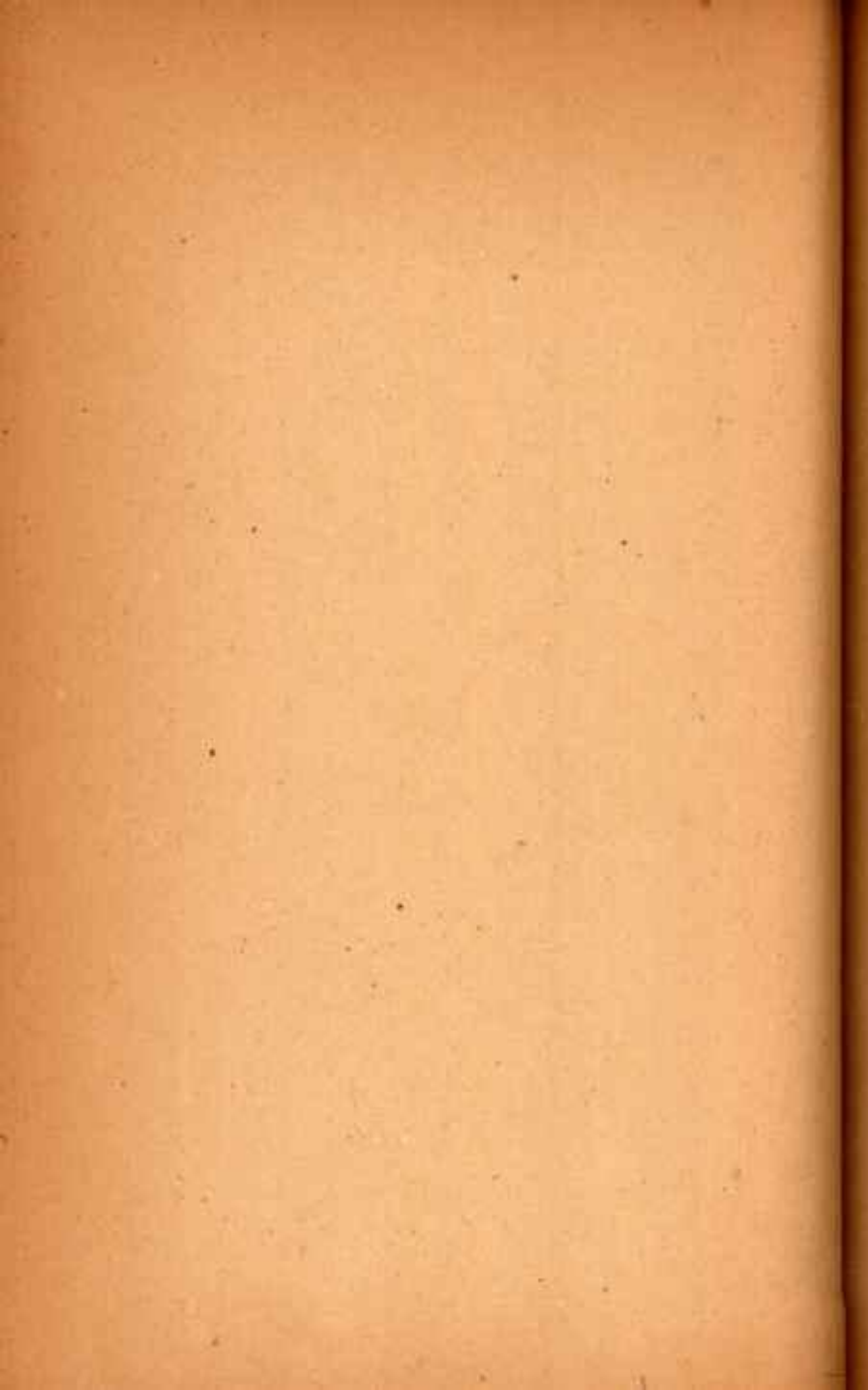
Martirio estaba á mi lado como una sulamita
que va á apagar su lámpara.

Todo tremante la abracé como á una ser-
piente.

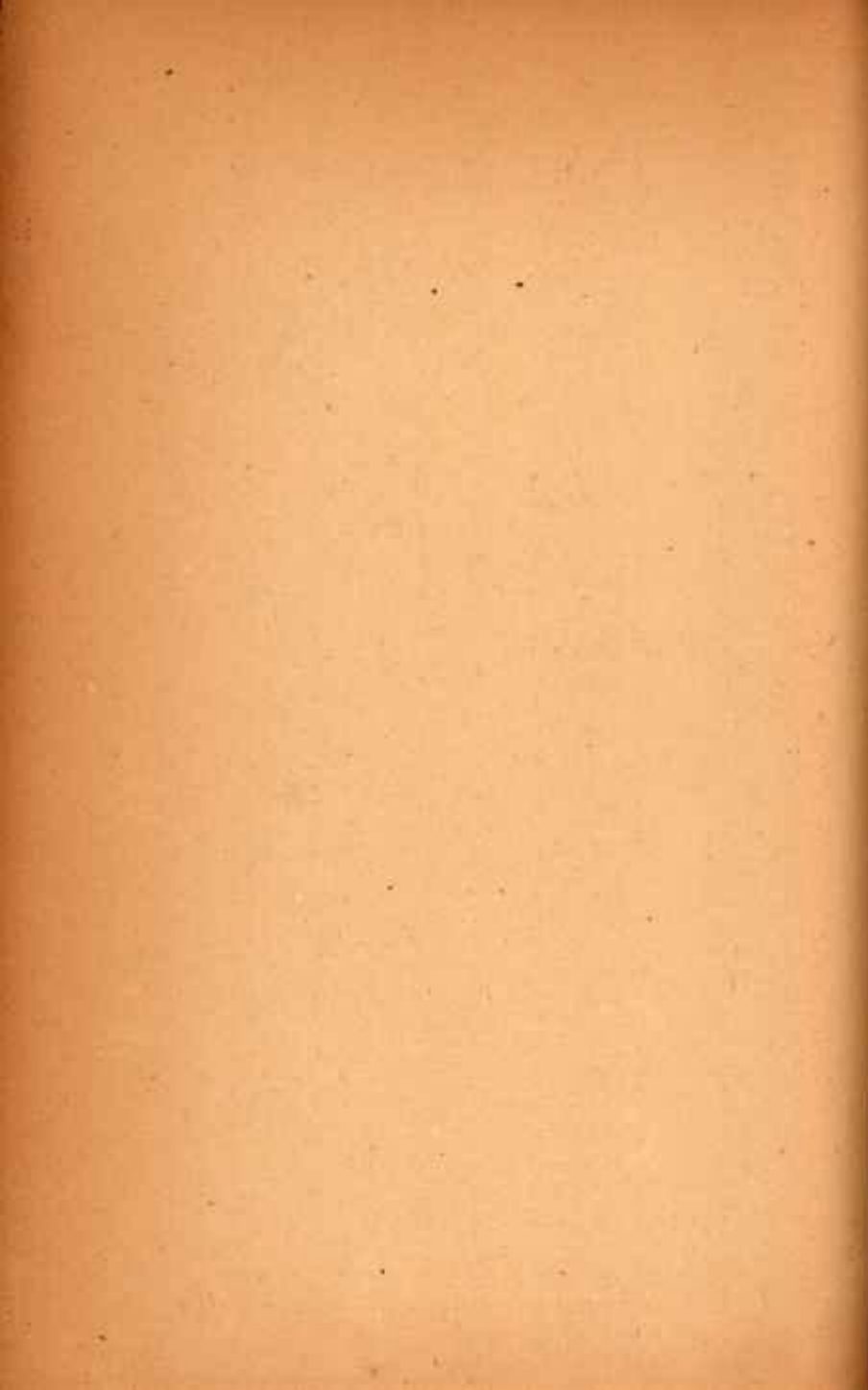
Y ví en sus ojos algo que en un relámpago
único me hizo semejante á un Dios.

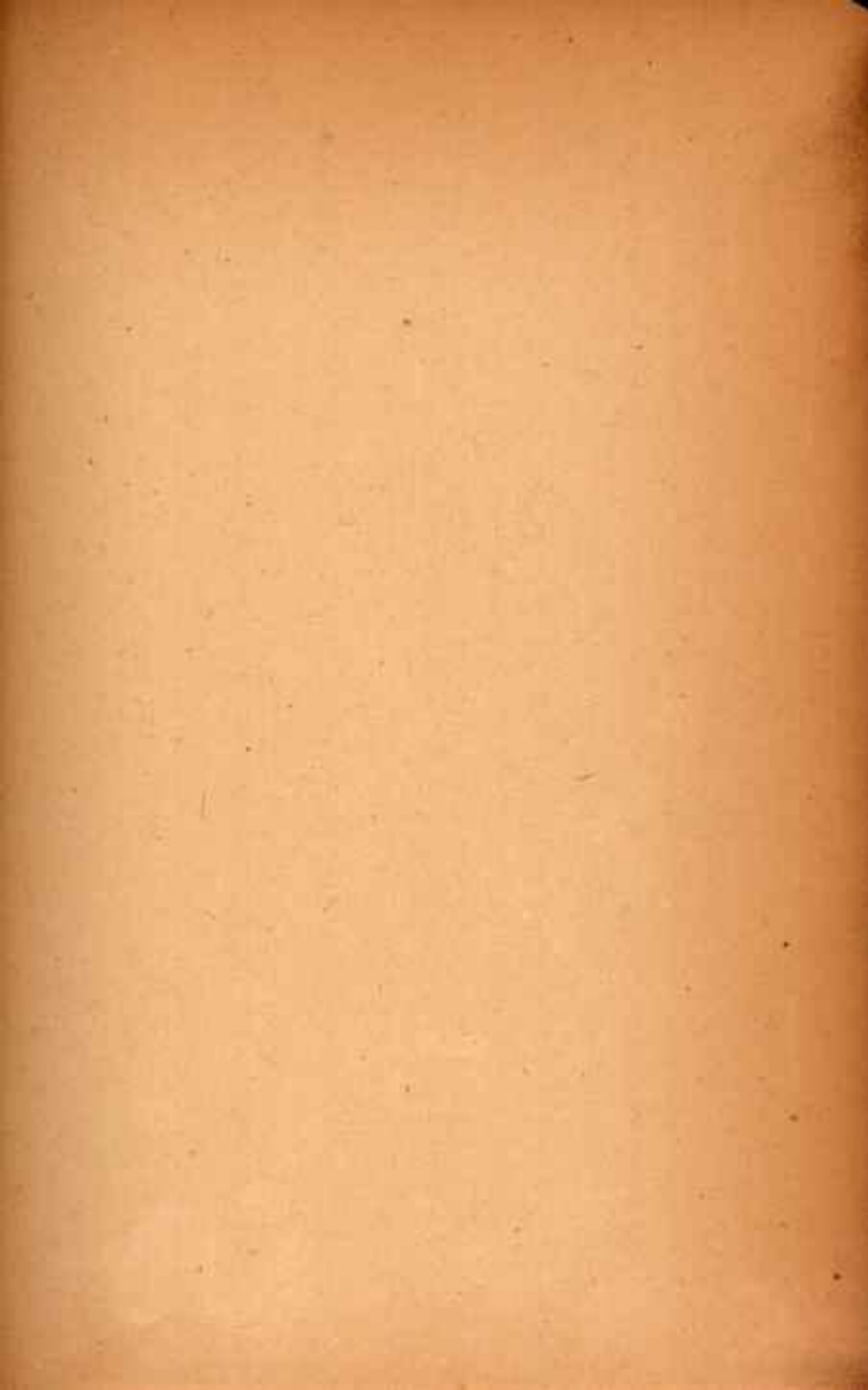


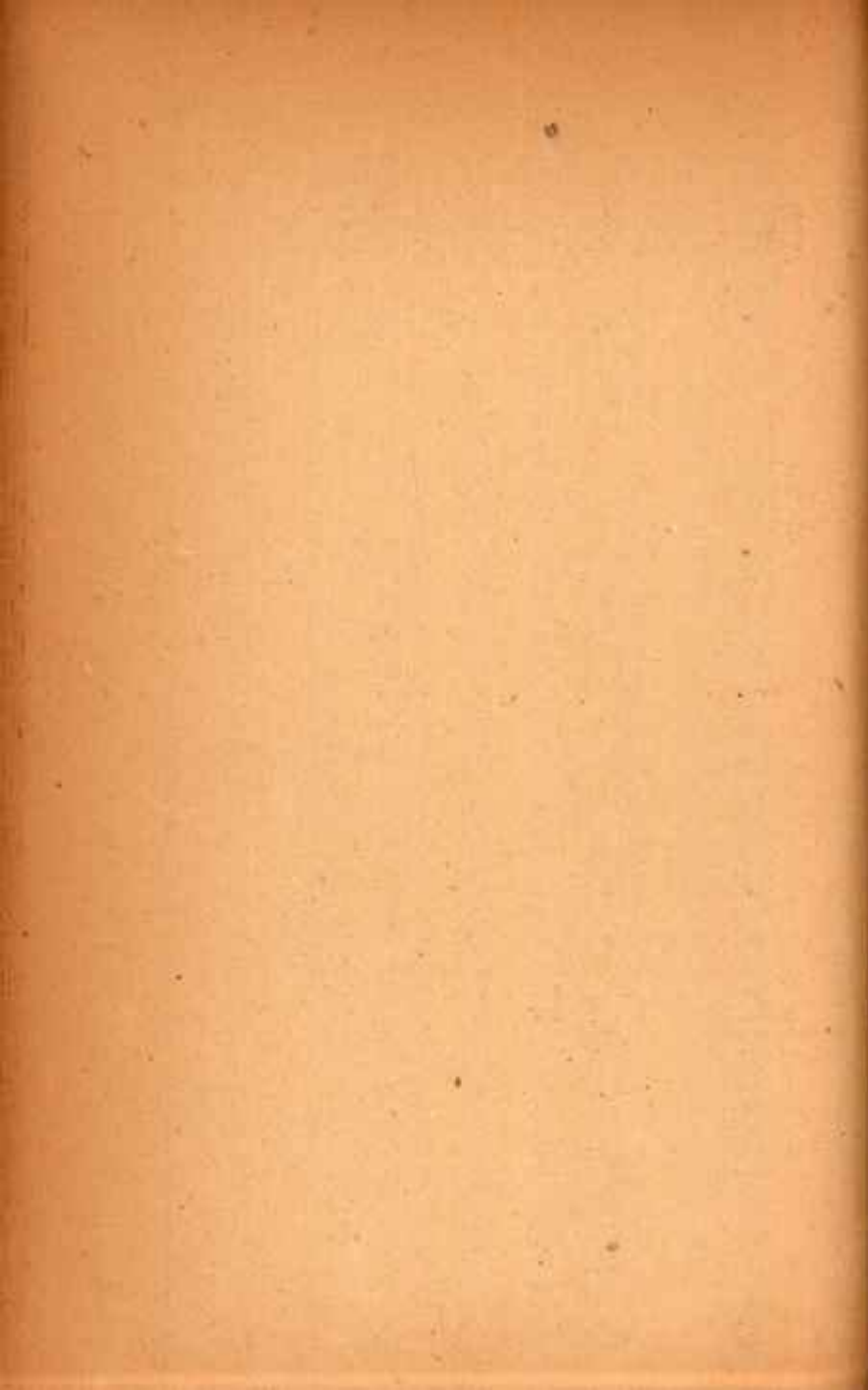
CAPÍTULO III



NOCHE DE ZAMBRA









Noche de zambra.

Toda la cueva de Martirio estaba iluminada por candiles y velones, y un aire joven de fiesta primitiva, pasaba por aquellas estancias, animando las cortinas violentas, encendiendo el cobre en las paredes, iluminando las imágenes santas de una bárbara rigidez de ídolos.

Martirio y yo llegamos á la cueva, cuando todos los gitanos de la montaña sentados en el suelo, charlaban en su lengua *chipicalli* que

conserva aromas del primer ario, pompas sacerdotales del lenguaje de Osiris, garrulerías de sol nacidas en los caminos sin amparo, y en las ferias cascabeleantes, vistosas de mantas marroquíes, de colorines, de gestos pícaros, de mulas relucientes.

A mi saludo ¡en gitano, ellos respondieron retraída y gravemente en castellano payo.

En torno de la estancia estaban sentados el Rum, el Mayo, el Ajusticiado, el Moro, el Angel, y la Nazarena, Salomé, la Adivina, Angustias la de los Collares, la Cañí y la Niña de Oro.

A la luz de los candiles, y en aquella matriz de la montaña, diríase que los gitanos eran gentes enterradas desde el alba de la vida, que renacían por un extraño milagro con sus amuletos, sus collares, sus talismanes, y sus rostros



M O R E N A Y T R Á G I C A

de oro ennoblecidos por la tierra y por el tiempo.

El Rum era un gitano viejo, cuya faz recordaba el fabuloso ensueño de Ramsés.

Sobre sus huesos, una piel centenaria, tenía ese color nutrido y rico que dan los largos días al sol y las noches pasadas junto á las hogueras patriarcales en los caminos amados por los lobos y por las estrellas.

Su boca sin dientes era una cuchillada bárbara de labios ulcerosos y podridos.

Su pelo pegado á las sienes, era largo y líquido como el cabello de los náufragos.

Y había en sus movimientos una lentitud sacerdotal y cruel de inmolador de víctimas, una cadencia misteriosa de mago que ejecuta fatales designios de lo invisible, una gravedad de rito obscuro en el que los conjuros

se visten con la fiebre de las alucinaciones.

El Rum tenía antiguas y carcomidas leyendas de sangre, de asesinatos, y su cuello de cuerdas, de nudos, de tierra áspera, estuvo alguna vez á punto de ser acariciado por la mano sádica de la horca.

En las arrugas insondables é irónicas de su boca apuñalada se acurrucaban todos los decires socarrones, todas las truhanescas picardías de su ciencia hampona aprendida en aquellas insignes universidades de la Viña de Cádiz, de San Lorenzo de Sevilla, del Perchel de Málaga, del Potro de Córdoba, del Albaicin de Granada.

El Rum era sentencioso, y sus palabras dichas con lenta austeridad, tenían ese viejo y agrio perfume de los hierros enmohecidos, de las maderas empolvadas y roídas por el tiem-

M O R E N A Y T R Á G I C A

po, de las historias bárbaras, maliciosas y canallas, contadas en otro tiempo á la luz de los candiles, por alguna abuela gitana, una noche de risas y algazara.

En la tribu cañí, el Rum era un prestigioso patriarca de Cronicón férreo y dorado, y de sabiduría insondable como la de los magos de la Kábala.

El Mayo tenía una juventud alevosa, ambigua, cruel, que dejaba una sensación fría como la huella de una piel de serpiente.

Había en él algo del tibetano que se arroja á las ruedas del carro de Víchnou, y algo del negro fetichista que sacrifica estoico á sus hijos en las aras del ídolo de piedra.

Tenía las manos cuadradas, y las uñas jaspadas de ámbar sucio.

Su mirada era de un magnetismo atrayente

y helado, como el de los fakires ceylanese
encantadores de serpientes.

Y su voz era como ese silbido de los jagua-
res, que alucina en las noches indias en que el
divino Ghanthama pasa por la tierra iluminada
y rebosante de perfumes.

Era geométrico y fatal. En el esmalte de sus
ojos estaba petrificado un sueño remoto y em-
brionario como una encarnación de Budha.

El Ajusticiado era un gitano, sobre el cual
se esperaban ver flotar agoreras y rumorosas,
las negras alas de un murciélago gigantesco.

Diríase que aún colgaba de la horca, y que
sus cabellos aún estaban erizados por todos los
vientos del terror.

En su cara, que era la calavera tostada por
el fuego y comida por la tierra, los ojos pare-
cían ascender desde las entrañas con un vaho

M O R E N A Y T R Á G I C A

caliente y con un tenebroso fulgor interno.

Era sin edad, como todos los hijos brujos del compadre Satanás.

Había peregrinado por todas las tierras, y todos los soles habían calentado sus centenarios huesos herrumbrosos.

Era sabio en componer venenos que producían la muerte en un escalofrío, y era diestro en estrangular con sus dedos ágiles que se enroscaban como serpientes.

Todo él estaba cerrado por el mónstruo hieroglífico de la superstición.

Y lo envolvía algo como el olor de los asesinados, un aroma trágico de sangre podrida y de ferocidad animal.

El Moro era un gitano alto y grave, de largos ojos de gacela, y de faz árabe descarnada y vestida de ensueño.

Era taciturno y silencioso, como un fekéí islama comido de llagas y de penitencias.

Había vivido largos años de sol en la tierra prometida de Agar, y la inmensa esfinge de sol y de misterio, había clavado sus garras en su carne macerada de pasión.

Vestido con una piel de camello, al lento andar de barco de su dromedario, cantando un ritmo eterno como el horizonte de azul y de arena, había recorrido el desierto, la tierra maldita de condenación, y había arribado á las ciudades blancas, muertas de luz, en cuyo silencio solo se escucha el volar de las cigüeñas y las voces quemantes de los almuédanos.

Había sentido la primavera en la tierra de Galam, cuando las negras de un olor de fieras, vestidas con sus collares y sus amuletos de malaquita, de coral y de ámbar, danzan hasta

M O R E N A Y T R Á G I C A

la locura al son del *tán-tán* y del *bambú* gritando como hienas el ¡*Anamalis fobil*!

Una sombra nocturna de zafiro velaba su rostro, y sus pupilas que tenían la seda de un ala azul, brillaban con reflejos quiméricos y ascinadores.

Su alma era tan extraña y compleja como el alma incomprendida del Oriente. Con su mano diestra conjuraba los *tchandalas* indios, y con su mano siniestra alejaba al *Iblis* del Mogreb.

La mano del éxtasis cerraba sus ojos enfermos del divino martirio de la visión, y la taciturnidad lo envolvía en su manto de obscuridad y de silencio.

Algún día el Moro tornaría á su océano de arena para dar su carne á los chacales, y ofrecer al sol sus huesos limpios, de un calcinado blancor reluciente.

El Angel era un gitano joven, de manolesca traza, y de ojos encendidos de presidario.

Era el gitano andaluz que ama los toros y las riñas de gallos, los alamares y las jacas jerezanas, las majezas y las bravas puñaladas.

Era pariente de la vieja gitana Soledad, y en un tiempo rondó á Martirio con tenacidad de macho orgulloso y violento.

Cantaba esas canciones de pena que huelen á sangre, á fiebre y á claveles, y miraba torvo, con ojos fosfóricos en los que se escondía el crimen.

La Nazarena era una vieja hechicera fascinante como un sortilegio.

Diríase que toda ella ardía como la llama roja y trágica de un conjuro.

De todo su ser se desprendía la magia.

M O R E N A Y T R Á G I C A

Su existencia parecía envuelta en círculos de fuego.

Y era como el recuerdo de las encarnaciones de un *Adytia* contadas por un viejo y misterioso *Kapural*.

Estaba signada por una diabólica conjunción de astros, para no apagar aquella lámpara de su raza, en cuya cima brillaba siempre la luz morada de la revelación.

Creeríase què por sus venas no circulaba sangre, sino que corría el tiempo como un fluído máximo de ardor y de luz.

Dos aretes circulares del oro caduco de las antiguas ajorcas, pendían de sus orejas, enigmáticas como dos interrogaciones.

Su traje era una fiesta, como todas las vestiduras del Oriente.

Era una de esas calenturientas figuras vistas

I S A A C M U Ñ O Z

en sueños, que han de asesinarnos con crueldad
brujesca, en un aquelarre de delirio.

Ella era la maldición viva.

Salomé era bella.

Y su belleza era la de las sacerdotisas enjoadas, que bailan danzas antiguas en las noches rituales, bajo la mirada astral de una divinidad monstruosa.

Había algo religioso y grave en su faz sin sangre, que recordaba la expresión dolorosa y ardiente de esas vírgenes tristes, que tocadas de terciopelo morado, alucinan entre cirios, en los altares tenebrosos de las viejas iglesias españolas.

Era su aire lleno de pasión taciturna, de fuego cavernoso, de concentración obscura, de misticismo febril é insondable.

Sobre el esmalte blanco, brillaban las pupi-

M O R E N A Y T R Á G I C A

las con un fulgor deslustrado y cadavérico, con una luz inolvidable de ausencia y de agonía.

Tenía una figura apta para las danzas sacras, para los ritmos litúrgicos, para las sumas pompas sacerdotales.

La Adivina era una gitana suntuosa, dorada, oriental, tal como el ensueño de Balkis, la reina de Saba.

Era toda de lujuria y de oro.

Su cuerpo que pudo haber sido amado por el rey de los reyes Salomón, pedía el fanatismo idólatra de una de esas razas del Oriente, que divinizan á través del ritmo encantado de la leyenda, y de la melodía bárbara de la piedra.

Era como la hija maravillosa de una Berenice fecundada por el sol.

Siempre hierática, como en el trono sosteni-

do por leones de una Asiria fabulosa, sólo en sus ojos vibraba la iluminación fosforescente de la vida.

Tenía todo el aire de aquellas razas que adoraron á Baal, y que crearon las púrpuras.

En el fondo de sus ojos, que semejaban dos amuletos de ámbar, aún se reflejaban con incertidumbres de ensueño, las columnas de palmera, los toros alados, los jardines colgantes, las torres victoriosas de los palacios de *Assur*, y á través del iris áureo, se veían correr en su curso de eternidad, las aguas inmortales del Eufrates.

Diríase resucitada de un viejo sarcófago lleno de inscripciones cuneiformes, y aun impregnada del aroma de su tiempo, un perfume de inciensos, de sedas bárbaras y de rosas perturbadoras.

M O R E N A Y T R Á G I C A

Decíase que tenía el don de adivinar el porvenir, de penetrar en todos los secretos del destino.

Quizá heredó de sus contemporáneos los caldeos, esta divina ciencia de hacer surgir de las frentes la brillante estrella reveladora.

Quizá poseía aquella clave perdida entre los tesoros de Assurbanipal, y ante ella era claro y transparente el más misterioso zodiaco de la existencia.

Para ella las rayas de la mano, eran caminos que conducían á la muerte ó á la pena angustiosa del amor.

Nació en Egipto, en aquella tierra de Mesraim, vasta como la eternidad.

Nació bajo las sombras de la muerta Memphis, una noche en que aullaban las hienas, y

las estrellas fulgían con la luz de las pupilas de Isis.

Murió su madre después del parto, y aquella noche, el plañir desesperado de los gitanos, resonó trágicamente confundido con los gritos de los chacales y de las hienas.

Una *fellahina* siria le dió su leche, y la durmió con sus canciones del desierto, lentas, llenas de la tristeza de los horizontes, de las arenas y del sol.

Cuando fué púber, y adornó su cuello con collares de turquesas y de ámbar, y sus brazos de oro con ajorcas de plata, un árabe mogrebino se llevó el aroma sangriento de su doncellez.

Luego unos gitanos del Cairo la trajeron á España con sus amuletos, sus talismanes, sus pieles de pantera y sus misterios caldeos.

M O R E N A Y T R Á G I C A

Adoraba al *Chaitán*, y en su cueva cerrada como un sepulcro, se oían algunas noches alucinantes rumores, se veían luces cárdenas, y á la hora de los fantasmas, sonaba el cacareo estridente de los gallos de Salomón.

Angustias la de los Collares, de grandes ojos animales y calientes, y de tez roja del color de las tierras de Arabia, parecía una de esas mujeres del país de *Guadum*, cuyo rito ismaelita tiene misterios crepitantes, monstruosos secretos de lujuria.

«Ad te, cum accesserit femina vestes a creare destro illius rejice et tunc tibi se præbebit visu quid diligis quid in deliciis habes, quid siti enter expetis, quid concupiscis: pellice eam ad te ed dicito: oculos meos conversus sum ad lumen, arbitri mei, creatoris cæli et terræ, dum essem in statu puritatis et salubritatis. Tunc in illam et

*in venere aliquid molle cum vulva arcta invenies,
et duobus lanugineis labris, de quibus, ut e favo,
rorant mella. Procumbito ad sea genua, o vir
mihi in fide collega! Hoc enim est janua boni
adorationis, hoc Eden est e quo quatuor manant
flumina, mellis defæcati unum, succosæ libidinis,
expressi a dorsuali spina secundum...».*

*« O dextro sidere natus qui semel potuit sua
labra proluere ex infernis seatebris coccigis suæ!
¡ Oh adorationis bonitas! Tu bonitas illa es, qua
omnes egressi sumus et in quaam redibimus
omnes. O Domine mi fac mihi expeditum iter
ad exercendam religionem meam, o Domine qui
dixisti: Piæ cultus tui exercitationis ab umbilico
pertingunt ad genua sensus incunde titilla, tacto
voluptatem lacessito, quam vellem ut tantum esset
hoc tibi sola divinitas!».*

La Cañí era una gitanita de miembros ágiles,

M O R E N A Y T R Á G I C A

flexible y rítmica como la cuerda vibrante de un instrumento musical.

Todo en ella era propenso á la danza, á la fiesta de las líneas, á la gracia de la escultura, al humear del sexo como una brasa diabólica, al fosforecer de la carne en la llama vertiginosa del baile.

Era como una *deva-dassis*, de las que ofrendan su vientre á la *Trimurti* entre el misterio de los mirtos sacerdotales.

Era de la más pura raza *parsi*, y en su lengua extraña aún quedaban vestigios de aquel antiguo *guzarati*, brillante como una esmeralda, y sonoro como música de fronda.

Sus ojos eran dos aguas enfermas, sobre las cuales se reflejara la pompa verde de un bosque de Ceylán.

Su boca sangrante tenía un violento fosfore-

I S A A C M U Ñ O Z

cer de dientes, y como un resplandor lujurioso que se desprendía en ondas humeantes.

Y había en su frente, la maravillosa inconsciencia de una vida que esplende luz y perfume, como una flor pulposa de lujuria.

Sus cabellos eran de un azul de zafiro en la noche, y eran largos y palpitantes, cada uno animado de una vida milagrosa y fluída.

Y sus brazos, que tenían la sagrada curva de los arcos, eran como dos ritos míticos de una religión divina y bárbara.

La Niña de Oro era impúber, viciosa y ambigua.

• Tenía una gracia flexible, áspera, andrógina, un hechizo perverso de efebo lascivo, y un encanto de niña docta en toda suerte de complejos y sutiles vicios.

Sus ojos eran de un verde cruel y enfermo

M O R E N A Y T R Á G I C A

de malaquita, con traslúcidos reflejos marinos, y profundidades agoreras de esmeralda.

Su boca era una ondulación enigmática, un secreto de placer y de agonía, algo venenoso y fascinador, en cuyo fondo se habrían de descubrir los sales del goce y las tuberosas de la muerte.

Sus manos eran una tortura de lujuria y de ensueño, un martirio de extenuación y de sensibilidad mágica.

Era una criatura hecha toda de electricidad, de vibración, de fluído, de espasmo y de perversidad fría como las lujurias en que ya no queda sangre.

Aquella noche de fiesta, una alegría violenta y cruel pasaba en ráfagas por la cueva troglodítica, ponía cimas de sangre en las llamas de los candiles, encendía las manos de Ángel, el

tocador de guitarra, relucía con un fulgor satánico en las pupilas de los gitanos, pupilas acechadoras y terribles, como las de las panteras junto á los despojos sangrientos de los cadáveres.

El aire de la Alhambra venía en ráfagas frescas, perfumadas de noche, de miel de naranjos, de lejania y de rosas pálidas.

Alguna ráfaga nos acariciaba como una divina mano que tuviera un lento sortilegio de ventura, otra nos estremecía como una misteriosa palabra reveladora, otra nos dejaba en un éxtasis frío, otra nos iluminaba como un relucir de antorchas, otra hacía vibrar nuestras sangres con una música de lujurias suntuosas, sonoras, de una magnificencia nueva, y de una juventud cruel, voraz y encantada.

El Ángel acalló la violencia de su música

M O R E N A Y T R Á G I C A

desgarrante, y con una voz caliente, salpicada de sangre y dentada de pasión, cantó:

Levántame la chaqueta
y mirame en er costao,
verá la puñalaíta
que por tu queré man dao.

Sus ojos fulgurantes, de una animalidad imperativa y ciega, miraban á Martirio, que inmóvil en su sueño, como una extraña existencia que irradiara luz, acurrucada en un rincón, sostenía entre sus manos la llameante cabeza arcangélica, agobiada bajo la pesadumbre de los cabellos de huracán.

En los ojos del Angel temblaba el asesinato como el agua maldita en las pupilas de los charcales.

Su voz hería como la cuchillada de una navaja ancha, con una ferocidad bárbara, de bestia viril á la que el olor de la hembra le enciende todas las trágicas antorchas del crimen.

Martirio, absorta, atenta sólo al lívido diálogo con sus espectros familiares, tenía el alma suspensa, y extáticos los labios en una unción fría, como de muerte.

El diálogo entre aquellas dos almas agoreras, primitivas, estaba roto como una vena de la que fluyera una sangre tumultuosa y rugiente.

Martirio no era una criatura, era más bien como la huella de una existencia desconocida, como una bastarda satánica en cuya substancia aún quedara la misteriosa esencia de un arcángel.

El Ángel tornó á cantar.

M O R E N A Y T R Á G I C A

E tanto lo que te quiero,
gitana, que te matara,
y con zangre de mi vena
luego te rezucitara.

La voz acabó en un aullido sangriento y trágico.

En un rojo galopar de sombras infernales, las bárbaras alegrías entraban en la caverna, estremeciendo el aire iluminado, con sonoridades como de alas de metal.

En las caras gitanas no relampagueaba una emoción; rígidas, recogían aquellas melodías martirizadas que se quemaban juntamente con el aceite antiguo y noble de los viejos candiles.

El Ángel cantó su última copla.

En su nariz temblorosa y dilatada, palpitaba

toda la lujuria de la sangre, la divina epopeya
do violación y de muerte que vibra en los ani-
males de presa.

Su boca, que era una brasa roja, humeaba.

Fulgores demoniacos electrizaban su carne.

Zi mar jerío me viera
en mi zangre revorcando,
eze tu gustito fuera
er verme morí rabiando.

Un instante obscuro le miró Martirio con sus
ojos alucinados.

Jamás en pupilas de criatura viva, hubo una
expresión tal de ausencia, de distancia, de
eternidad cristalizada.

Un soplo de arcano congeló las crepitaciones
de la cara del Ángel.

M O R E N A Y T R Á G I C A

Y toda su virilidad potencial y arisca, se rindió, se concentró en una combustión latente, en una voraz hoguera sin llama.

Sonó una antigua música, que era un resucitar de ritmos perdidos con aquellas gentes de color de ámbar, de cabellos negros con resplandores azules, de actitudes inmóviles, de largos ojos conformados para mirarlo todo, con una geometría absoluta.

El pájaro de triunfales colores que deja en los aires caricias de oro, voló hasta nosotros, quizá desde la frente imperial y larga de algún dorado Faraón.

Fausto de ataud, perfume de lotos sobre el cadáver de Memphis, la tristeza de Isis que navega eterna por la esmeralda serpentina del Nilo.

La música tenía apagamientos empolvados,

I S A A C M U Ñ O Z

como de cuerdas no pulsadas en largos siglos.

Y era una cadencia como la que debió acompañar los cantos á Osiris al alba de una primavera del Nilo.

La Cañi se aprestó á bailar en la actitud de una virgen egipcia, de esas largas, ágiles y sacerdotales, que florecen en las pinturas áureas de las mastabas funerarias.

Su cabellera de esclava, ancha y oleosa, ardía como si toda ella estuviera impregnada de un obscuro fuego inextinguible.

Una gracia salvaje brillaba en sus pupilas líquidas, que tenían un helado matiz de acero.

Su cuerpo lleno de cavidades musicales, se curvaba como una onda, como la cuerda de una lira, como una mano fina dispuesta á la caricia.

Y comenzó la danza.

M O R E N A Y T R Á G I C A

La Cañí bailaba con un ritmo puro, noble, como envuelto en un humo de lejanía, de olvido, de recogimiento, de grave sombra pensativa.

Parecía que todos sus movimientos se ajustasen á un compás inefable é ignorado.

Diríase que el sentimiento de la música, sagradamente se extendiera sobre todos sus miembros, animándolos de una altísima vida semejante á la de las diosas.

De pronto la música se quebró en alaridos, se desgarró como si á un tiempo mismo saltaran rotos los nervios de un poseído, y un aliento de lujuria y de locura, pasó por las cuerdas hiperestésicas de la guitarra, y por las carnes endemoniadas de la danzarina.

Los gitanos estaban inmóviles, silenciosos, mineralizados.

La Cañi se transfiguraba como si todo su ser estuviera dominado por el sagrado mal de la epilepsia.

En su boca entreabierta los dientes blancos, animales, brillaban bajo un vaho caliente con esa expresión feroz y bestial que adquieren los dientes de los caballos moribundos.

Sus brazos en alto se alargaban como dos lenguas de fuego, y sus manos herían el aire como dos llamas ondulantes.

Fosforecía toda como si su carne estuviera tejida de electricidad.

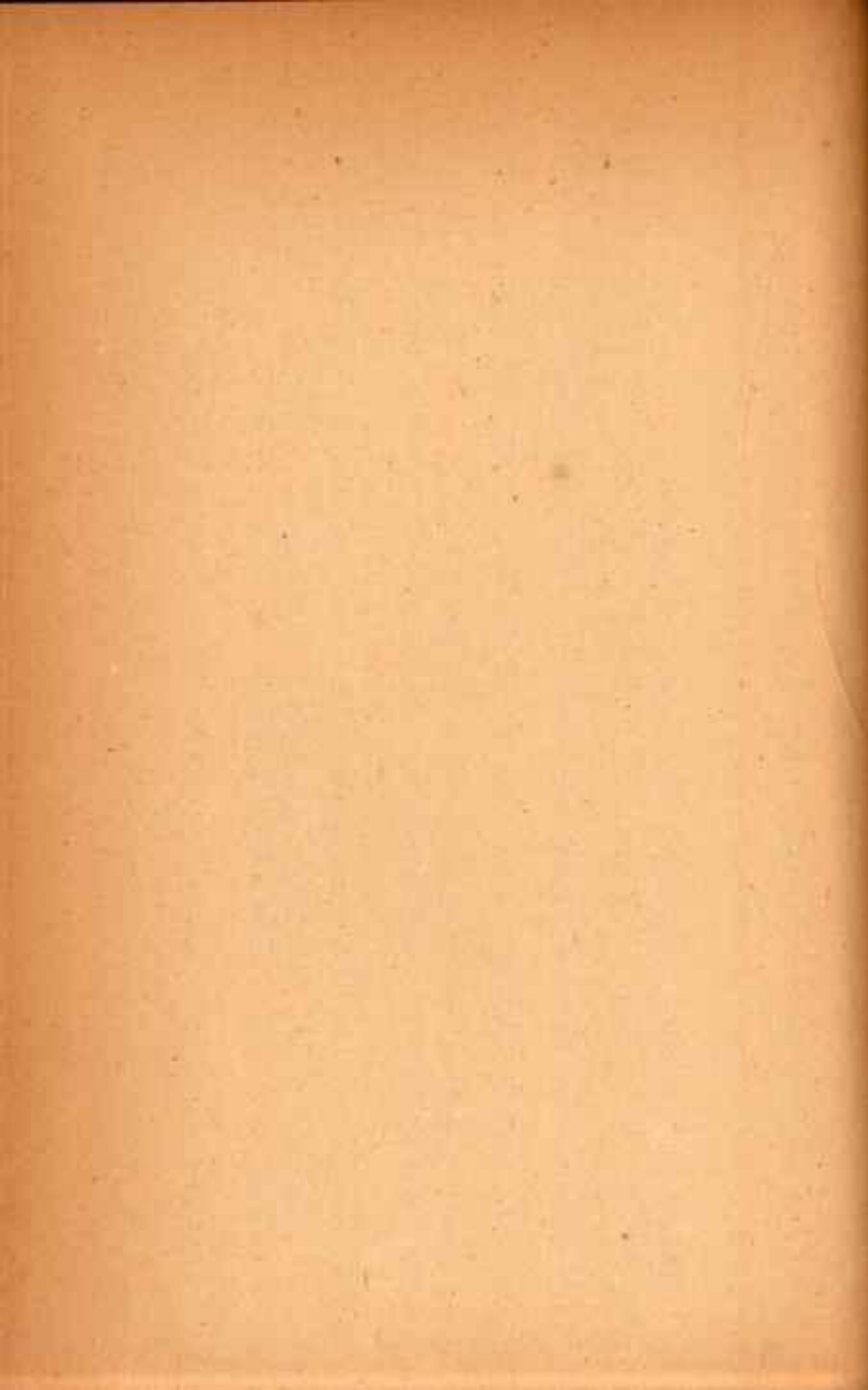
Y una lascivia primitiva y feroz, como la de las hienas en las noches nubias, la estremecía en ondas cargadas de un inquietante perfume de agonía.

Tenía aquella danza la fiebre antigua, el divino gesto de un culto ambiguo, de un milena

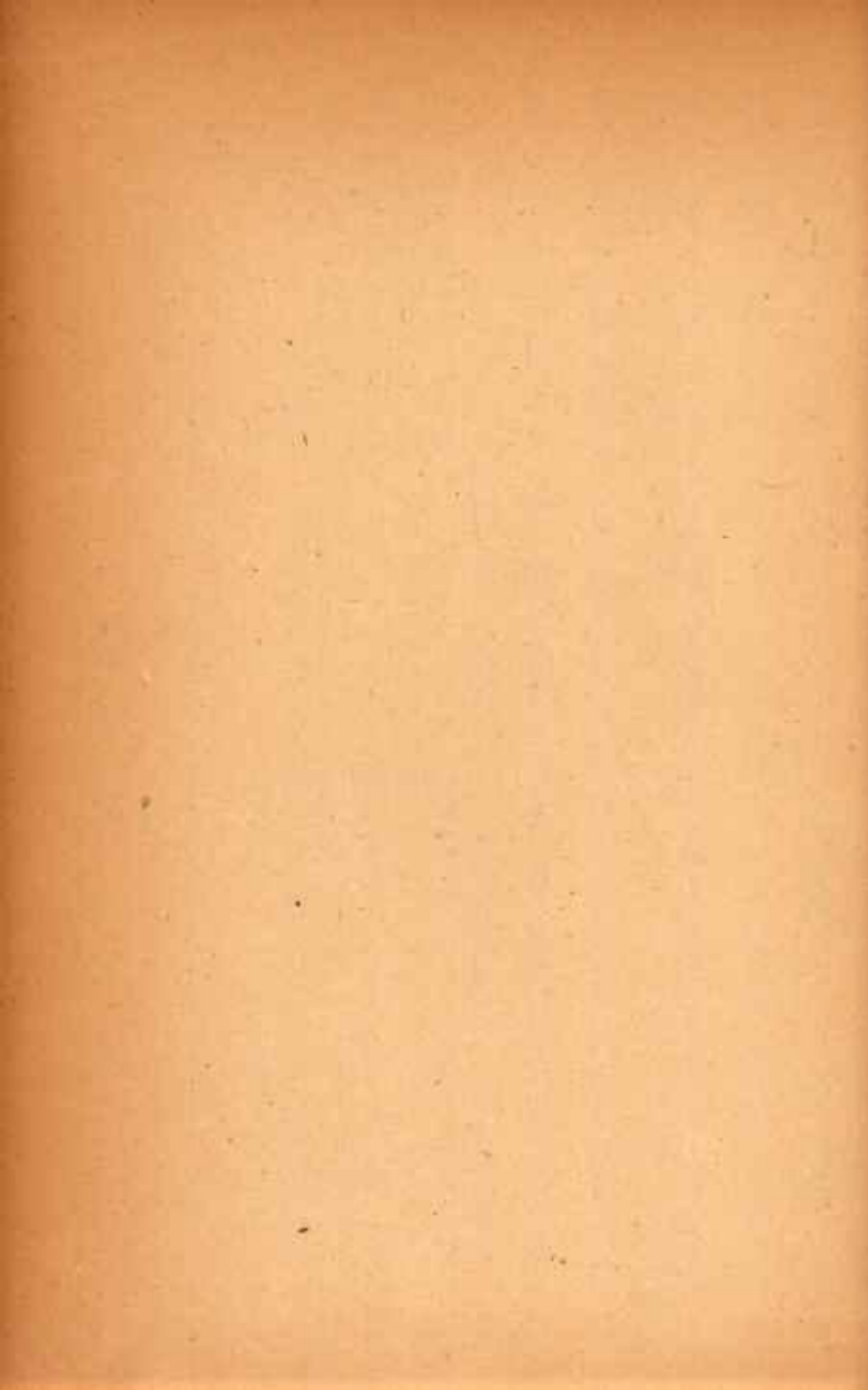
M O R E N A Y T R Á G I C A

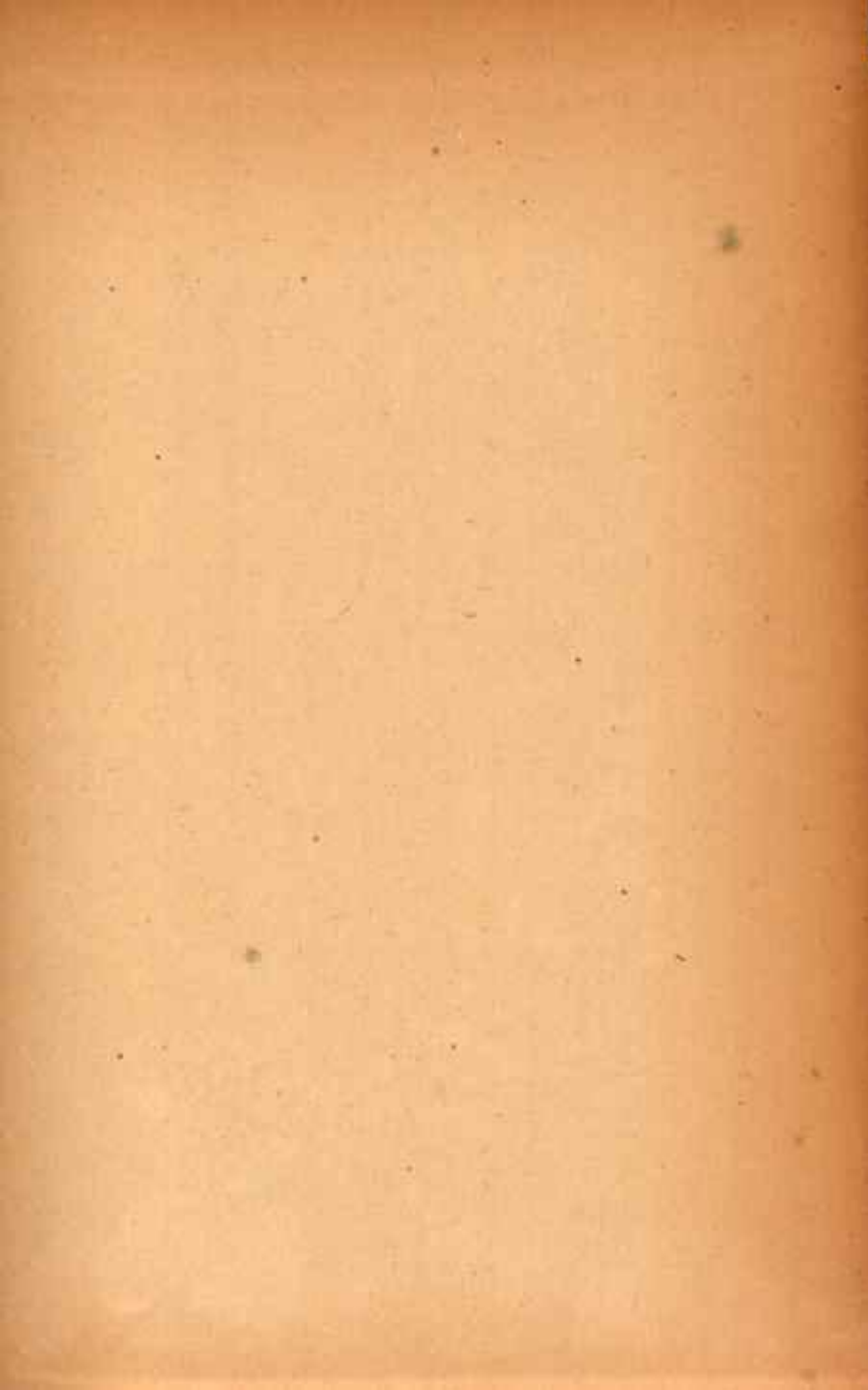
rio mito asirio ante la enigmática Istar, larga como una sombra, y atractiva como un pecado.

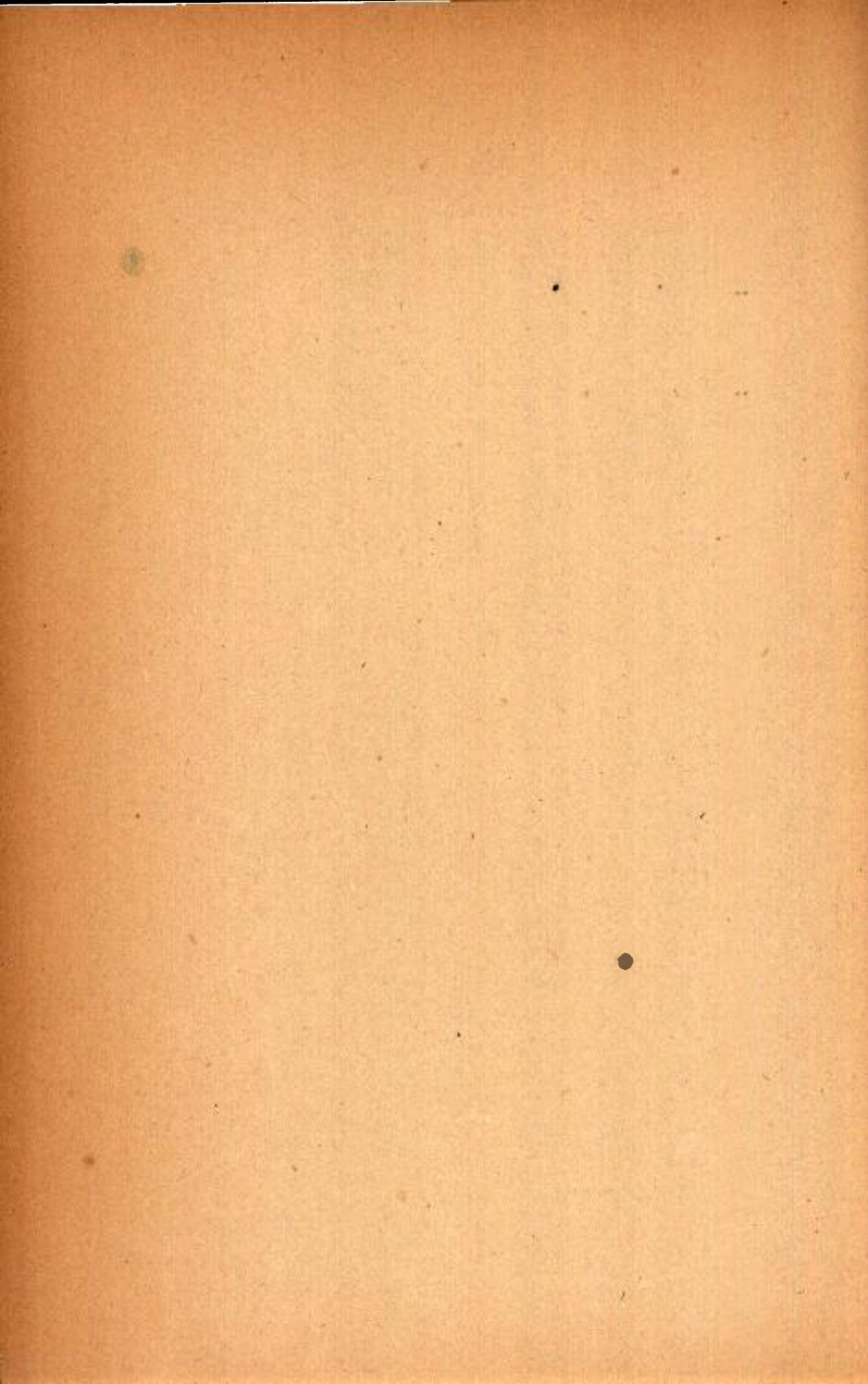
CAPÍTULO IV



BAJO LAS ESTRELLAS™









Deslizándome como una serpiente, avancé
asta la puerta de la caverna.

Martirio me siguió con sus ojos que eran dos
lámparas tenebrosas.

Los gitanos, plenos de alegría bárbara, esta-
ban absortos como viejos ídolos, en los que
latiera una sangre oxidada y oculta de verdor
y de tiempo.

Desde la puerta de la cueva, hice una rápida
seña á Martirio.

I S A A C M U Ñ O Z

Esta salió lenta, ondeante y elástica.

Gloriosamente se desenvolvía la eternidad iluminada del azur.

Sobre la montaña, llena de noche, solo vivían las estrellas, y el aire que era como una nave desbordante de perfumes.

Martirio quedó en los umbrales de la caverna.

Un divino claro obscuro la exaltaba á la inmaterialidad, al secreto, á la gracia y á la superstición.

—Martirio...

—¿Qué quiere?

—Esta es la última noche que te hablaré. Quizá no volveremos á vernos nunca. Me voy á la única tierra que no me rechaza, á la tierra de los árabes mis hermanos...

—¿Por qué te vá?

M O R E N A Y T R Á G I C A

—Porque tú quieres que me vaya, Martirio. Tú sabes que yo no puedo vivir así, condenado á este tormento que no acaba nunca, consumiéndome en mi soledad como en una hoguera.

Una más grave sombra meditativa tendió las alas sobre su frente oscura y cerrada.

Y el silencio creó una eternidad entre nuestras dos almas sutilizadas en el tormento de la espera.

—¿Nada me dices, Martirio?

Inmóvil ella escuchaba las profecías del aire y de la noche.

—Adiós.

Una angustia voraz, hecha de sádicos dientes asesinos, desgarraba mi pecho, lo ulceraba, con una crueldad implacable y fría.

Algo desesperado cruzó por los cielos, que tuvo la significación extraña de una maldición.

En un fulgurar centelleante, víme otra vez, sólo en la tierra, maldito de Dios, rota mi imperativa juventud oriental, peregrino eterno de todos los caminos.

- Adiós, Martirio.

Irguióse mi frente, otra vez orgullosa, y comencé á caminar.

La voz de Martirio, inquieta, desconocida, aterrada, me llamó.

—Ven.

Torné á ella.

Su faz estaba rígida, pero en sus ojos había relámpagos de sangre, como en las pupilas de los tigres jóvenes.

—Oyeme, á nadie é querío zino á tí; que me quede zin una gota de zangre zi no é verdá lo que te digo, pero ascucha, cuando una gitana como yo quiere á un hombre, lo quiere má que

M O R E N A Y T R Á G I C A

á zu entraña, má que á zu vía, y zi er queré de eze hombre é mentira, entonse...

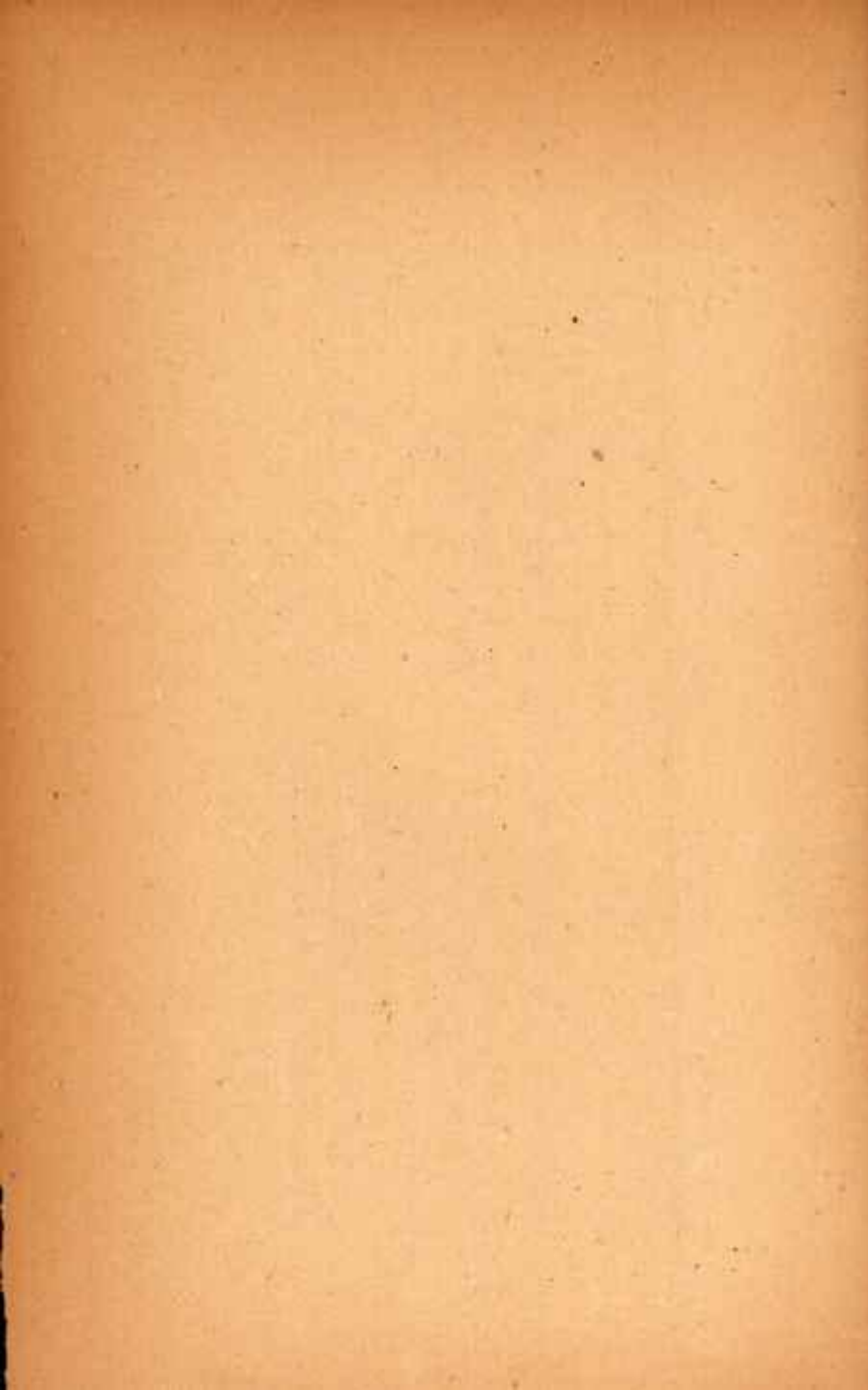
—Martirio, ¿tú dudas de mí?

—Júrame por tu Dió, que nunca, ni en la vía ni en la muerte dejará de quererme...

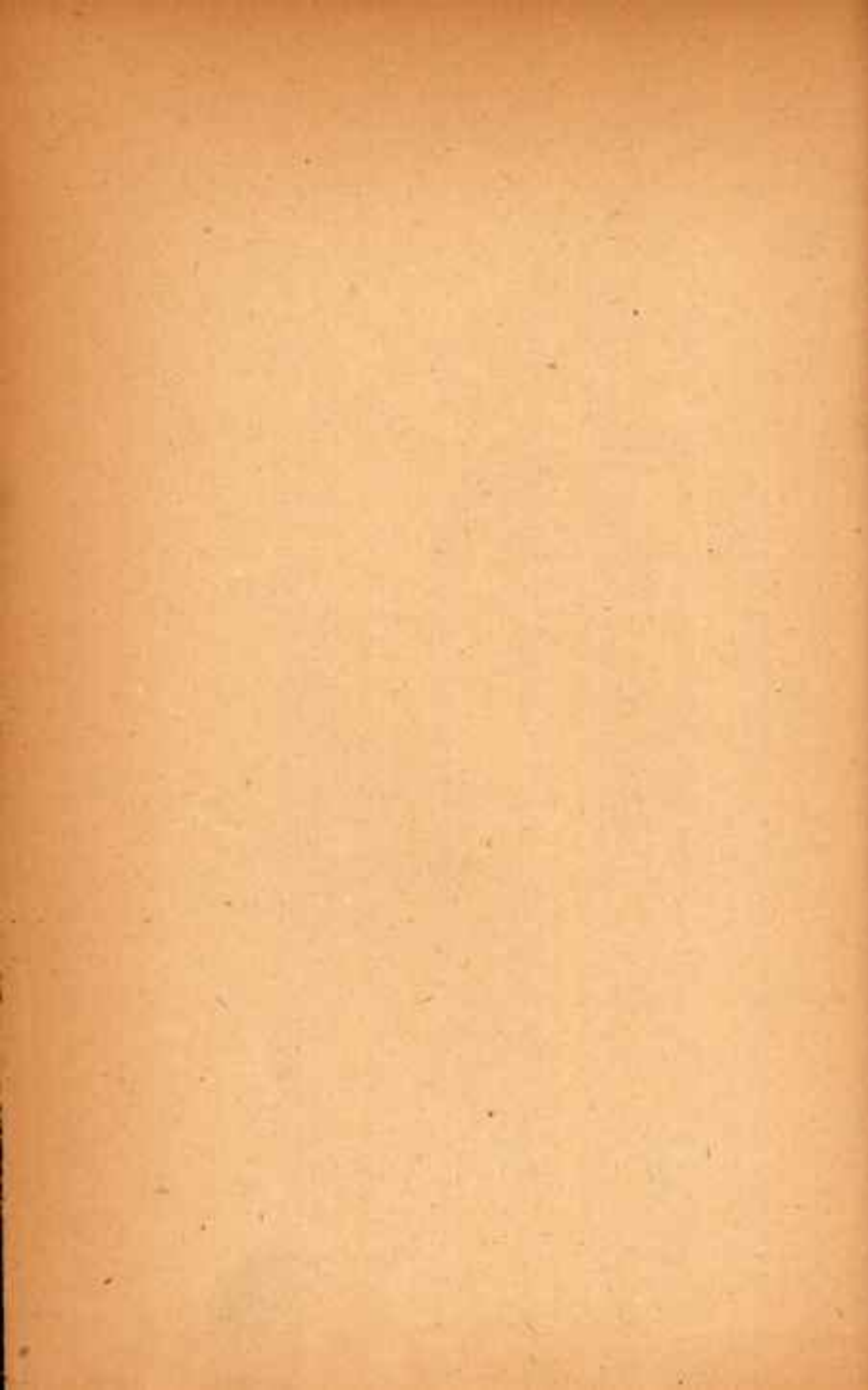
—Te lo juro.

Sonaba la zambra en la matriz bárbara de la montaña.

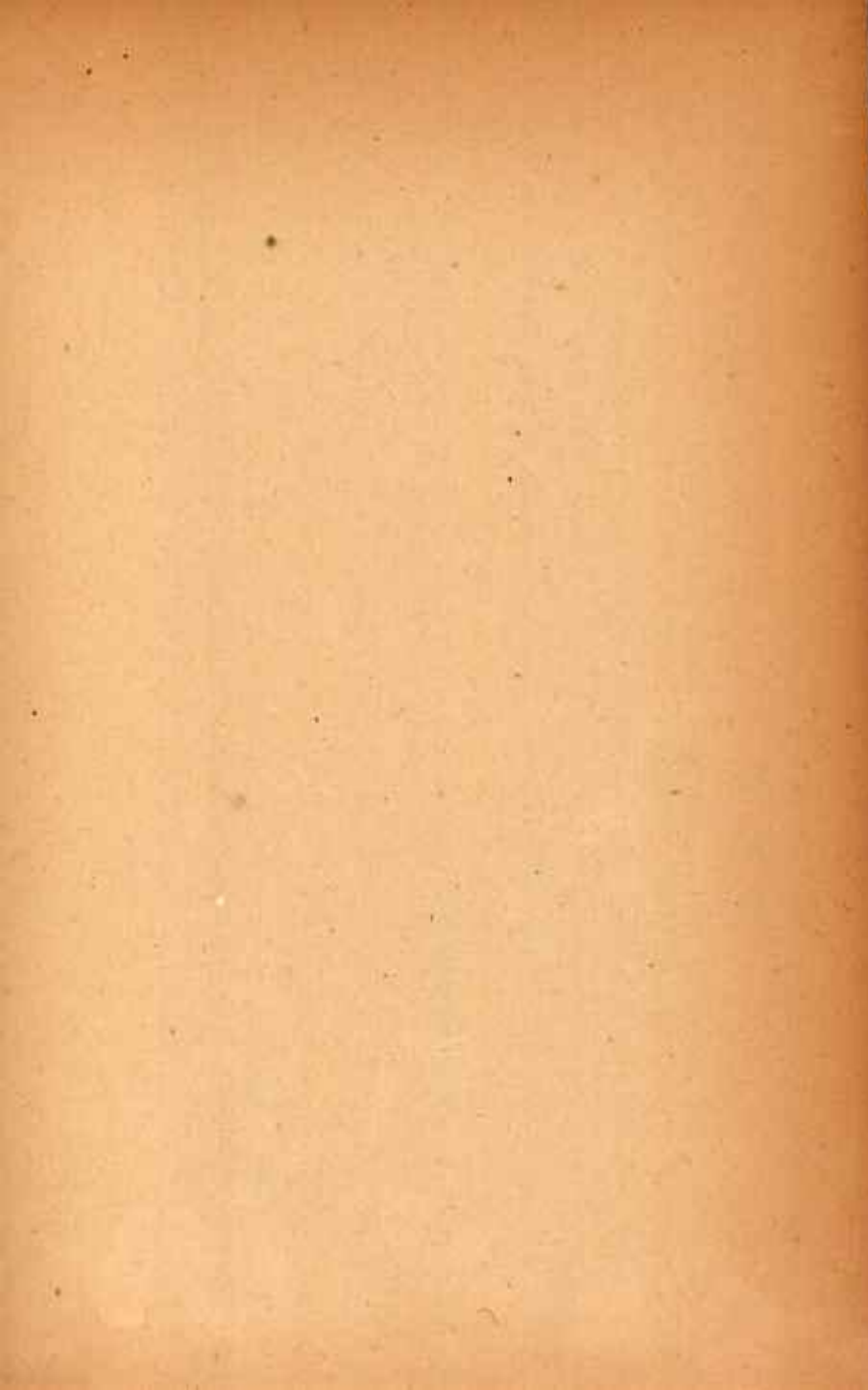
Martirio en los umbrales de la caverna iluminada, semejava la diosa de aquella raza agorera, milenaria, trágica y fatal.

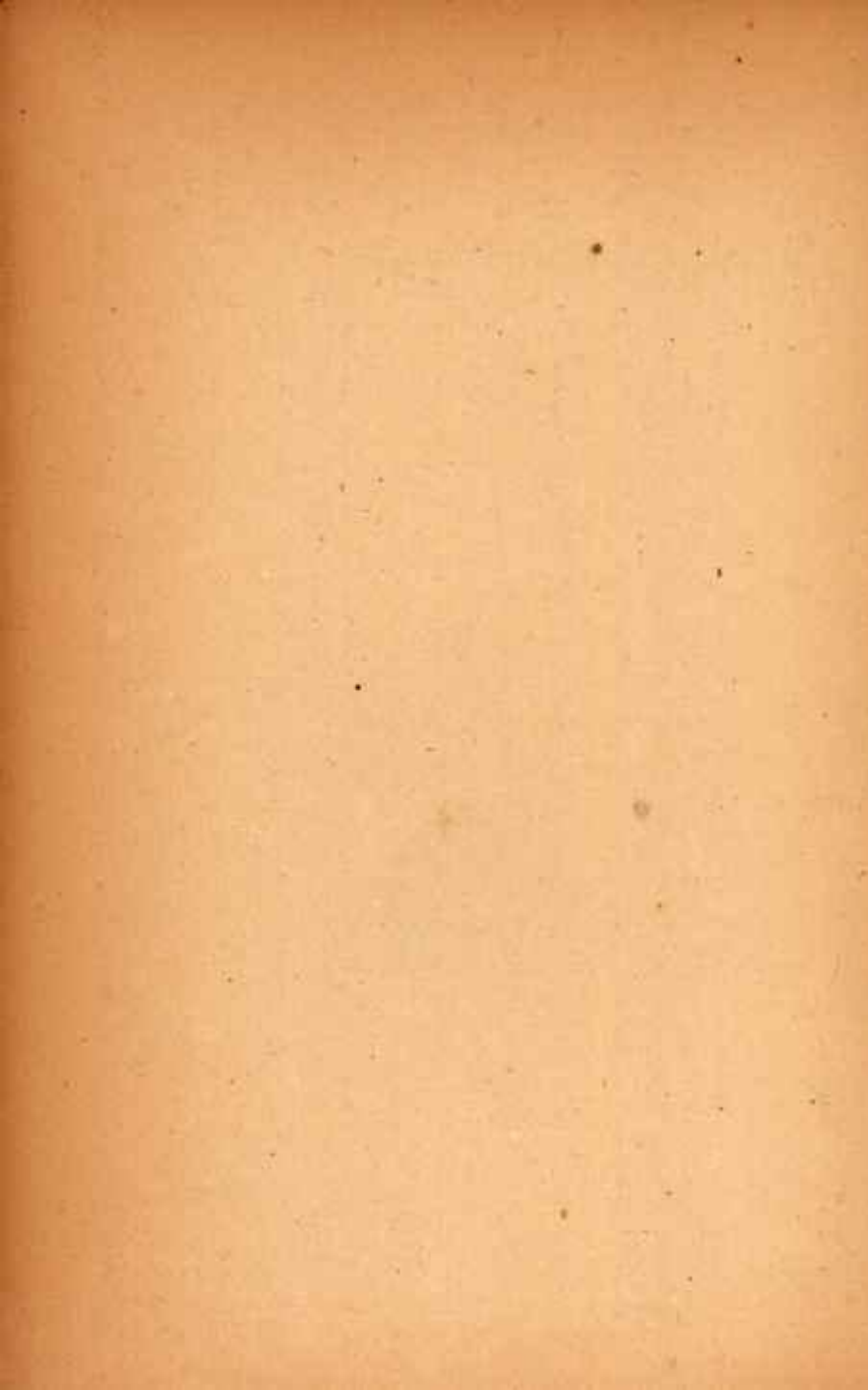


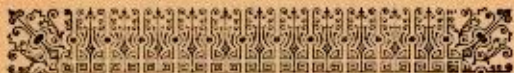
CAPÍTULO V



LA LUJURIA Y LA SANGRE







Un reloj lejano y los gallos cabalísticos dijeron la media noche.

El gallo padre Satanás, me había deparado una noche divina, que como las flores del Oriente, tenía el perfume del amor y de la muerte.

La caverna de Martirio, era de una lividez espectral y temblorosa. Una augur lucecilla de aceite brillaba en el fondo con misterioso fulgor votivo.

Silbé como una serpiente, y de las tinieblas de la caverna surgió una sombra más, larga, palpitante, estremecida de ansia y fascinante en su secreto nocturnal.

Sus manos, fatales como dos destinos, me condujeron á través del palor cadavérico de la semiobscuridad.

—¿Y la vieja?—pregunté.

—Está en er Arbaicín, velando á una muerta, no vendrá hasta que amanezca.

Martirio avanzaba como una condenada hacia el rincón tenebrosamente luminoso.

La noble y antigua luz del candil, creaba profundas y movibles sombras.

La mano ágil, dorada, llena de venas como un talismán vivo, me abandonó en aquella última estancia, en la que se escuchaba el respirar geológico de la montaña.

M O R E N A Y T R Á G I C A

Y Martirio quedó ante mí, absoluta, trágica, erguida como una fatalidad.

—Escucha. Voy á zé tu rumí, pero ante quiero que me dé tu zangre, y yo darte la mía. Zi no jisieramo eto, ni tú zería nunca mío, ni yo zería nunca tuya. Dame tu zangre, y yo no te podré orviá ni desp és de muerta.

—Mi sangre, Martirio, y toda mi vida es tuya.

—Espera.

Con inexistentes movimientos de sonámbula, Martirio llegóse á uu pequeño armario, y sacó un cuchillito sutil, reluciente como una víbora.

Ni una onda emocionaba su faz lejana; todo en ella era seguro é inmutable como un desig-nio que se cumple.

—Descúbrete er braso.

Su voz tenía un trémulo matiz animal, un fosforescente cabrilleo de misteriosas lujurias.

Antes de herirme, me miró con el conjuro de sus miradas adivinas.

Y luego con una lentitud cruel, hecha de pasión sagrada y de amor sobrehumano, clavó su puñal en mi carne ansiosa y crepitante como una llama.

Bajo sus párpados llameaba el asesinato.

El cuchillo rasgó mi carne con un rumor como de seda que se rompe, y la sangre surgió plena, alegre, con una divina luminosidad.¹

Mi sangre era como una ofrenda bárbara y trágica, á aquella mujer diosa de cabalismo y de superstición.

La cara hermética de Martirio, se transfiguraba ante el don glorioso de mi sangre.

M O R E N A Y T R Á G I C A

Un espasmo terrible como un crimen, sacudió su cuerpo de antorcha.

Sus ojos relampaguearon enamorados y homicidas. Un goce cruel encendió sus labios.

Lucieron, fulguraron sus manos, en cuyas uñas aun quedaba la ferocidad de la pantera.

Y ávida, palpitante, salvaje, voraz, se inclinó y bebió la sangre á grandes sorbos, embriagándose con el perfume animal de su cabellera.

Cuando hubo bebido mi sangre, pálida, horrible como una divinidad salvaje, desnudó su brazo y dijo:

— Hiéreme.

Su brazo era ondulante y obscuro como una serpiente negra, tenía el bronce misterioso de los ídolos orientales, y estaba cruzado de venas como rayas nigrománticas.

Ante aquella carne ansiosa y fría, que se daba

I S A A C M U Ñ O Z

á la tortura, yo sentí puro, como en las primeras edades de la tierra, el absoluto goce bárbaro de los inmoladores.

Percibí cómo en la sangre está la más alta gracia de la vida.

Y percibí cómo el amor, el divino amor animal, no está hecho sino de la crueldad, de la ferocidad y del martirio.

Cada amor es como una entraña que damos á morder á los dientes felinos de nuestras amadas.

Y en cada espasmo de amor, vibran las tres divinas fuerzas de la vida, la alegría, la crueldad y la muerte.

La sangre de Martirio tenía un aroma enloquecedor.

Los labios de sus heridas, palpitaban con los estremecimientos de una boca sádica.



M O R E N A Y T R Á G I C A

Tendí mis labios, y bebí la muerte en el manantial de su vena abierta.

Su sangre tenía el gustor acre y salobre de una ola, era amarga y pulposa, como una flor china de talictro.

Todavía palpitante mi boca de ferocidad, besé los labios sangrientos de Martirio.

Y fué un lento beso en el que se confundieron nuestras sangres, un beso de agonía, de extenuación, de fiebre y de amor maldito.

Un instante desmayó Martirio sobre mis hombros, el suplicio de su cabellera y de su faz de muerta.

Fué un desfallecimiento, en el que todas las potencias de su vida se abandonaron á la corriente pura de amor.

Un momento fueron buenos sus ojos, caballos olvidados del destino.

Y tuvo un leve perfume de frescura simple, su cuerpo que olía á fiebre, á flor monstruosa y á cadáver.

Se apagaba el candil, y el silencio se enroscaba como una larga serpiente.

Y surgían de las paredes espectros negros, que resucitaban atormentados en la montaña, como desde el fondo obscuro de los siglos.

Las imágenes de los cuadros, iluminadas por resplandores trágicos, resaltaban bárbaras, con primitiva fuerza supersticiosa.

Y como un diablo lascivo y primaveral, venía un aire ligero, estremeciente, festivo y frescamente perfumado.

Á través de la sangre, nuestros alientos se enviaban su calenturiento misterio de entraña, su aroma, en el que serpenteaba la adivinación de la muerte.

M O R E N A Y T R Á G I C A

Cogí entre mis brazos el cuerpo de Martirio, ágil y leve como un sueño, y lo llevé á su dormitorio, estrecho y tenebroso como un ataúd.

Martirio estaba extáticamente bella como una joven muerta.

Tenía la gracia inefable de un cadáver.

Sus miembros estaban rígidos, sus labios entreabiertos, y sus pupilas vítreas, detenidas en un sueño de cristal y de acero.

Religiosamente la desnudé sobre su lecho.

El amor corría, saltaba en mis venas como un tigre.

Una vida milagrosa animaba mis dedos eléctricos, dotándolos de clarividencia, haciéndolos aptos para acariciar hasta los mas fugitivos contornos de lo invisible.

Cuando Martirio estuvo desnuda, inmóvil, fría y morena como una bíblica doncella muer-

ta, la contemplé largo rato con una emoción antigua, alta y noble, como la que debieron sentir los hombres de mi raza en las tribus del desierto, cuando se desposaban con las doncellas núbiles perfumadas de sol, de tierra y de gacela.

Su cuerpo era largo y ágil como una espada, y del oro caliente de una llama.

Una claridad astral animaba, su cabellera fosca, sulfurosa, salvaje.

Sus tetas eran fieras y perfectas, de pezones rojos como picos de ave ensangrentados.

Sus brazos eran como serpientes, aptos para las caricias terribles y para las estrangulaciones.

Su vientre era bello y maldito como un perverso amor estéril, era un ámbar inquietante y

M O R E N A Y T R Á G I C A

enfermo, era atractivo y fascinante como un crimen.

Bajo la crepitación hosca, salvaje, hiriente, de los cabellos que se enroscaban como víboras nerviosas, el sexo aparecía horrible, feroz, animal, como una entraña abierta, como la boca de una fiera, desprendiendo un vaho caliente de fiebre insaciable y mortal, un olor desgarrante de podredumbre, de lujuria, de muerte, un olor marino como de algas y de olas, un olor acre de bestia en celo, un olor de putrefacción como de carnes descompuestas comidas de gusanos.

Las piernas largas, flexibles, sueltas, eran de la divina de las de los animales corredores.

Y sus pies eran mas bien un sueño con uñas, con uñas en las que un tigre había dejado su estirpe.

I S A A C M U Ñ O Z

En el fondo de su nimbo morado, brillaban fascinantes aquellos ojos, en los cuales se ocultaba un veneno como en las esmeraldas indias.

En su nuca morena se retorcían los rizos como deseos.

Un sudor de oro hacía relucir los topacios de sus tetas.

Se presentía que de su corazón debían nacer las serpientes.

Y de su alma surgían relámpagos en los que se entreveía el infierno.

Bajo mis dedos, Martirio resucitaba á la vida nerviosa con los estremecimientos de un arpa.

Al renacer plenamente, tuvo para mí una mirada capaz de hacer cerrar los ojos al diablo.

Me incliné sobre ella con la ferocidad de un sacrificador.

M O R E N A Y T R Á G I C A

Ardía aquella carne diabólica devorada por todas las lumbres del infierno.

Su boca de muerte se tendió con la avidez de la hiena que olfatea la sangre.

Hubo un aullido unánime.

Y tomé su cuerpo con el dominio absoluto de un dios.

Después, diríase que sus ojos se replegaban, se hundían hasta incrustarse en un pensamiento.

Pasó la muerte por su rostro.

Y la sangre virginal conmovió sus entrañas, y ascendió á su boca con el sabor de una divina fruta de pecado.

Y hubo un encanto primitivo en su actitud de virgen sacrificada.

Y una crueldad misteriosa, originaria, animal, en el gesto ávido de sus labios, y en la

aspiración perturbadora de su propia sangre.

La magia endiablada del candil pintaba nuestras sombras en el muro, dándoles apariencias de felinos monstruosos.

Alguna rata hambrienta roía madera, con un rumor de ataud que se deshace en un nicho.

Y la noche venía lenta, augural, trágica y silenciosa, como un gato negro alucinado de miedo y de secretos.

Martirio fué otra vez mía en un espasmo con prolongaciones infernales.

Una lujuria insaciable como el ansia de asesinar, galopaba por mis venas fosforescente y desesperada.

Entre mis brazos, su cuerpo de oro cálido y tremante, crujió, se descoyuntó, agonizó.

Su cabellera desatada me inundó como una ola bestial y áspera.

M O R E N A Y T R Á G I C A

Mis dientes sintieron la caricia fría y sádica
de sus dientes crispados.

Todo el divino perfume de la lujuria y de la
muerte, me lo dió su boca que sangraba como
un corazón.

En mis propias pupilas yo percibí el rodar
de las tuyas por todos los cielos y por todos
los infiernos.

El aullido de la fiera, que es la voz divina,
rompía su garganta.

Cayó su cabeza como cortada por un hacha,
se desprendió su cabellera con la sonora am-
plitud de un manto, y la gracia absoluta de la
muerte tocó su faz en tortura.

En mis arterias, laceradas como úlceras,
parecíame sentir cien bocas palpitantes y
cruels.

Con un amor de fiera lamí sus tetas, y mordí

sus pezones, fríos como corazones muertos.

De la piel de oro saltaron unas gotas de sangre, violentas como instintos.

Yo las bebí sediento, paladeando su gustor acre, animal.

De pronto, Martirio se irguió como el acero de una espada curvada.

Una vida eléctrica tembló en sus miembros magnetizados.

Fué el despertar de una hiena atacada de la lujuria de la sangre.

En sus ojos brillaban impenetrables las dos negras esfinges de la locura.

Sus dientes singularmente blancos, tenían un horror sobrehumano.

Diríase su actitud la de una criatura que viniera desde otra vida, á revelarnos el más espantoso de los enigmas.

M O R E N A Y T R Á G I C A

Nada humano quedaba en ella. Era espectral y feroz.

Un instante se encarnó en mi alma, el alma del arcángel maldito.

Un instante la llama de mi crueldad se encendió en las lumbres del infierno.

—¡Mátame!..

Su voz fué como una herida que se desgarraba, y como un alarido de maldición.

Entre mis brazos se retorció como un nervio vibrante.

Hundió en mi carne sus uñas asesinas, y su boca, fría é implacable como una venganza, arrancó de mi pecho un fragmento vivo.

Mi sangre manchó su boca.

Semejaba una fiera que agoniza de lujuria y de sangre.

Entre sus piernas, yo sentía huir la vida, y

ascender la muerte como un perfume bestial y embriagador.

En la entraña calenturienta de su boca, gustaba la divina animalidad de su vida, y la fiebre de sus vísceras crepitantes.

Su sexo era como un monstruo, como un Moloch devorador y encendido, que enloqueciera de gozo al sentirme muerto entre sus llamas.

Aquel sexo era diabólicamente atractivo y eternamente maldito.

En el espasmo quedó como una muerta.

Su cara tuvo bajo el oro esos reflejos azules de las luces de otra vida.

En sus labios entreabiertos quedó un murmullo de revelación.

Largo, ambiguo y rígido, su cuerpo era el de la diosa moabita, que es doncella y efebo,

M O R E N A Y T R Á G I C A

virgen y pecadora, la que enciende la vida y
la que da la muerte.

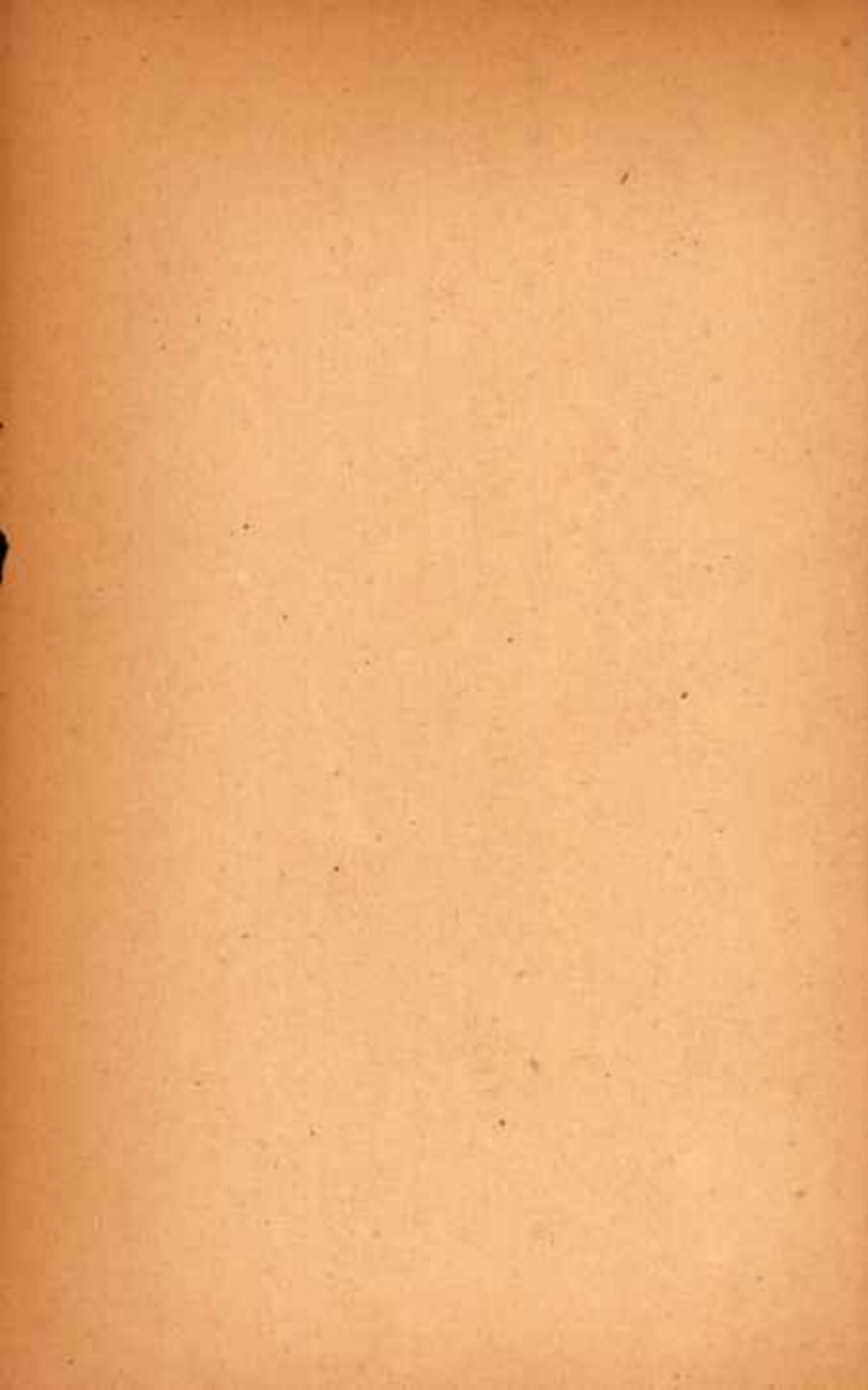
Un gallo dijo á lo lejos un augurio.

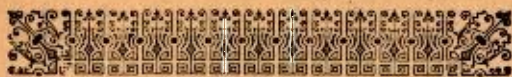
Me incliné sobre Martirio.

Y de nuevo volvieron á erguirse ante mí
victoriosos y triunfales, esos divinos arcángeles
que se llaman Lujuria y Crueldad.

CAPÍTULO VI

EL PRESENTIMIENTO





Y aconteció que una mañana de fragancia y de gracia, encontré á Martirio en la montaña, inmóvil y meditativa bajo el sol.

Irguióse al verme, y con su aire de fatalidad díjome:

— Ven.

Vestía toda de negro, y un clavel rojo sangraba en su pecho como un corazón.

Era su caminar más leve que un sueño sobre un abismo.

Cuando estuvo en la caverna, transfiguróse toda, y con la voz calcinada de pasión, me dijo:

—Ascucha. Yo zé que tu no me quiere.

—No sabes lo que dices, Martirio.

—Zi lo zé.

—Si lo supieras, estarías convencida de que ni quiero, ni puedo querer á nadie más que á tí.

—Zé que no me quiere.

—Martirio, mi vida, ¿qué quieres tú que yo haga para que nunca dudes de mí?

—Nada, todo é inutil. Zería menesté que nasiera otra vé para no creé lo que me dise er destino.

—El destino lo eres tú para mí.

—Esta noche, cuando canten lo gallo, leeré en tu corasón como en un libro.

—Martirio, si lees en mi corazón, no verás más que tu nombre repetido hasta lo infinito.

M O R E N A Y T R Á G I C A

—Zi veo que en tu corasón hay otra, yo debo morí.

—¿Morir tu, mi alma?

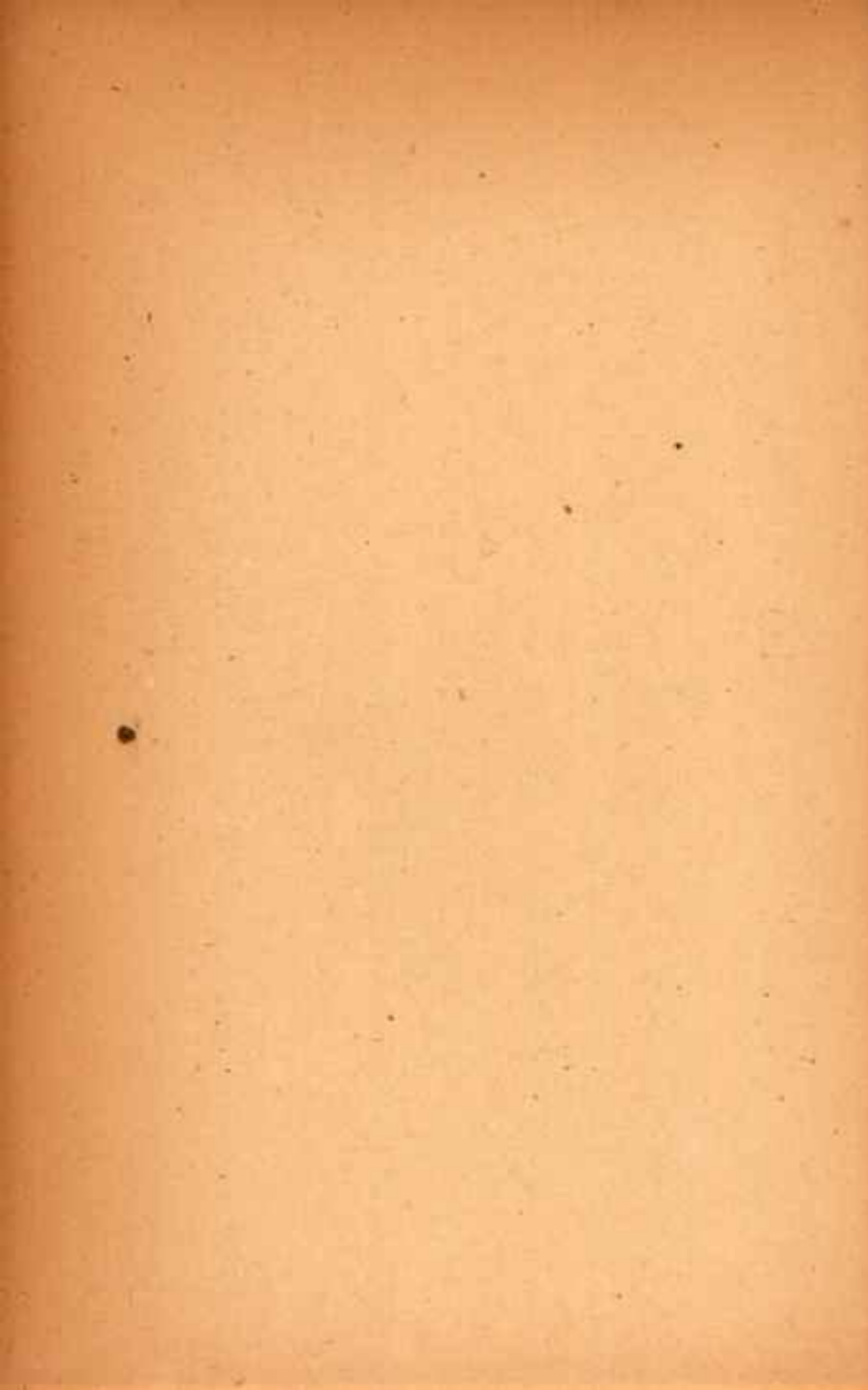
—Zí. .

—Tu no morirás.

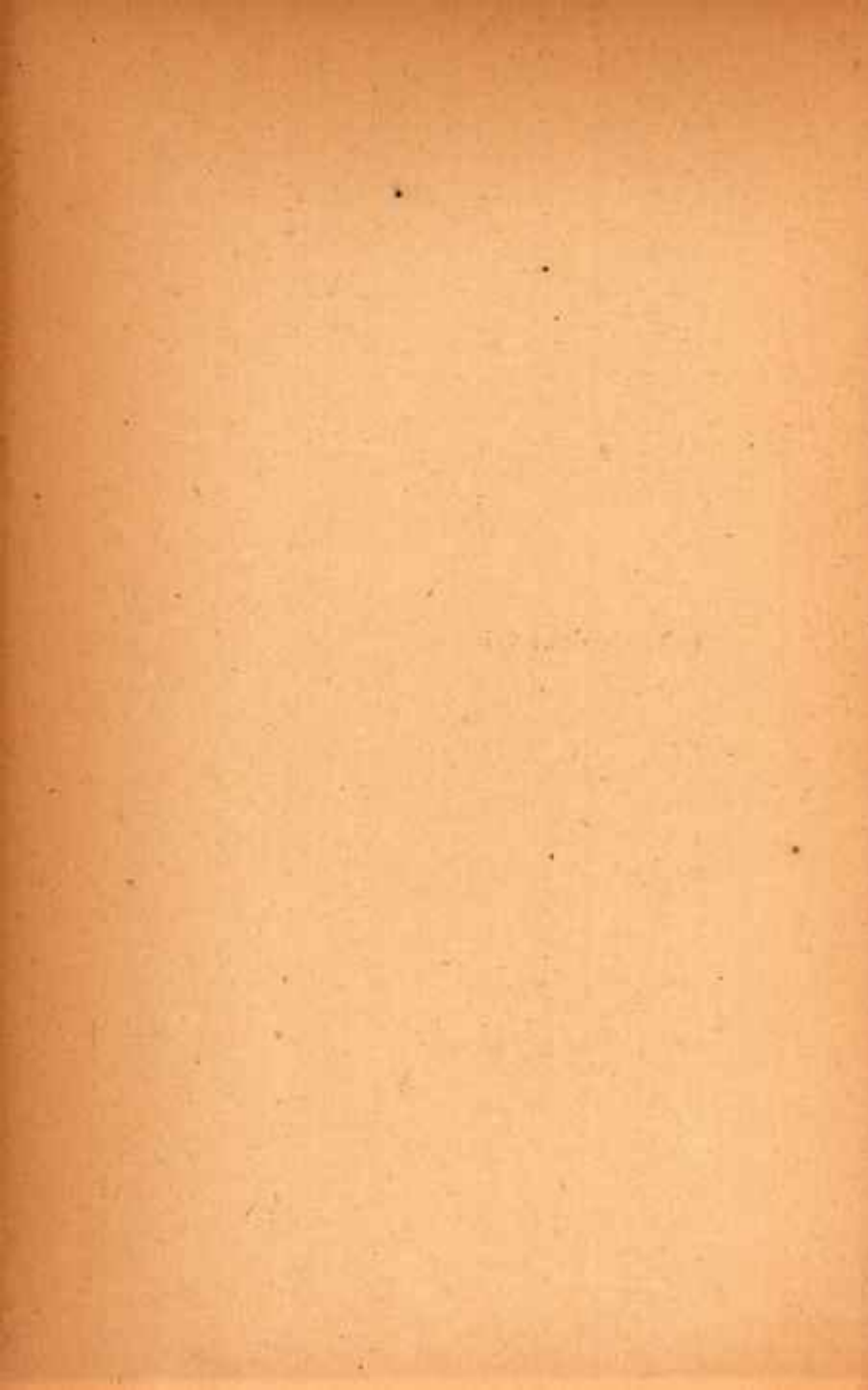
—Yo moriré porque tengo tu zangre, porque zoy tu rumí, y porque no podría mirá á otro hombre.

—Bésame, Martirio, mi vida.

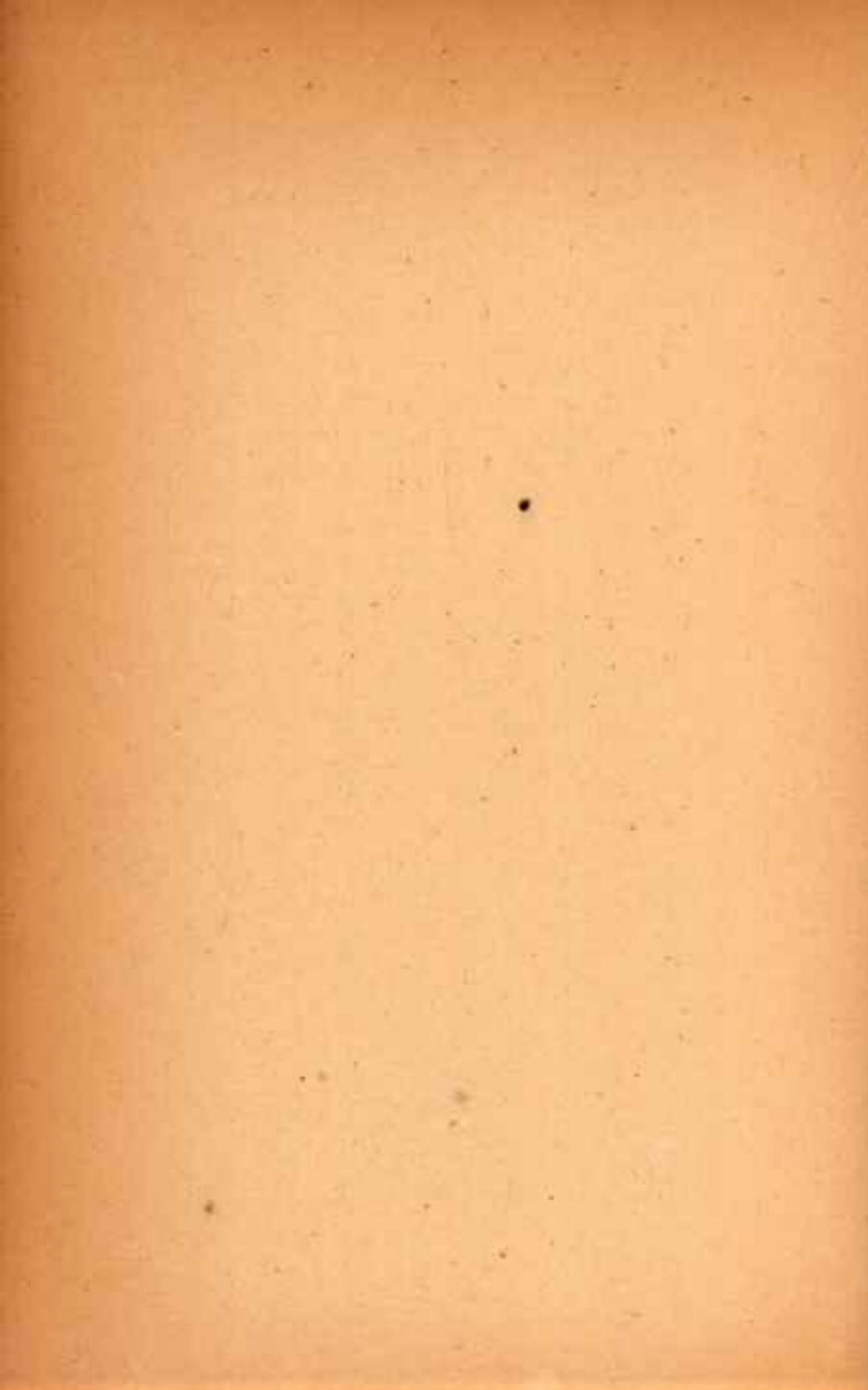
—No te aserque á mi vera. Yo zoy ya para tí como una muerta.

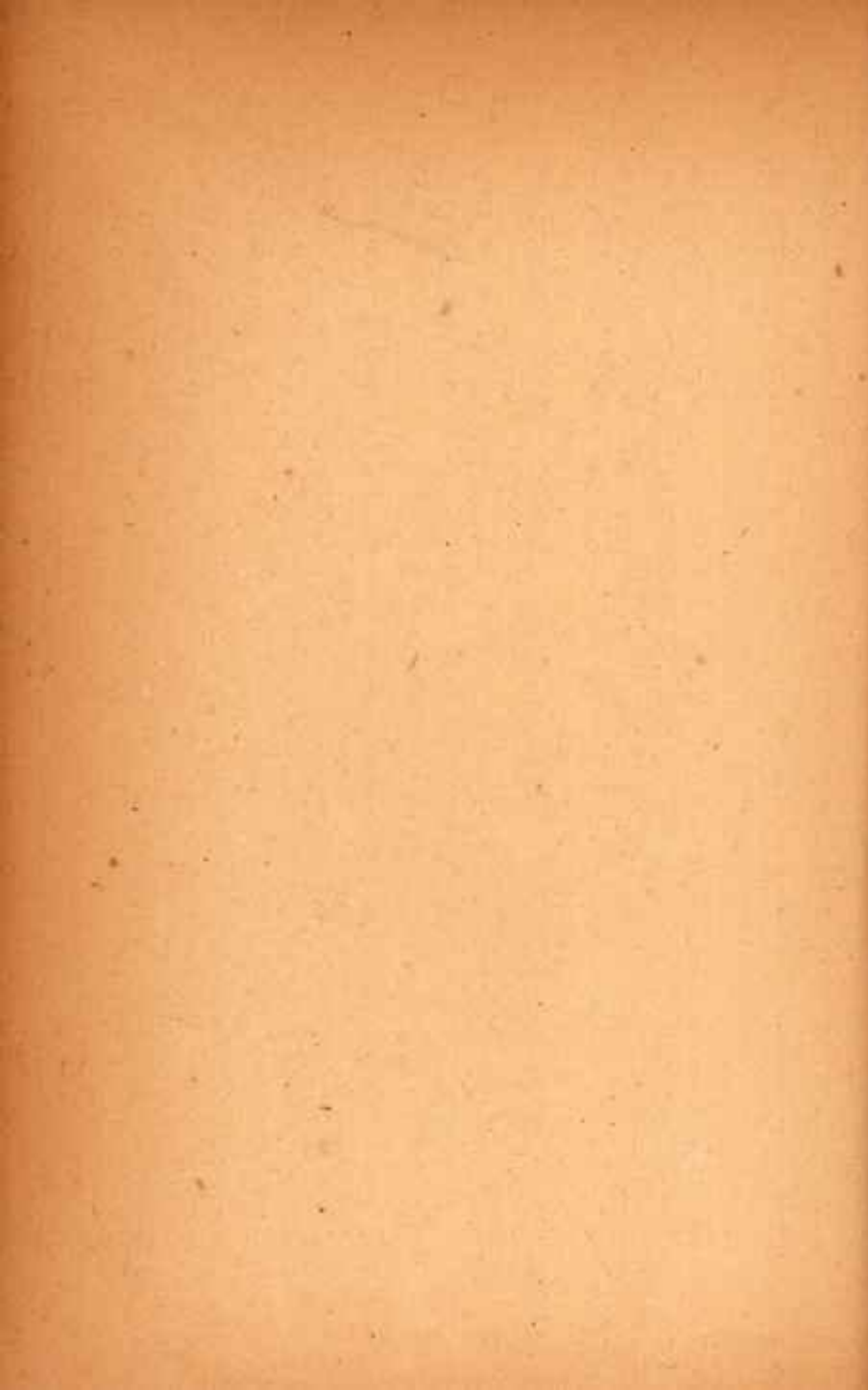


CAPÍTULO VII



LLAMA DE SUPERSTICIÓN







Esperé en el camino á que Martirio saliera de su cueva.

La noche me envolvía.

Inmóvil, bajo un alto ciprés lleno de misterio y de rumores, con mi espíritu cóncavo y apto, yo me sentía como un fragmento de la noche.

Toda la melodía nocturnal, circundaba mi frente como una corona.

La montaña de los gitanos, dormía con un sueño de cíclope.

Avanzaban las sombras.

Y yo era como una sombra más, palpitante y ansiosa, en aquel cónclave de sombras, largas y horribles como penitencias.

Venía de la Alhambra, perdida en la noche, el aliento fascinante, y la frescura musical del agua, que es el motivo de la ciudad encantada.

El aire fluído y ondeante estaba lleno de antorchas encendidas, que pasaban como espíritus torturados.

Y la tierra estaba petrificada y negra como un planeta muerto.

Aquel misterio primitivo que iba á cumplirse, me elevaba á una exaltación simple, á una fuerza primaria, á un estado en el que todas las cosas rudimentarias, adquirirían para mí profundas significaciones.

Como una sombra ondulante y tentaculosa,

M O R E N A Y T R Á G I C A

me sentía apto para penetrar en lo invisible.

Había una conjunción perfecta entre mi alma y la noche.

En el negro silencio de los cielos, una estrella brillaba implacable y terrible como la pupila de Jehová.

Mi alma en espiral de fuego, se perdía en visiones tan antiguas que conservaban todo el aroma y toda la noble fuerza del mito.

Sentía estremecerse á lo largo de mi existencia, el presentimiento de la fatalidad absoluta que hay en la medula de nuestra vida.

Ni un rumor vivo pasaba por la tierra.

A intervalos se oía leve como la cadencia de los pensamientos, el paso invisible de los fantasmas.

Y las frescas ráfagas de aire, parecían venir

desde el fondo de las primeras edades del mundo.

Mi corazón era como una clepsidra por la que corría el tiempo transformado en sangre palpitante.

La angustia de la espera estrangulaba mi garganta.

Las formas en la noche, eran selladas, cabalísticas y oscuras.

Y las cuevas de la montaña, cerradas y mudas, eran como tumbas de las edades protohistóricas.

De pronto abrióse la puerta de una caverna, y una sombra avanzó sosteniendo en alto un candil de luz brujesca.

Era Martirio.

Bajo la llama del candil brillaban sus cabellos más negros que la noche, sus ojos como

M O R E N A Y T R Á G I C A

brasas diabólicas, sus dientes blancos hasta delirar.

La expresión de su cara era la de un arcángel iluminado, y todo vestido de divinidad.

Sobre su cabeza huracanada, parecían flotar las alas del pájaro monstruoso de la quimera.

Con un gesto mago apagó la luz del candil, y avanzó por el camino tenebroso de la noche.

Sus pasos resonaban en mi alma, como en un espacio poblado de extraños ecos.

En la noche relucían sus dientes con una crispación espectral

Era su andar el de una criatura que camina hacia la eternidad.

Sumergida en las tinieblas nocturnales, su existencia se hacía carne de la noche, entraña viva del misterio.

La calentura voraz, y la fascinación violenta

de su vida, desaparecían en la noche, dejándole un hechizo lejano, una atracción indefinida, como la de las antiguas diosas no adoradas ya.

Se espiritualizaba hasta transformarse en un pensamiento hermético.

Era de la substancia milagrosa y bárbara, de los seres que están hechos para la adoración y para el prodigio.

Confundida con la noche era como una larga quimera de sombra.

Llegó ante la caverna de la Adivina, y llamó con un leve són que se llevaron los aires.

Abrióse la puerta como por conjuro, y la Adivina apareció en los umbrales, dorada y trágica bajo la luz de un candil.

La faz de la Adivina, era como una máscara de oro.

Y su aspecto el de un ídolo brahmánico, fos-

M O R E N A Y T R Á G I C A

forescente de piedras á la luz de mil antorchas.

Penetró Martirio, y cerróse la puerta como la piedra de un sepulcro.

Y otra vez quedó la montaña en su sueño geológico, caliente como una grupa, y monstruosa como una esfinge en la noche.

Se la oía latir en el silencio, llena de la fuerza cósmica de sus minerales, y del pulsar desbordante de los gitanos.

Y juntos corrían hacia la eternidad, el golpe vital de la piedra y la sangre de aquella raza que nació con las primeras lumbres del sol.

Me acerqué á la puerta de la cueva.

Por entre las viejas maderas, una raya de luz semejaba una lanza de oro.

Rompí con mi puñal una carcomida tabla, y pude mirar el interior de la estancia.

Colgaba del techo rocoso y áspero, una ex-

traña lucerna de bronce, con siete llamas como siete serpientes.

En un rincón, un gato escuálido, alucinante, parecía presentirme con sus ojos diabólicos de misterio y de miedo.

En el fondo de la estancia, estaba el hogar, rojo de brasas encendidas.

Martirio de espaldas á la puerta, hablaba quedamente con la Adivina.

La luz mágica de la lucerna, daba á la cabellera de Martirio, trágicos reflejos de sangre.

La Adivina, vestida del oro delirante de la luz, aparecía rígida y suntuosa como una divinidad indostánica.

La estancia de un bláncor doloroso, se me aparecía á través de un velo de angustia.

Diríase que aquellas mujeres no hablaban, sino que de las almas ascendían á los ojos,

M O R E N A Y T R Á G I C A

llamas de un misterioso y profundo significado.

Yo sentía martirizadas mis entrañas, como bajo la garra de un tigre.

La noche tenía una voz agorera, que sonaba en mi alma como la palabra de un dios.

De los jardines árabes, venía un aroma de nardos y de muerte.

Y ante mis ojos, aquellas dos mujeres supersticiosas y fatales, se transformaban en destinos.

Las veía como dos altas llamas que en espirales crueles se elevan hacia un dios horrible, retorcidas, torturadas, y cubiertas de un palor más trágico que el de la alucinación.

En el sagrado silencio de la noche, la voz suspirada de la Adivina, era oscura, llena de arcano y de presentimientos.

Martirio estaba inmóvil.

Violentemente se levantó la Adivina, y con su gesto ambiguo de maga, se acercó al hogar.

Martirio se inclinó, y todo su cuerpo tendióse á la hechicera como una boca ávida.

La Adivina sacó de su pecho una bolsita de cuero, extrajo unos como granos de mirra, y los arrojó á la lumbre macilenta.

Una larga llama roja, fulguró un instante, y se apagó en un claror miedoso.

Martirio dió un grito, y su cabeza se hundió en el pecho, como bajo el golpe de un titán.

Y el silencio fué horrible, y todo en torno nuestro fué impenetrable.

La Adivina erguida y rígida, miraba á Martirio, con la obsesión de sus ojos de esmalte, de aquellos ojos que quizá florecieron en la faz dorada de una princesa caldea.

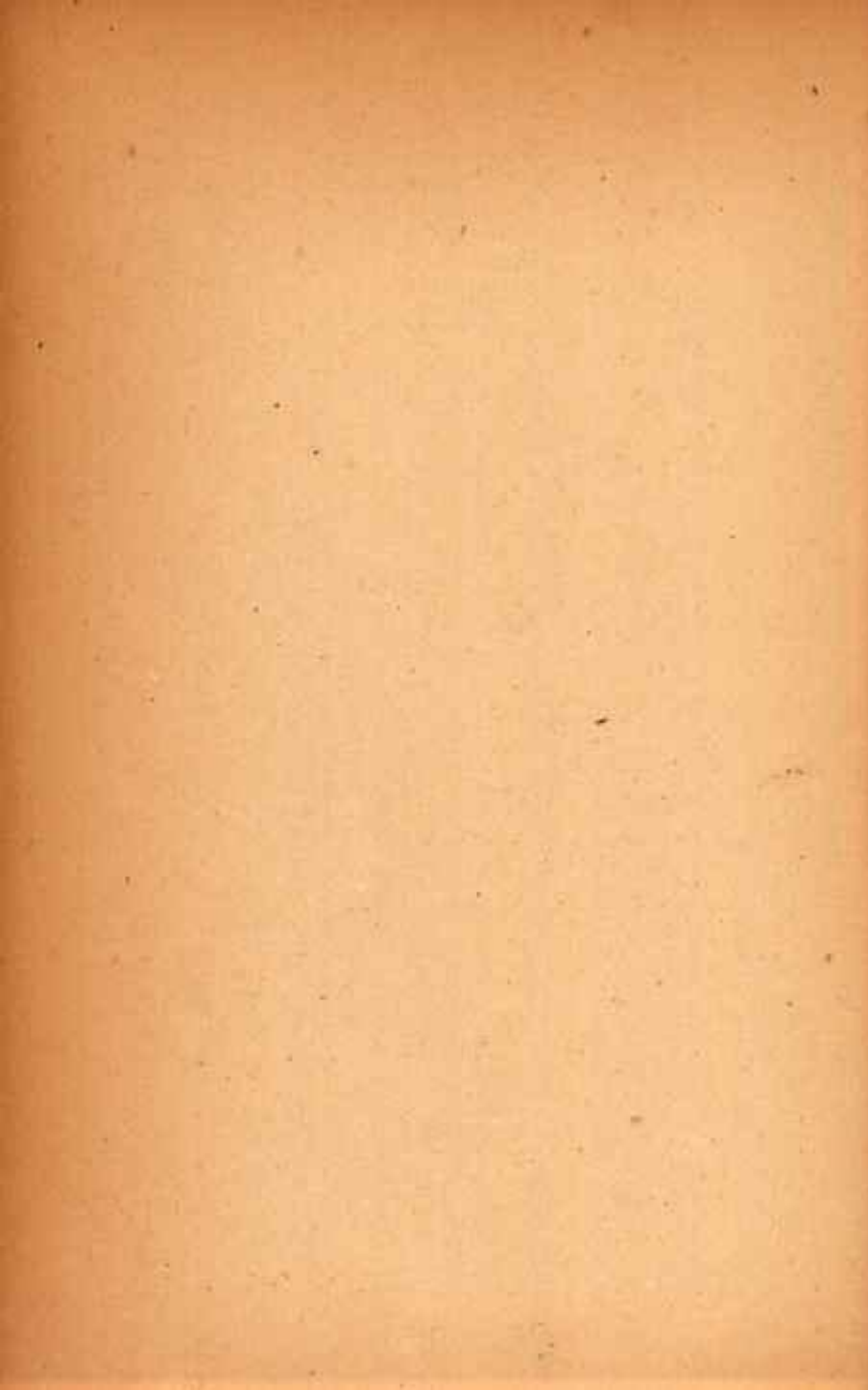
El gato en un rincón, fascinante y grotesco,

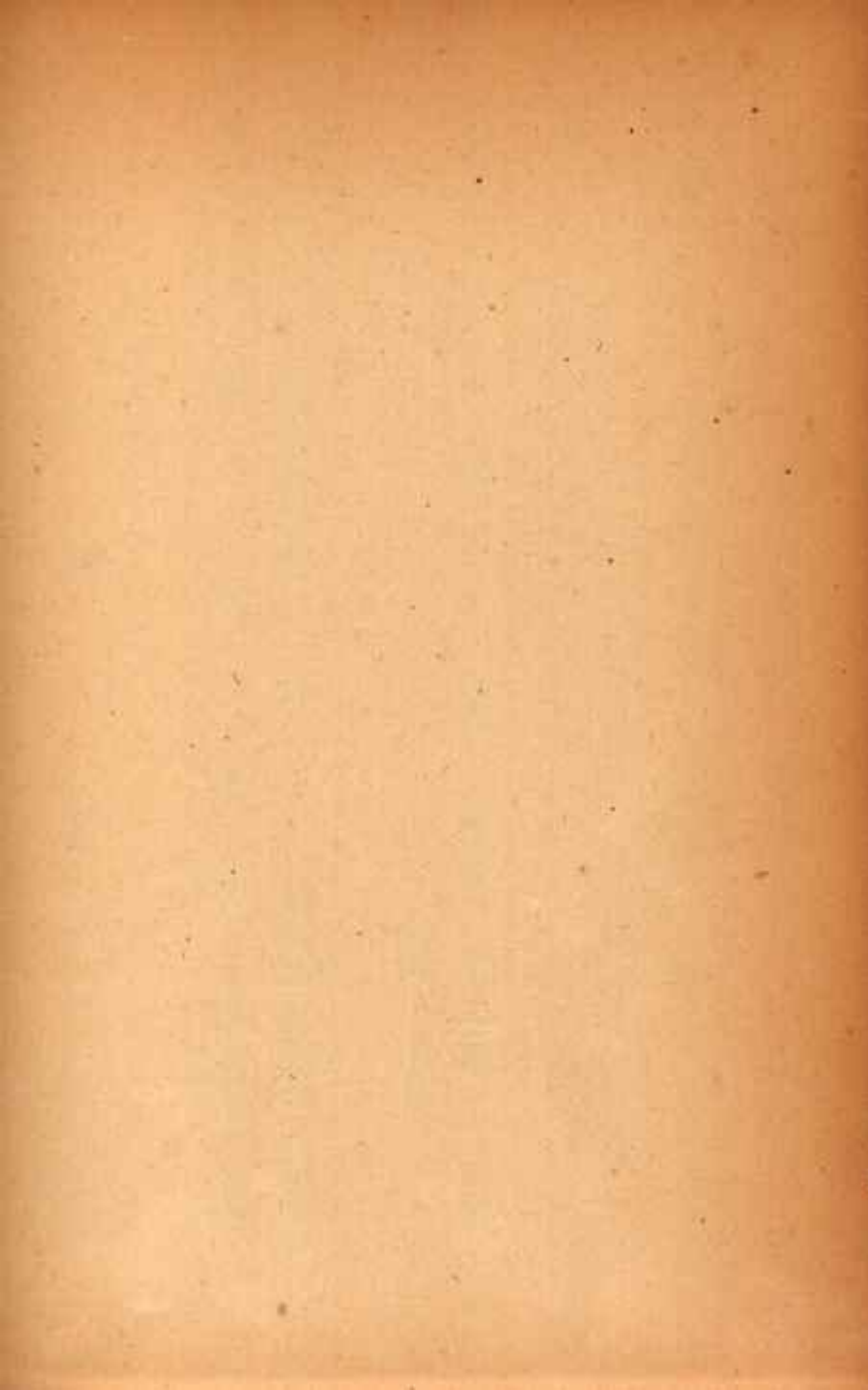
M O R E N A Y T R Á G I C A

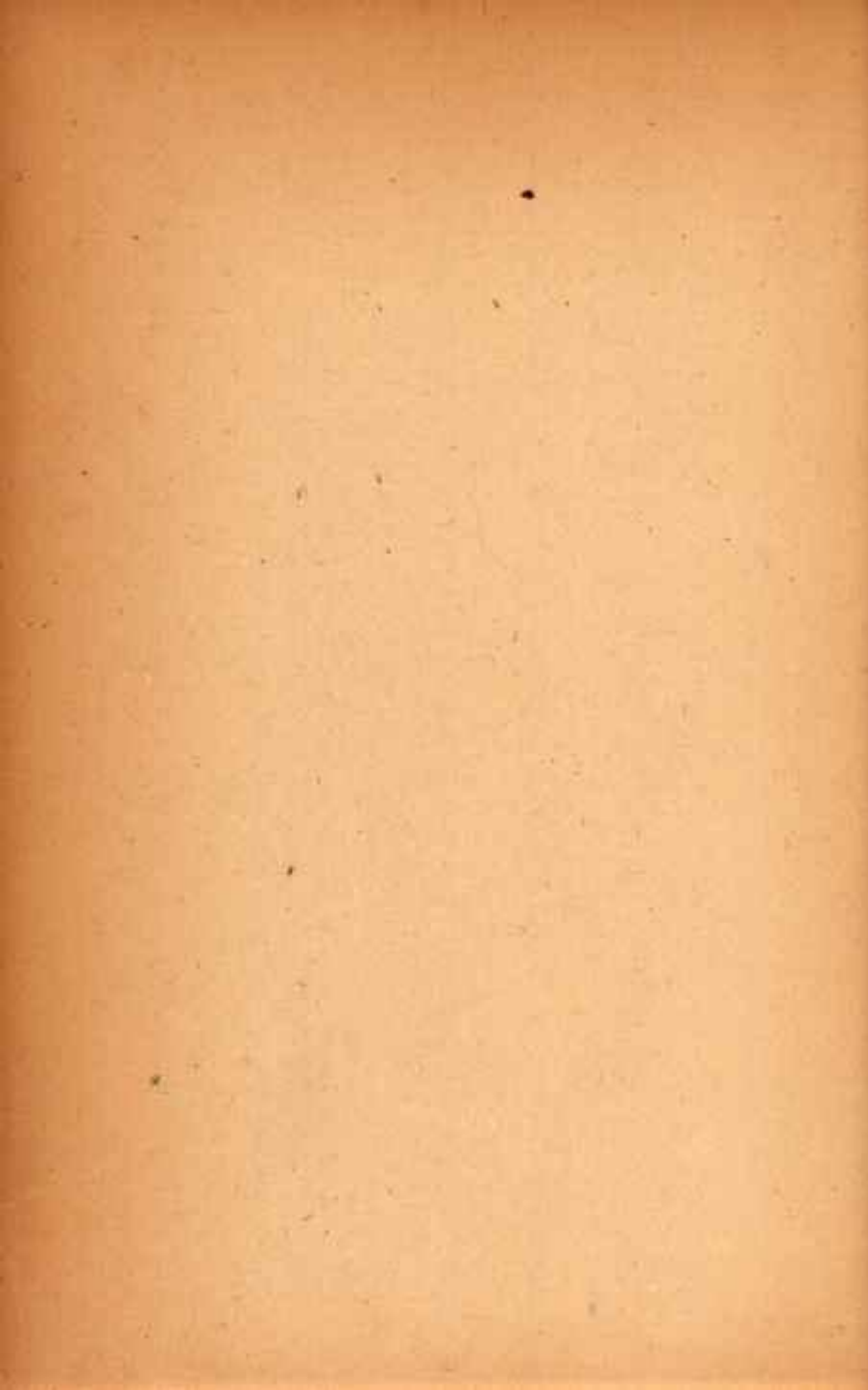
me miraba espantosamente, me presentía con aquellos ojos que eran las pupilas sagradas del misterio.

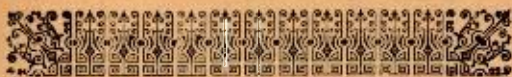
APÍTULO VII (

CLAROR DE ALBA









Cuando el alba entristecía los cielos, Martirio abandonó la caverna de la hechicera.

Era su cara más pálida que la luna de Oriente.

Morían los jardines árabes, y los aromas de la noche se perdían como recuerdos.

La luz del amanecer, tenía el claror de un mundo en formación.

Surgían las cosas como envueltas en agua, como fabulosos mitos marinos.

Y había un encanto de inexistencia, de forma embrionaria, de edad primera, de nebulosa de planeta.

Sobre la palidez fantástica de la mañana, era alucinante la palidez monstruosa de Martirio.

En la luz húmeda y como submarina, diríase una criatura de las aguas, nacida sobre una ola, en un mar trágico y silencioso.

Yo la veía como venida de unos reinos de sombra, y veía su cabeza como impregnada de humedades lejanas, y veía todo su cuerpo elástico, absorber por sus poros penetrantes esencias salobres.

Ella revivía en aquella hora las deidades marinas, el hechizo de las selvas de algas.

Sus pupilas estaban colmadas de luna, de locura, de agua venenosa.

Toda su figura ondulante, imprecisa y suel-

M O R E N A Y T R Á G I C A

ta, parecía venir del mar, alta sobre una ola, perfumada de algas y de estrellas, iluminada por la luz abstracta y sideral de las profundidades marinas.

El cielo se desgarraba, y surgían las nubes luminosas y abiertas como alas de arcángeles.

Traía el aire la frescura acariciante de algún aroma lejano.

Y era como un inmenso desmayo de la vida, como un ensueño prolongado hasta la muerte.

Volaban las últimas antorchas de la noche, y nacían los presentimientos.

Era un alba trágica, llena de todo el fatal encanto de lo irremediable.

Cuando Martirio avanzó hacia el umbral de la caverna, yo surgí bruscamente de la sombra.

Lívida como una desenterrada, me miró inmóvil.

—¿Me asechaba?

—Sí.

—Vete de mi vera, y que enjamá te güervan á vé miz ojo mardesío.

—¿Por qué, Martirio?

—Tú estás mardito de Dió, y ere malo como un perro judío. Me ha engañao, er destino me lo ha dicho, y una gitana ni orvía ni perdona.

—¿Te ha contado esa historia la bruja?

—Ezo lo he visto yo con miz ojo que comerá la tierra. Vete, renegao, y que toa la mardición del infierno caigan sobre tí.

Los ojos de Martirio eran inconcebibles, demoniacos.

Violentemente intentó abrir la puerra de la cueva, y yo la detuve.

Como un reptil se retorció entre mis brazos.

M O R E N A Y T R Á G I C A

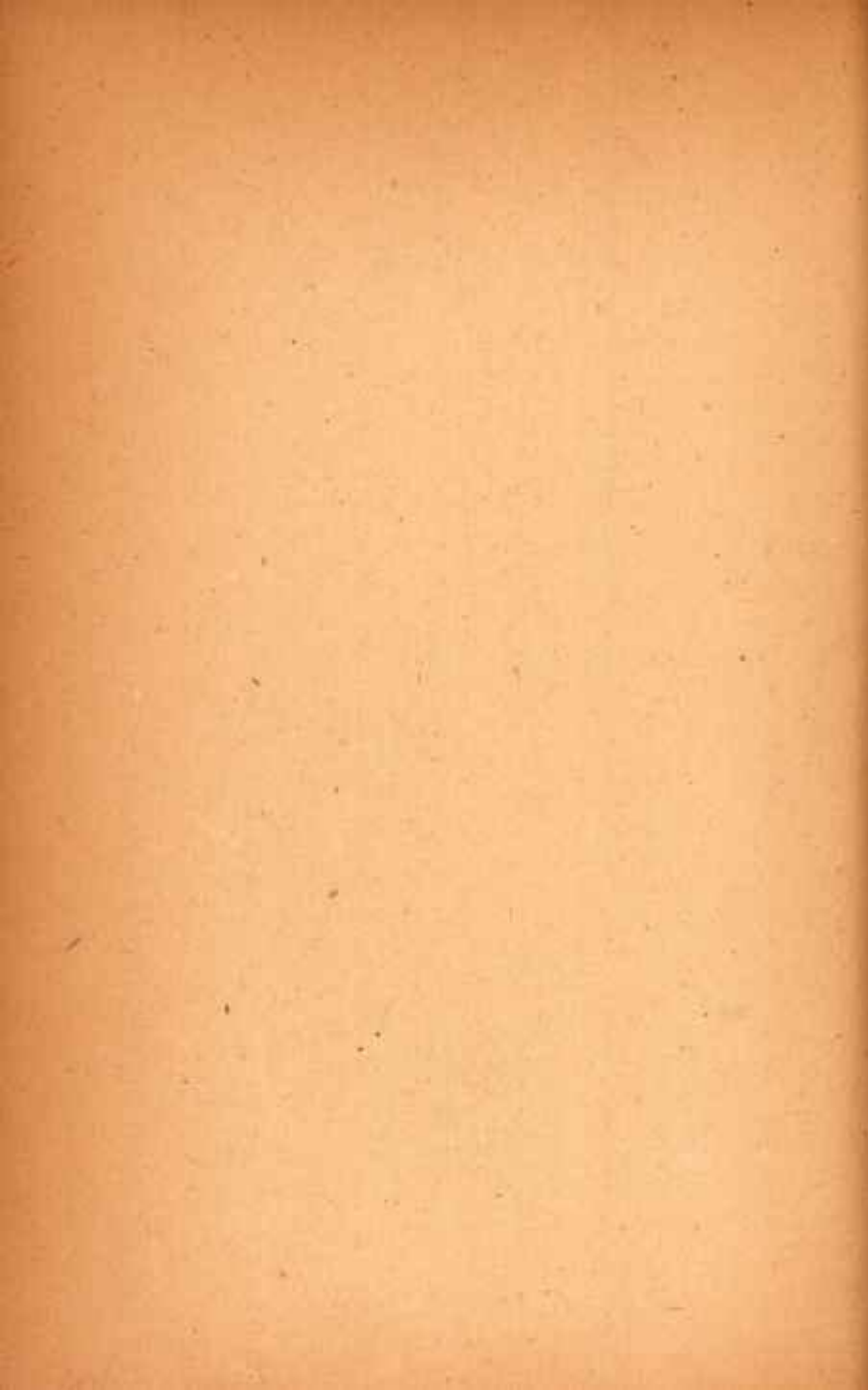
Crujía, se descoyuntaba, feroz clavaba sus uñas en mi cuello.

Al desprenderse, chocó su cabeza contra la pared rocosa, y varios hilos de cálida sangre, gotearon sobre su faz de muerta.

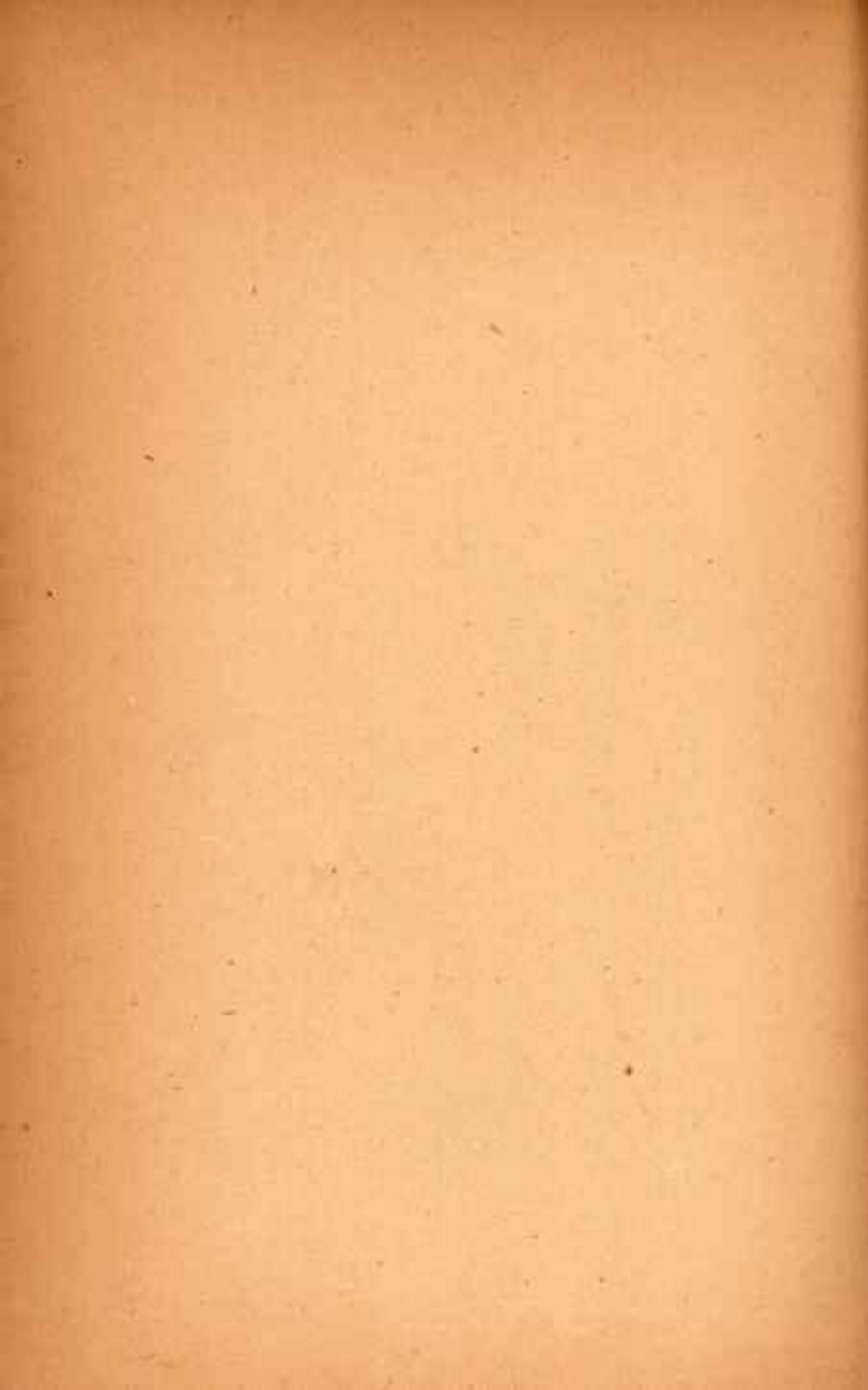
Era su actitud monstruosa, fascinante, divina.

Penetró en la cueva, y al desaparecer en las tinieblas, gritó con una voz inolvidable, sobrehumana.

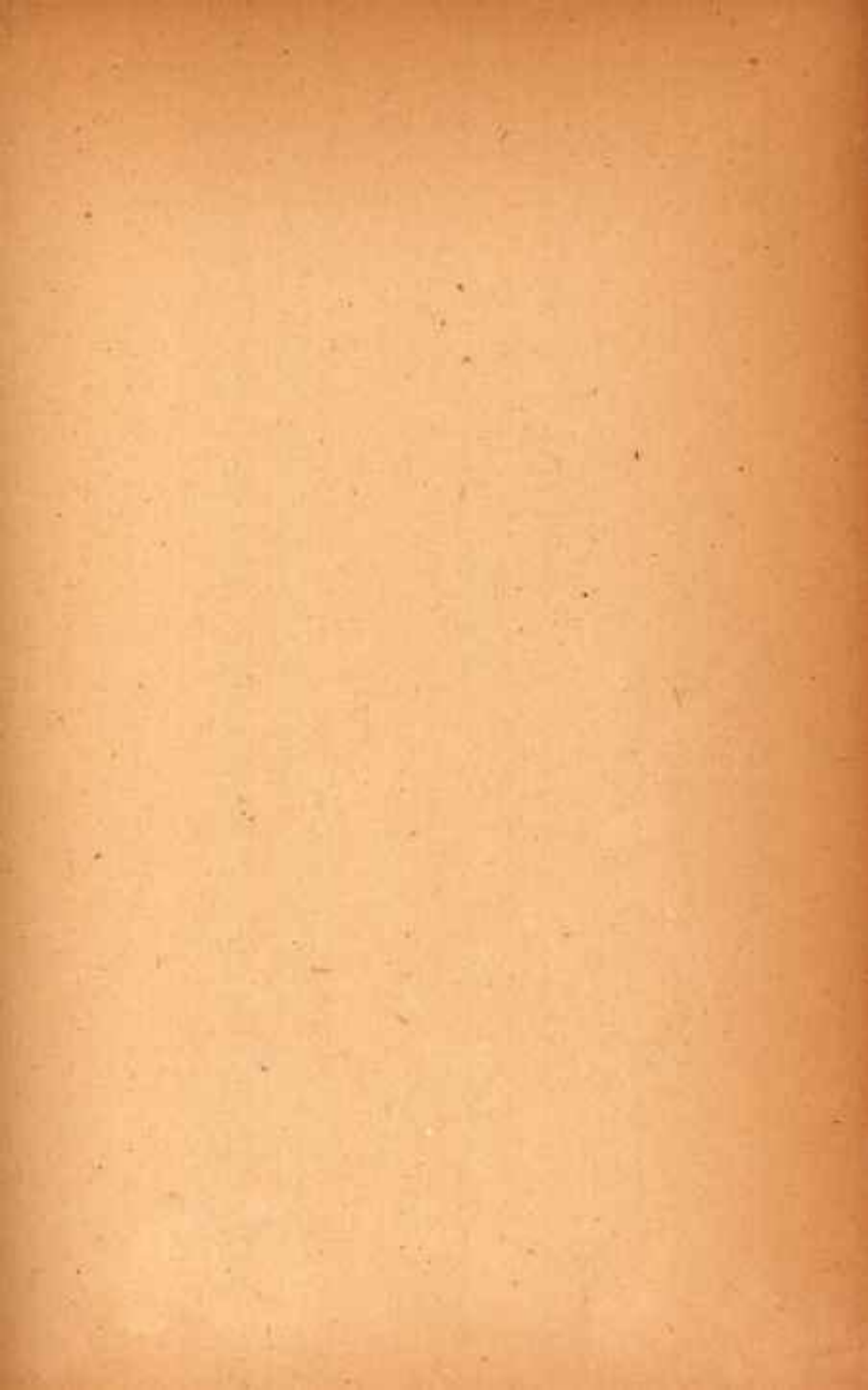
—¡Mardito! ¡Mardito zea!



CAPÍTULO IX



LA MUERTE





La vieja gitana Soledad había muerto en la caverna troglodítica de la montaña, entre el terror supersticioso de los gitanos.

La puerta de la cueva estaba abierta, y sobre el negror de la noche se proyectaba la luz amarilla y violenta de los blandones.

Dos gitanas acurrucadas en el suelo, envueltas en la noche, inmóviles como viejos fetiches, guardaban los umbrales de la caverna.

Se presentía un olor de cera, de paños anti-

I S A A C M U Ñ O Z

guos, de calentura, de aceite quemado, de carnes morenas, de muerte, de cabelleras oleosas.

Y se escuchaba un murmurio de voces femeninas, rezadoras de confusas salmodias plañideras.

Vacilé un instante en los umbrales, y al fin entré.

En la segunda estancia estaba la muerta.

Todos los gitanos de la tribu velaban el cadáver.

Las paredes encaladas, estaban cubiertas de paños viejos, de un negro hórrido y miserable.

Cuatro cirios como cuatro espectros, alumbraban la estancia mortuoria.

La caja estaba en el suelo, sobre un paño de un negro seco y verdoso, lleno de manchas de cera, desgastado por el roce de otros ataúdes.

Habían envuelto el cadáver en una blanca

M O R E N A Y T R Á G I C A

sábana, y habían cubierto el rostro con un pañuelo de seda amarilla.

Los gitanos silenciosos, sentados en el suelo, fumaban ó dormitaban.

Se iniciaba la descomposición de la muerta y el olor de la putrefacción, el vaho de las carnes humanas y el calor de la montaña, componían un perfume de locura.

En el fondo de la cueva las mujeres recitaban y plañían con un gemir angustioso y monótono.

Y ráfagas de noche entraban con una melodía de azul, de frescura y de augurio.

En los ojos de los gitanos fosforescían luces ambiguas de superstición y de terror.

Las frentes estaban tocadas de misterios pavorosos, y en las bocas se congelaba un estupor grotesco.

Entre los labios 'extáticos de las bocas apuñaladas, las dentaduras fascinadoramente blancas, brillaban con caliente animalidad impulsiva.

Á mi lado el Rum, el Ajusticiado y el Moro, hablaban con voces estranguladas.

El Ajusticiado narraba con gesto bárbaro, trágico y burlón, viejas historias, feroces de bandidaje y de crimen.

Su voz tenía salpicaduras sangrientas, y su mirada era implacable y fría como un asesinato.

—Habíamos yegao er Curro y yo á la feria de Laujá, y despué de haber comío en la pozá y de haber echao uno trago con otro feriante de Armería, noz acostamo en er patio. Zería coza de media noche, cuando lo feriante que estaban ya borracho, noz despertaron pa que noz comiéramo uno choriso, y noz bebiéramo uno

M O R E N A Y T R Á G I C A

tiento. Habían jecho una fogata en la cosina, y ayí estaban guisando lo choriso en vino. Lo feriante eran tré, y uno de eyo acababa de zalí der pená de Ocaña. Comensamo á bebé y á cantá, cuando oímo que en la puerta que daba á la caye, yoraba una criatura. Abrió er Curro la puerta, y ze encontró con un crío resién nasío que gritaba má que un gato esmayao. Se conose que er chiquiyo acababa de nasé, y que la madre lo había tirao. Entró er Curro en la cosina con la criatura, y er feriante má viejo que no ze podía lamé de la borrachera, dijo: «Ya tenemo sena» y sin que er Curro ze diera cuenta, cogió ar nene, le |dió tré ó cuatro vueltas en el aire, y le machacó la cabeza contra la paré. En un zantiamén zaco er borracho la faca, y comensó á jase peaso á la criatura. Entonse el otro, er de Ocaña, descorgó un peró

grande, y lo puso á la lumbré pa asá ar crío. Pero ante de que echaran ar fuego ar chiquiyo, er Curro y yo fuimo á la cuadra, desatamo la caballería, y zalimo de naja. Noz yevamo también lo cabayo de lo feriante, porque noz figuramo que al otro día, irían á la zombra loz pobresito...

El Rum y el Moro reían con una risa pícara y bestial.

Y la noche pasaba trágica, fatal, con un silencio de abismo, con una crispación desesperada.

El cadáver se deshacía en el ataud.

En las pausas se oía el rumor voraz de los gusanos devorando á la muerta.

Crepitaban los cirios.

Y las llamas rectas, inmóviles, iguales, parecían esculpidas en el aire.

M O R E N A Y T R Á G I C A

Largas cuchilladas de sombra, herían el palor cadavérico de la estancia.

Las pupilas y los dientes de los gitanos, brillaban con una salvaje animalidad.

Cuando el reloj de Santa María de la Alhambra dijo las tres de la mañana, marcháronse los gitanos de la caverna.

En el interior, el coro de mujeres salmodiaba oraciones quejumbrosas.

Quedé solo en la estancia.

Lentamente las gitanas enlutadas, graves, recogidas, salían musitando rezos y cabalishmos.

Pasaban sin mirar el ataúd, acariciando quizá bajo las tocas, el hierro frío de un talismán.

Una de ellas, vieja, cenceña y brujesca, se acercó al cadáver y levantó el pañuelo de seda amarilla.

El rostro de la muerta era espantoso y grotesco.

Según la usanza gitana, habían pintado las mejillas de un brutal carmín sangriento, y habían dejado abiertas las pupilas.

Sobre el verdor putrefacto de la cara, la violencia del color, tenía un acento alucinante.

La faz tenía esa negra expresión inmutable, de las momias egipcias cubiertas de betún.

La blanca sábana como un *calasiris*, el rojo extraño y horrible de las mejillas, el paño que contenía la mandíbula, anudado en lo alto de la cabeza, daban á la muerta la apariencia anti-gua y oscura de un cadáver asirio ó caldeo.

La vieja gitana tapó la cara, y se alejó haciendo gestos, abstraída quizá en un coloquio invisible con el diablo.

Apoyada en los brazos de la Adivina y de

M O R E N A Y T R Á G I C A

Angustias la de los Collares, apareció Martirio.

Venía toda de negro.

Y en sus ojos que habían devorado la cara, ardía todo el fuego misterioso y mágico de su vida.

Bajo las pupilas había dos caminos profundos, más morados que la túnica del Nazareno.

Reaparecía en aquella faz divina, la tristeza absoluta de su raza, condenada y nómada, de su raza más antigua que los dioses, de su raza que nació en el Pamir, en la entraña aria, y que ha mantenido intacta la lumbre de su vida.

Ella era la *parsi*, la criatura dominada por todas las tristezas de la tierra, que tiende su espíritu hacia el paraje fabuloso y remoto en donde espera eternamente el ara de los sacrificios.

I S A A C M U Ñ O Z

Entre nuestras almas quedaban interrumpidas las ondas, inevitable y fatalmente.

Algo absoluto y sellado se interponía superticiosamente entre nosotros.

Era como el sortilegio de un dios mago sobre nuestros destinos.

Martirio al verme, vibró como una garra que va á clavarse en la presa, y erguida, trágica y fanática, me dijo:

—¡Vete!

Era su voz desconocida como el aliento mismo de la tierra.

El coro de gitanas plañía desgarradoramente en los umbrales.

Pálido y silencioso, me alejé de la caverna.

Unas voces quemantes me gritaron:

—¡Judío!

Como una maldición, llevaría eternamen-

M O R E N A Y T R Á G I C A

te sobre mi alma el secreto de la gitana.

Toda la noche entraba en mi espíritu.

Mi existencia entera era como una ráfaga tempestuosa del misterio.

Avancé en las tinieblas, como en los arcanos de la muerte.

De pronto, me estremecí ante la aparición de una figura que surgía de la obscuridad.

Unos ojos que lucían como dos estrellas de Oriente me miraron, y unas manos cálidas y trémulas se unieron á mis manos.

En la gracia del claro-oscuro, conocí á la Adivina.

—Oye, por lo que tú má quiera en eta vía, te pido que vaya mañana á mi cueva, dando la una.

—¿Para qué?

—Mañana lo zabrá. ¿Irá?

I S A A C M U Ñ O Z

—No.

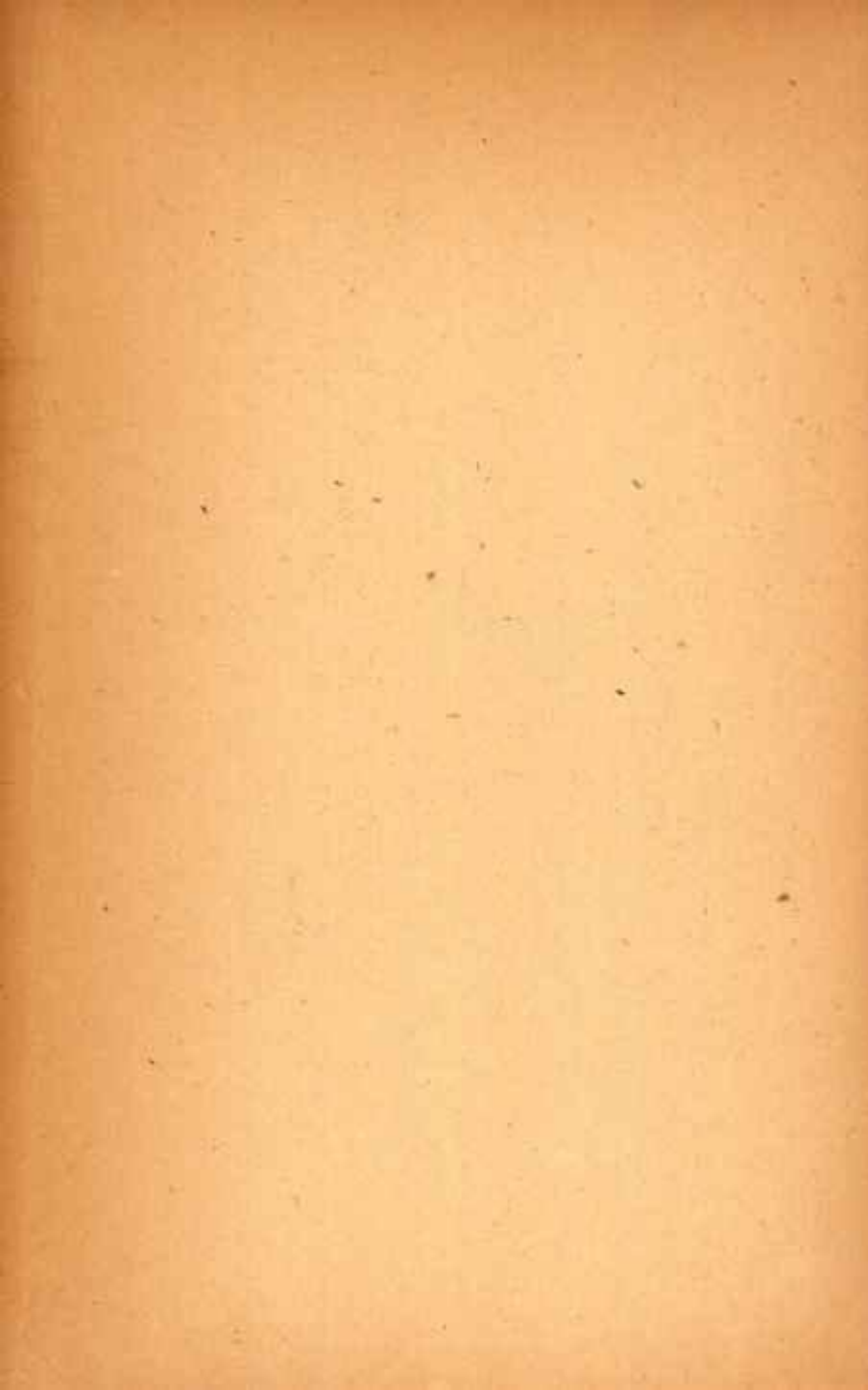
—Por mi zalú te juro, y por tóo mi muerto,
que no te haré ningún má. ¿Irás?

—No.

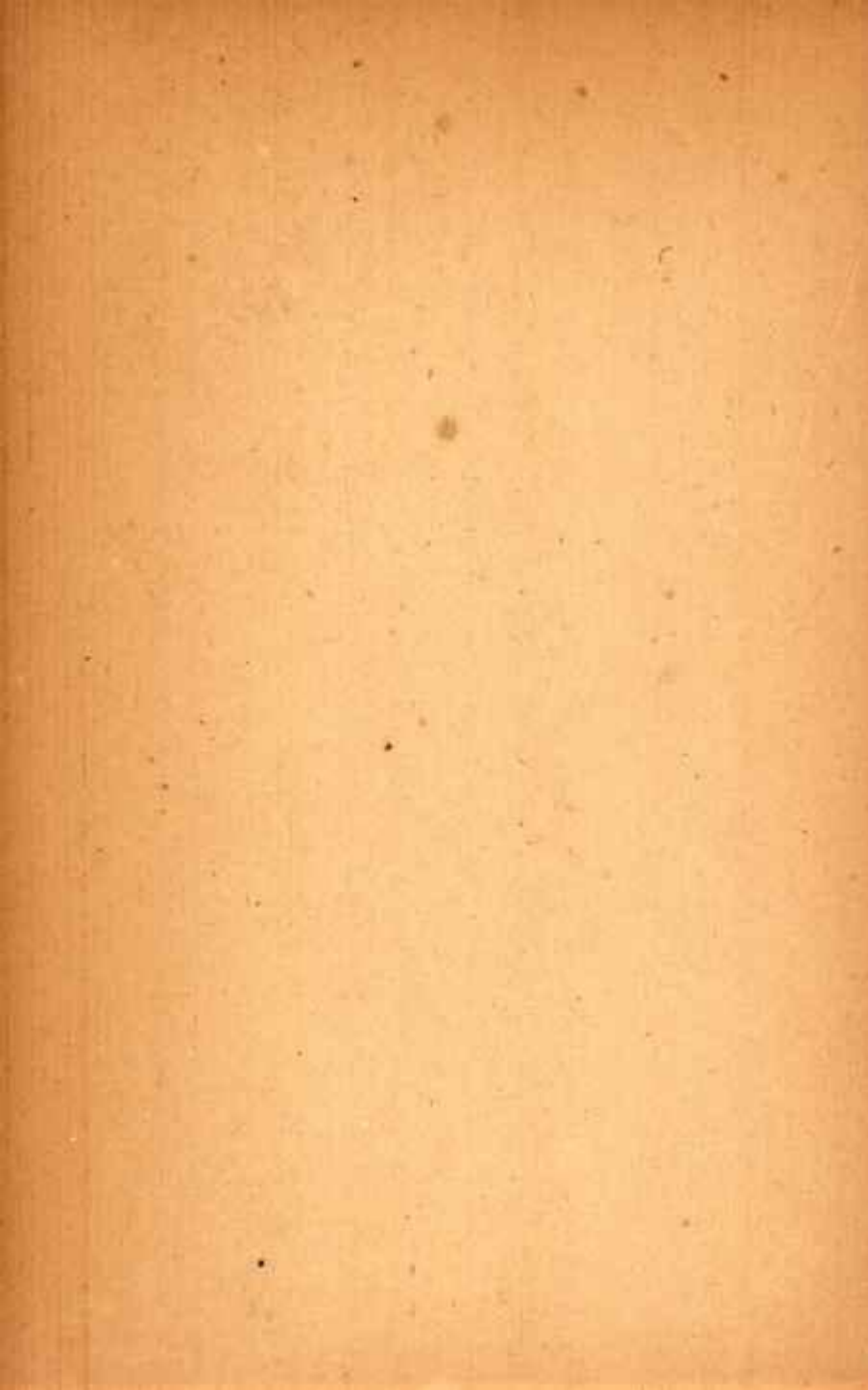
—¡Te acordará de mí!

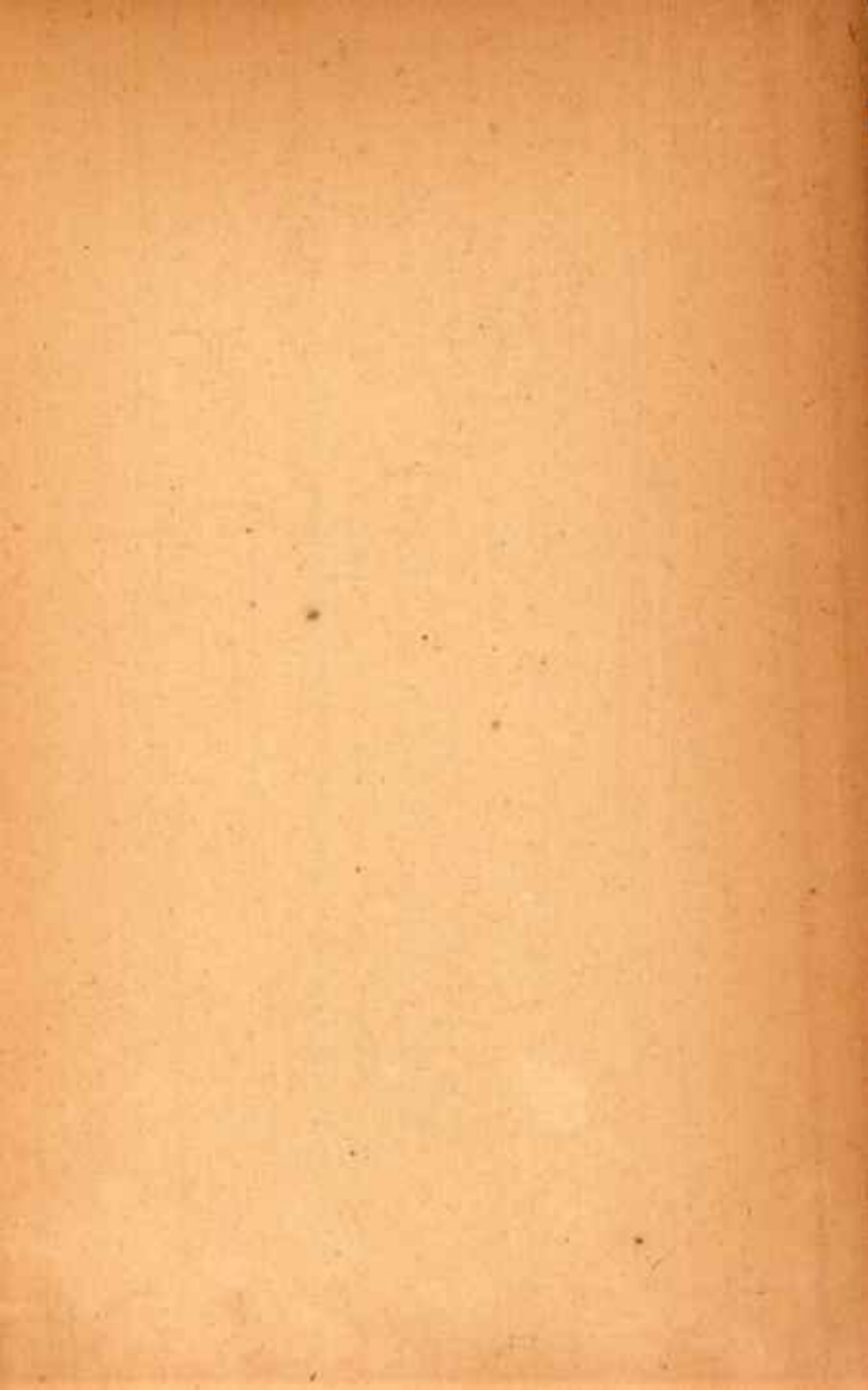
Y como si se hubiera desgarrado la tierra,
la gitana desapareció entre los claustros inter-
minables de la sombra.

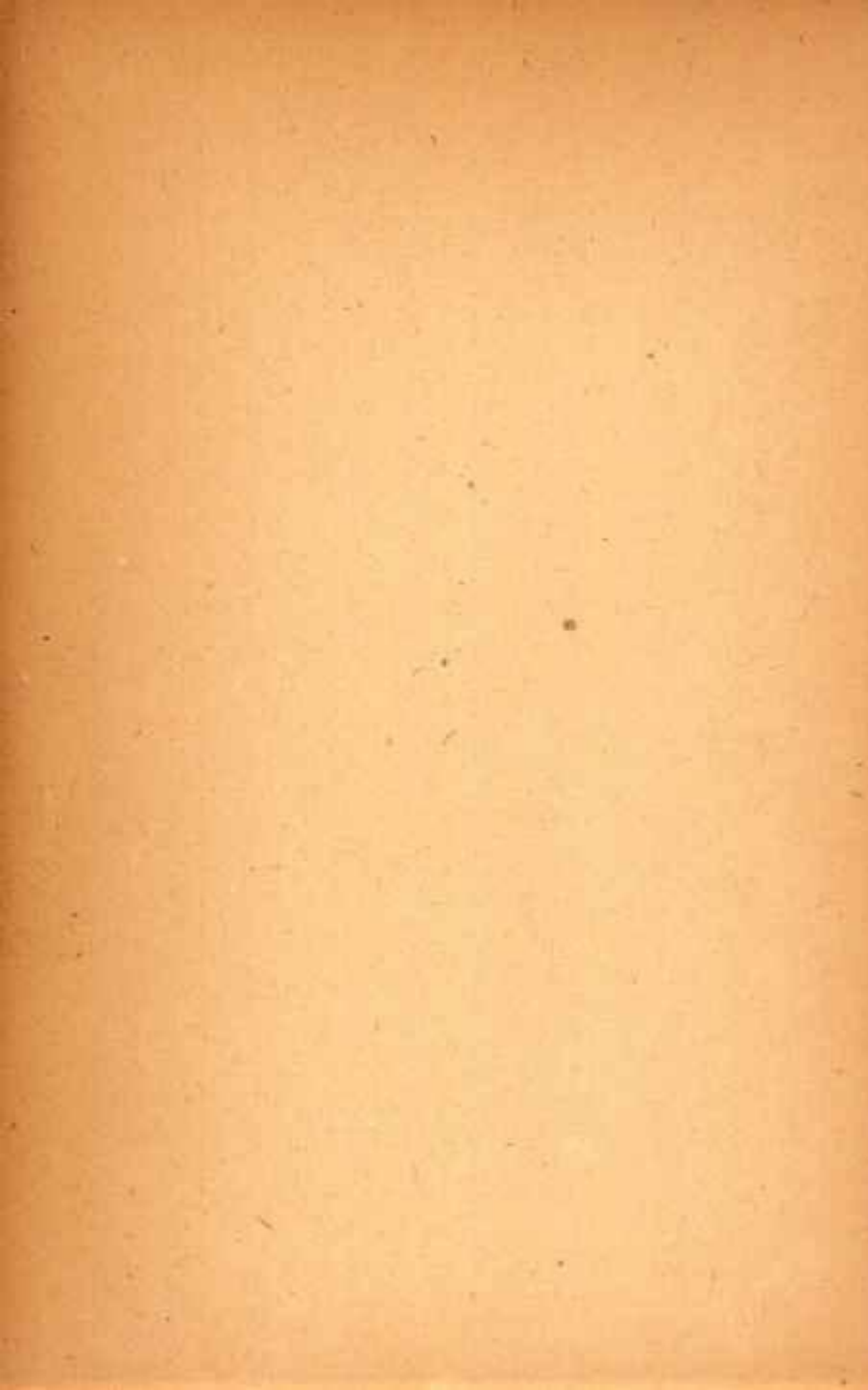
CAPÍTULO X

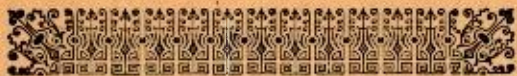


EL CONJURO









A la una de la mañana, llegué ante la caver
na de la Adivina.

Por entre las roturas de la puerta amarillea-
ba espectral la luz, y miré.

La blanca estancia áspera estaba alumbrada
por las siete lenguas llameantes de la lucerna.

El gato diablesco calentaba su piel eléctrica,
junto á las últimas brasas del hogar.

La Adivina con la faz cadavérica, de rodi-
llas ante un espejo oval lleno de manchas san-

grientas, decía con voz sibilina de evocación.

—Astaroth, Astaroth, por las Siete Serpientes sagradas, por los ojos del rey Salomón, por la Pantera de Ibrahim, por la Kebla de Dios, por la Luz que no se apaga nunca, por el Candelabro de los Siete Brazos, por el círculo de Adonai, por las Tres Palabras de la Kábala, *Bracca, Saada, Addón*, por la Estrella de Zaphir te conjuro: Astaroth! Astaroth! antes de que el gallo cante, habré derramado las trece gotas de sangre: Astaroth! Astaroth! antes de que se ponga la luna habré dicho tu palabra mirando á Oriente: Astaroth! Astaroth! y su destino sea mi destino.

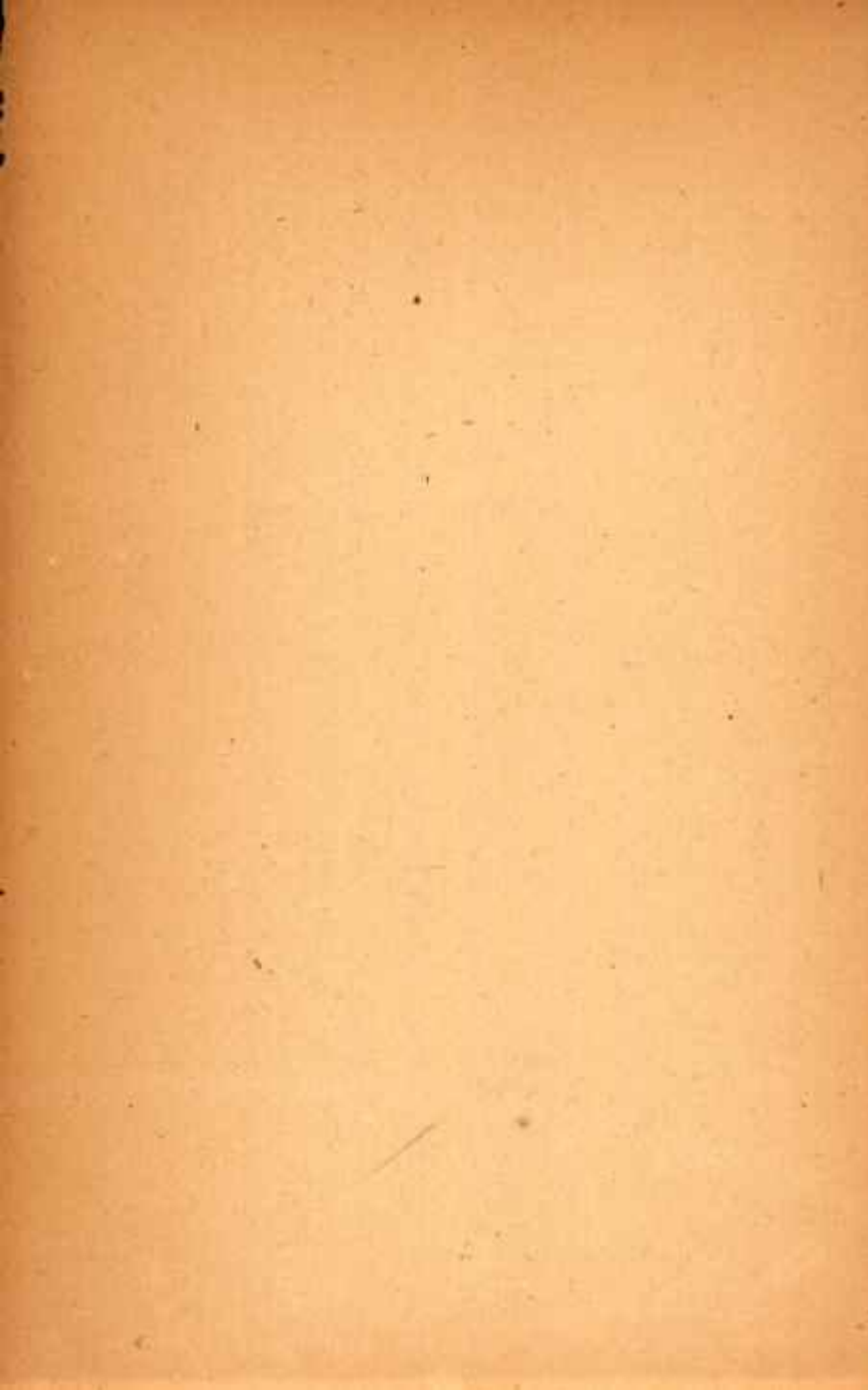
—Astaroth! rompo este espejo y que la vida de ella se rompa.

Rompióse el espejo, con un són hiriente y fatídico.

M O R E N A Y T R Á G I C A

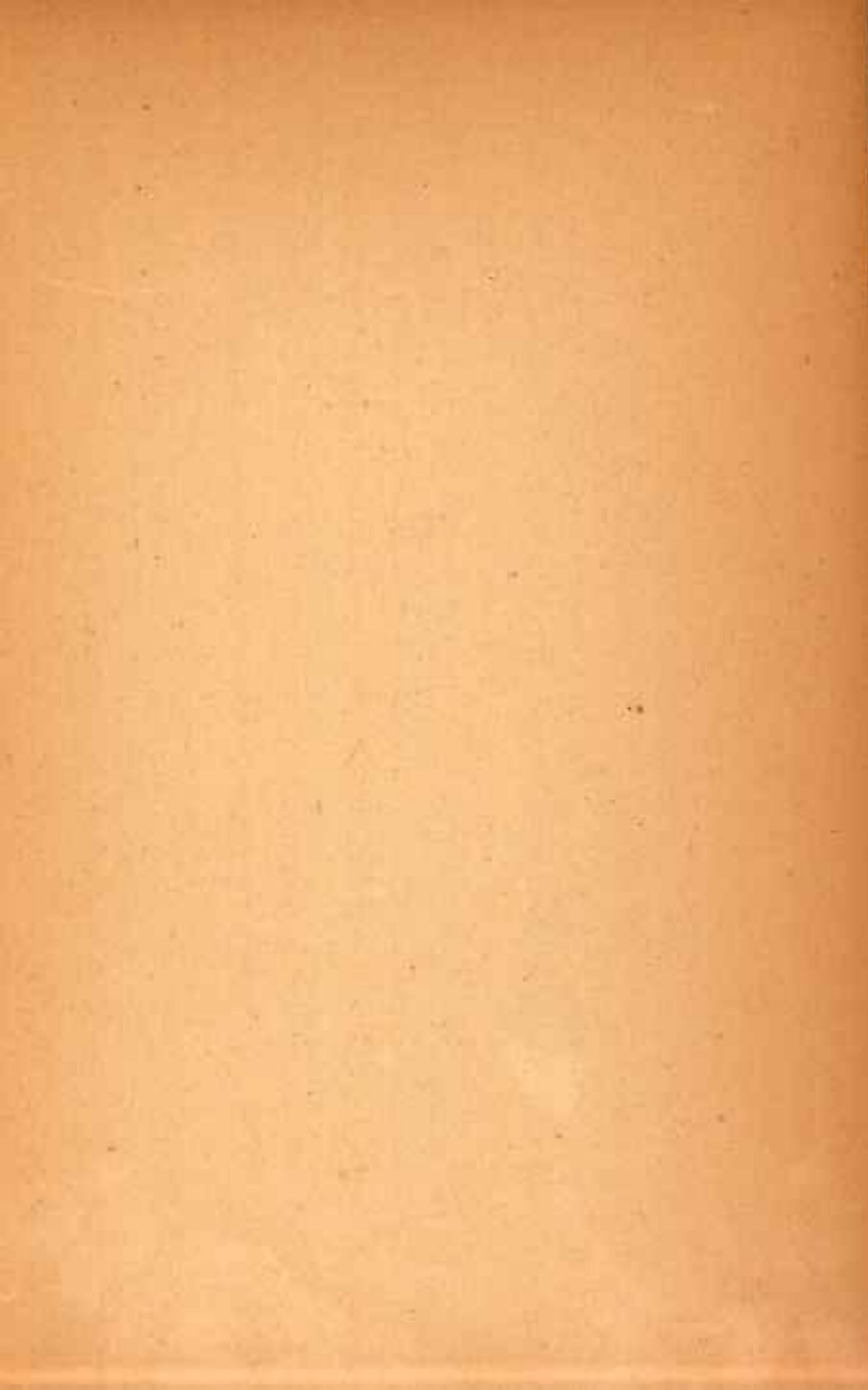
La Adivina se levantó del suelo, y apagó las
luces de la lucerna.

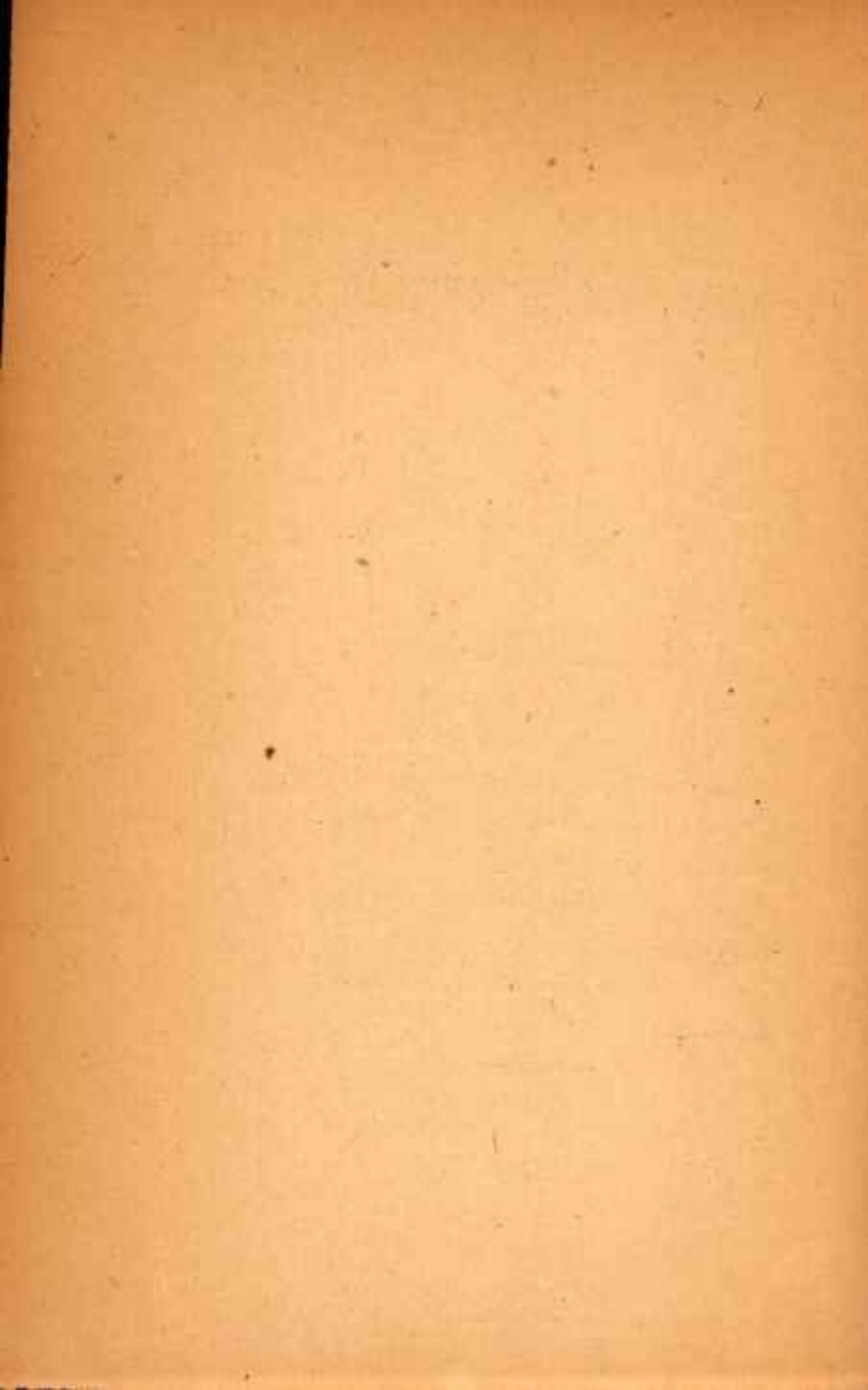
En la obscuridad, relucieron las pupilas del
gato y las postreras ascuas del hogar.

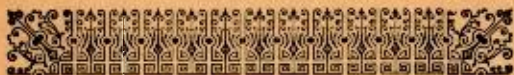


CAPÍTULO XI

LA NOCHE TRÁGICA







Era mi última noche en la divina tierra trágica de los nazaritas.

Tornaba al desierto, á los largos días nómadas de arena y de sol, á las noches sagradas de estrellas, de aullidos de fieras, y de amor frénético de las mujeres morenas.

Levantaba mi tienda para enclavarla en lo desconocido.

Mi alma era como una úlcera mordida por los chacales.

La misma luna que vió un día único, llorar sobre aquella tierra á los hombres de mi raza, me vió más triste que ía tristeza, en la montaña bárbara de los gitanos.

La noche tenía el encanto fatal y sollozante de una despedida.

Traía el aire lleno de luna, todo el aroma de los jardines y de las fuentes.

La puerta de la cueva de Martirio estaba entreabierta, y se adivinaba una luz vacilante en el interior.

Llamé con el aldabón, y nadie respondió.

Silbé largamente, y el silencio me envolvió en sus ondas de alucinación.

Entré.

Mis pasos resonaban como en un lugar abandonado.

Avancé hacia la lejana luz parpadeante

M O R E N A Y T R Á G I C A

y llegué hasta el dormitorio de Martirio.
Martirio estaba sobre su lecho desnuda, morena, rígida.

El presentimiento pasó por mi alma en un relámpago aterrador.

Me acerqué.

Su inmovilidad era horrible.

Frenético, tremante, levanté su cuerpo.

El frío de la muerte heló mis dedos magnetizados.

El cuerpo cayó pesadamente sobre el lecho, torcióse en una mueca la mandíbula, la cabellera se desató con un rumor crepitante.

Martirio estaba muerta.

Cerrados para siempre sus ojos de abismo, cerrada su boca en un secreto eterno.

Petrificado, la miré mucho tiempo.

Luego, con mis manos monstruosas á fuerza

I S A A C M U Ñ O Z

do vitalidad, acaricié aquellas heladas carnes ágiles, de divina traza, hechas para todos los gestos, para todos los fanatismos y para todas las pasiones.

Quise hacer el milagro, resucitarla como el pálido Nazareno á la hija de Jairo, infundirle la vida, hacerla surgir al amor, otra vez trágica, fascinante y soberbia bajo el horror mago de sus cabellos.

Mi garganta la llamó con un grito que se rompió en aullido.

Caí sobre su cuerpo.

Mordí la adelfa venenosa de su boca, gustando el perfume de su amor y de la muerte.

Su cabellera me envolvía como una ola tigránica, que me arrastrara al misterio, á la nada, á lo infinito...

Una boca invisible apagó la luz del candel.

M O R E N A Y T R Á G I C A

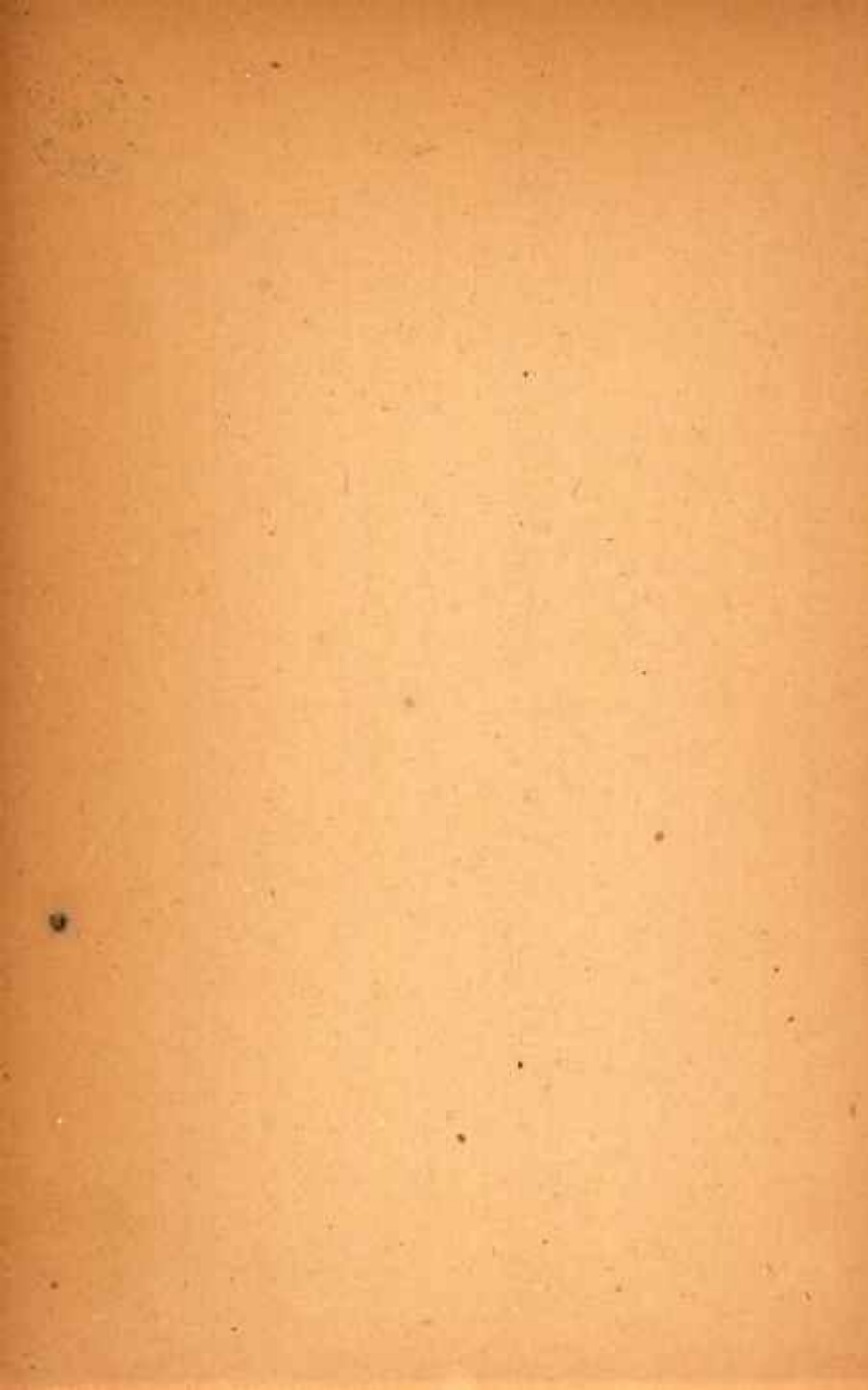
Miré aterrado.

La negrura se pobló de espectros.

La revelación vino á mí en una onda sobrenatural.

¡La Adivina!

Y en la obscuridad quimérica de entraña, vi lucir con un fulgor sobrehumano, sus ojos negros, verdes, dorados, sus ojos de cabalismo y de maldición, sus ojos fatales, atrayentes, ambiguos, eternos, como las divinas pupilas de Isthara...





COLECCIÓN «LEONARDO»

TOMO I.

Morena y Trágica.

Novela por Isaac Muñoz.

EN PRENSA

TOMO II.

Libro de Milagros.

Novela griega, por Francisco Villaespesa.

Seguirán novelas, lujosamente editadas, de los ilustres escritores Oscar Wilde, Valle-Inclán, Ročembach, Baroja, D'Annunzio, Trigo, Huysmán, Vivero, Fialho D'Almeida, Miró, Rachilde, etc., etc.



